HARLEQUIN

Jazmin





PASIÓN EN GRECIA

REBECCA WINTERS



Indice

Argumento

Una noche cambiaría sus vidas para siempre…

Un adolescente había desaparecido en la isla griega de Stavros Konstantinos y el millonario rebelde acabó implicándose en la búsqueda junto a Andrea Linford, una preciosa guía turística.

Una vez acabada la heroica misión, ambos comenzaron a explorar esa chispa que había surgido entre ellos. Andrea siempre había creído que el amor era algo que le ocurría a los demás, pero después de dos días de felicidad junto a Stavros iba a darse cuenta de la profundidad de sus sentimientos. ¿Sería capaz de dejar atrás el pasado y de dar un paso hacia el futuro, con él a su lado?

Capítulo Uno

Después de quitarse el sudor, Stavros Konstantinos se puso una toalla alrededor de las caderas y caminó hasta la terraza. La vista del Egeo desde su villa privada, situada en lo más alto del Monte Ypsarion, siempre le hacía sentirse renovado por dentro. Gracias a otra de esas lagunas que se estaban haciendo tan frecuentes, la reunión que había tenido ese día en Thessaloniki había terminado demasiado pronto. Su propuesta de un nuevo producto para Konstantinos Marble Corporation había sido rechazada y en ese momento una profunda negrura se había apoderado de él. Esa inquietud que llevaba más de un año atormentándole le había ganado la batalla por fin. La depresión era una sensación desconocida para él, pero no encontraba una etiqueta mejor.

Sabía que los miembros de su familia, que constituían la mayor parte de la junta directiva, seguían llevando la empresa como si estuvieran en los años cincuenta, así que el resultado era de esperar. A excepción de su hermano mayor,

Leon, todos estaban en contra de cualquier innovación y ni siquiera habían querido escucharle hasta el final. Tenían miedo del cambio.

Pero esa había sido la gota que había colmado el vaso. En su tiempo libre había construido una nueva planta en sus propias tierras y él y sus dos socios, Theo y Zander, comenzarían con la producción el lunes siguiente. Su familia se había negado a escucharle y no quería saber nada de iniciativas novedosas, así que ya no había nada más que hacer.

Como no había llegado a ninguna parte con los miembros de la junta, les había dicho que iba a abandonar de inmediato su puesto como director gerente de la corporación. Todos los lazos habían sido cortados, por tanto. Ni siquiera había mantenido su sitio en la junta. Les había sugerido que empezaran a buscar a un sustituto lo antes posible.

Simplemente con decir esas palabras había sido capaz de ahuyentar algunas de esas nubes negras. Estaba en una jaula, pero esa etapa había llegado a su fin.

Tras dejarlos allí, boquiabiertos, había abandonado la sala de reuniones y había subido a un helicóptero que lo había llevado de vuelta a su villa de la isla de Thassos. De camino, había mirado los mensajes en el teléfono. Tina Nasso, la mujer a la que había dejado de ver tres meses antes, le había vuelto a escribir. ¿Por qué le mandaba

otro mensaje si nunca le contestaba? ¿Acaso estaba tan desesperada?

Esta separación no puede continuar, Stavros. Has sido tan cruel. ¡No te he visto ni he sabido nada de ti en más de tres meses! No has respondido ni a uno de mis mensajes. ¡Tengo que hablar contigo! Esto es importante. Tina.

El mensaje significaba que seguía presionándole para que cambiara de idea. Stavros frunció el ceño. Christina Nasso, la mujer con la que sus padres esperaban que se casara, no sabía cómo dejar ir algo que jamás hubiera salido bien. Sin intención de contestar, lo borró también, tal y como había hecho con todos los anteriores.

Las presiones de sus padres le habían llevado a pasar algo de tiempo con ella, pero no había ninguna atracción por su parte. Seguramente los padres de ella continuaban insistiendo porque querían a toda costa una alianza entre las dos familias. No era ningún secreto que el clan de los Nasso, una poderosa estirpe de astilleros de Kavala, quería como yerno a un heredero de los Konstantinos. Y su propia familia también buscaba un enlace conveniente. Los negocios de ambas dinastías estaban estrechamente ligados.

Pero cuando Christina había buscado un acercamiento más íntimo no había sido capaz de fingir emociones que no sentía. No había querido hacerle daño, pero no había tenido más remedio que decirle la verdad. No estaba enamorado de ella y ambos necesitaban ser libres.

Les había dicho lo mismo a sus padres cuando le habían exigido una explicación. Su gran error había sido complacerles en un primer momento; un gran error que no volvería a cometer. Podían esperar todo el tiempo que quisieran, pero el matrimonio con Tina jamás se produciría.

Ese día, sin embargo, había sentido las consecuencias de sus actos con una gran claridad. Su negativa en el asunto de Christina había causado un enfrentamiento importante, y su padre había ejercido toda su influencia sobre sus tíos y primos para que cerraran filas en su contra, en vez de apoyar la nueva aventura empresarial.

En cuanto a Tina, lo único que podía esperar era que algún día encontrara a alguien que pudiera contar con el visto bueno de su familia. Era una mujer atractiva con mucho que ofrecerle al hombre que quisiera casarse con ella, pero él no era ese hombre. Algún día ella se daría cuenta de ello y seguiría adelante. Al igual que la sal cuando pierde su sabor, todas sus relaciones con mujeres carecían de ese ingrediente indispensable para la felicidad.

La única cosa que le aportaba algo de placer en ese momento era

pasar tiempo en su nuevo negocio. Su nueva empresa no competiría con la de su familia, pero sí caerían bombas cuando se enteraran de que había seguido adelante con la producción sin contar con ellos. Uno de los suyos estaba haciendo algo a sus espaldas y no eran capaces de tolerarlo. No debería haber sido ninguna sorpresa para ellos, no obstante. Él casi nunca agachaba la cabeza ante los dictados autoritarios de su padre o de sus tíos.

Había intentado lo de Tina por su madre, pero también había encontrado desaprobación en su mirada una vez se había enterado de que su hijo pequeño no estaba enamorado de la chica de los Nasso. Stavros respiró profundamente. Ese no había sido un día cualquiera. A partir de ese momento, su vida iría en una dirección que no satisfaría a nadie, pero al menos estaría en paz consigo mismo.

Y era mejor así.

De camino a la cocina para buscar algo con lo que calmar la sed, oyó que sonaba su móvil. Si era Tina porque no le había contestado, entonces se llevaría otra decepción más al ver que continuaba ignorando sus llamadas y mensajes.

Al mirar la pantalla, sin embargo, vio que se trataba del gerente de la cantera tres de la isla de Thassos.

—¿Qué pasa, Gus?

—¿*Kyrie* Konstantinos?

Kyrie era un título de cortesía que en griego significaba «señor».

—Ha surgido un problema con uno de los grupos de estudiantes que vienen con los profesores, de PanHellenic Tours. Falta un adolescente. Y ha venido la policía.

Eso era todo lo que Stavros necesitaba oír, sobre todo teniendo en cuenta que él había sido el único de la junta que había estado a favor de permitir visitas turísticas en la cantera. El programa había funcionado bien desde marzo, sin ningún incidente hasta ese día…

Stavros agarró el teléfono con fuerza.

—¿Han empezado a buscar?

Al oír los detalles, hizo una mueca. Para un helicóptero era casi imposible ver algo de movimiento bajo esa frondosa vegetación del bosque.

—¿Qué recomienda, señor?

—Estaré ahí enseguida —dijo, yendo hacia el dormitorio.

Se vistió rápidamente y fue hacia el coche. Albergaba la esperanza de que la experiencia en la cantera fuera útil para los estudiantes y que sirviera para mostrar distintas oportunidades de trabajo. El cuarenta por ciento del mármol de Grecia provenía de una fuente casi inagotable situada en la región de Thassos. La mayor parte era enviada a Asia, sobre todo a China, y al resto de Europa. Se trataba de un recurso natural muy abundante gracias al que se generaban

muchos puestos de trabajo, algo vital para Grecia en esos momentos.

Con ese argumento había logrado convencer a su abuelo, fallecido poco tiempo antes, para poner en marcha las visitas guiadas en la cantera. Esa clase de publicidad podía resultar beneficiosa para el sector y el resto de la junta había aceptado con reticencias, bajo la condición de poner un periodo de pruebas. Si ocurría algún problema, sin embargo, las visitas serían interrumpidas.

Esa cantera en particular, una de las muchas que su familia tenía al norte de Grecia, estaba al otro lado de la cima, a diez minutos en coche. Conocía muy bien al teniente de la policía y le pediría su colaboración para mantener a raya a la prensa todo el tiempo posible.

La crisis tenía que resolverse antes de que los medios se hicieran eco de la historia. Una vez la convirtieran en un circo internacional, la isla se llenaría de espectadores no deseables. Y aunque el personal de la cantera no fuera responsable de lo ocurrido, el público no lo vería de esa manera.

Tal y como él lo veía, el profesor era el último responsable en esa clase de situaciones, y podía enfrentarse a una demanda. Eran seis grupos de secundaria de seis estudiantes cada uno con sus respectivos profesores. ¿Acaso era tan difícil no perder de vista a seis chicos?

Gus le había dicho que la profesora era una guapa joven americana. A lo mejor era demasiado joven para manejar a un grupo de adolescentes. Stavros pisó a fondo el acelerador al tomar una curva. Su humor no hacía más que empeorar por momentos.

En cuanto la familia Konstantinos se enterara, pondría fin a las visitas, y como él ya había anunciado su dimisión ya no tendría ni voz ni voto. Mientras tanto, no obstante, sentía esa gran responsabilidad sobre sus hombros. El hijo adolescente de alguien se había perdido en un país extranjero.

Panagia era el pueblo favorito de Andrea Linford en la isla griega de Thassos. Después de viajar en avión desde Thessaloniki hasta el aeropuerto de Keramoti, había tomado un ferri que la había llevado hasta Thassos, la capital a la que muchos llamaban Limenas. Desde el agua la isla parecía un enorme bosque flotante, por todos los bosques de pinos y olivos que la cubrían. Había alquilado un coche y había conducido hasta Panagia, que estaba a diez kilómetros de distancia. El pueblo se llamaba así por la Virgen María y había sido construido en la falda de la montaña. Desde las terrazas de las casas, con sus techos pintados y tejados de esquisto, las vistas de la bahía y del mar eran maravillosas, y los riachuelos naturales que corrían paralelos a las estrechas calles eran un espectáculo para los sentidos.

Andrea había estado en la iglesia de la Virgen María, construida en el año 1831, y adoraba ese impresionante estilo señorial, construido con piedras de ruinas de antiguos templos. El exterior y la cúpula estaban pintados en tonos blancos y azules, absolutamente exquisitos.

Había estado en muchas iglesias por todo el mundo, pero el interior de esa en particular era como un tesoro de fábula. Albergaba un estandarte que databa de los tiempos de las Cruzadas. Había una esencia espiritual en ese lugar que no había encontrado en otros templos.

Pero ese día no tenía tiempo para entretenerse. Llevaba un año y medio trabajando para PanHellenic Tours, en las oficinas centrales de Thessaloniki. Eran uno de los mayores tour-operadores de Grecia. Después de licenciarse en Humanidades en la universidad de allí la habían contratado para hacer traducciones y elaborar rutas turísticas.

Andrea era la primera persona que le había sugerido a la empresa que pusiera en marcha visitas a la cantera que tanto la fascinaba. Su jefe, Sakis, se había mostrado tan entusiasmado con la idea que la había incluido en los itinerarios de ese año, pero le habían llegado noticias de que había habido un problema con un estudiante americano que se encontraba visitando la cantera de mármol de Thassos. El chico se había perdido y habían llamado a la policía.

Como Andrea hablaba tanto inglés como griego, y dado que ella había sido la que se había ocupado de los preparativos iniciales con el gerente de la cantera, Sakis la había enviado al lugar.

Antes de salir de su despacho, descargó la ficha del estudiante con su correspondiente foto en la memoria del teléfono móvil. Conocía muy bien el camino de la cantera, famosa por su mármol puro y blanco. Sonriendo, condujo montaña arriba por la vieja carretera que ascendía por la falda del monte. Thassos realmente era una isla de color esmeralda, casi redonda en su forma. Algunos lugareños decían que era un enorme trozo de mármol.

Muchas de las minas que había por toda la isla eran fosos abiertos, y un turista que no conociera el sitio podía pensar que se había topado con un enorme cementerio lleno de lápidas de mármol reluciente y rodeado por inmensos pinos de color verde oscuro. Brillaban bajo el sol abrasador de agosto a última hora de la tarde.

Andrea se dirigió hacia las oficinas de Konstantinos Corporation de la cantera, empresa líder en la producción de mármol gracias a todas sus minas del norte de Grecia. En el extremo este de la cantera estaba el autocar del grupo turístico, rodeado de media docena de coches de policía. Los agentes hablaban con los estudiantes y profesores.

Andrea aparcó su vehículo al final de la fila y bajó. Georgios, el curtido guía turístico, era un ligón que siempre la hacía sonreír cuando entraba en la oficina. Ese día, sin embargo, no tenía muy

buena cara.

En cuanto bajó del coche, un agente le salió al paso.

—Lo siento, pero no pueden entrar visitantes.

—Soy de PanHellenic Tours —dijo Andrea en griego.

Se presentó como la representante de la empresa turística y le enseñó su identificación. Normalmente llevaba su chaqueta azul con la insignia de la empresa, pero hacía demasiado calor en la calle.

—Disculpe.

—No se preocupe. Nos han avisado de que uno de los estudiantes americanos, un chico de diecisiete años llamado Darren Lewis, ha desaparecido durante la visita. Estoy aquí para ayudar en lo que pueda. ¿Alguna noticia?

El teniente frunció el ceño.

—Hay un helicóptero sobrevolando la zona y también hay agentes peinando el lugar, pero no hay ninguna novedad todavía.

—¿Cuánto tiempo lleva desaparecido?

—Casi tres horas. Hemos hablado con todos los empleados de la cantera. Nadie nos ha podido decir nada y al parecer les han dicho que mantengan la máxima discreción. Ya casi estamos terminando de tomarles declaración a los estudiantes y profesores. Después podrán irse a su siguiente parada en Thassos.

Tres horas… Andrea pensó que había tardado demasiado tiempo en ir a la cantera. A esas alturas el chico podía estar escondiéndose en cualquier rincón de esas montañas, pero por suerte la temperatura no bajaba mucho por las noches allí.

—Antes de que se vayan, necesito hablar con el guía.

—Claro.

—Disculpe.

Andrea fue hacia Georgios.

—Vaya situación se nos ha presentado de repente. ¿Cómo estás?

Él sacudió la cabeza.

—Llevo quince años en la empresa y nunca he perdido a nadie. Cuando terminamos la visita, el gerente de la cantera nos dijo que el grupo podía dar una vuelta. Ya sabes cómo es la rutina. Les dije que regresaran al autocar en media hora. Darren le dijo a su profesora, la señorita Shapiro, que tenía que ir al servicio antes de volver al autocar.

—¿Y fue entonces cuando desapareció?

—Eso parece.

—Entonces ella tiene que estar desolada. Él asintió.

—Contamos a todo el mundo cuando subieron al autocar, pero faltaba él. Uno de los estudiantes que se había sentado a su lado nos dijo que recordaba que llevaba su mochila mientras paseaban por la cantera.

—Con este calor, no querrías cargar con una mochila, a no ser que tuvieras una buena razón. Parece que tenía un plan antes de llegar aquí.

—Eso piensa la policía. Y yo estoy de acuerdo con ellos. El grupo sabe que se deben dejar las pertenencias personales en el autocar durante las excursiones, pero la norma no era muy estricta. Después de esta experiencia, yo voy a insistir en ello, si no me echan.

Andrea sacudió la cabeza.

—Sakis sabe que esto no es culpa de nadie más que de Darren —le aseguró Andrea.

Sabía cómo reaccionaría la gente, no obstante. Todo el mundo recibiría su cuota de culpa.

—De acuerdo con la ficha, no está tomando ninguna medicación, pero eso no excluye la posibilidad de que tomara drogas. ¿Qué tal se ha comportado?

—A lo largo de la visita su comportamiento no destacó en ningún sentido. Su profesora dice que es un estudiante ejemplar, bastante tranquilo —se rascó la cabeza—. Hay que avisar a sus padres.

—Yo informaré a Sakis y él se ocupará de todo, si es que no lo ha hecho ya. Ahora mismo tienes a un grupo de estudiantes hambrientos y sedientos y a unos profesores que necesitan toda tu atención. Sigue adelante y súbelos al autocar. Te veo luego y te ayudo en todo lo que pueda.

—Gracias, Andrea.

Andrea se volvió justo cuando aparecía un lujoso sedán negro de gama alta. El coche apareció de repente, cerrándole el paso. Un hombre moreno y alto salió del vehículo. El aura de autoridad que le acompañaba no pasaba desapercibida. Tendría unos treinta y pocos años y su exquisito atractivo griego resultaba irresistible. Andrea se quedó en blanco unos segundos, pero al final apartó la vista para evitar mirarlo fijamente. Llevaba un reloj de oro, pero no había ninguna alianza en sus dedos.

Andrea creía que los hombres así no existían más que en las portadas de las revistas. ¿De dónde había salido?

—¡Señor Konstantinos!

La exclamación del teniente, acompañada de una evidente deferencia, despejó todas sus dudas.

El hombre estrechó la mano del oficial.

—Cuando el gerente me puso al tanto de todo, vine en cuanto pude. Dígame qué ha pasado.

Los dos hombres discutieron la situación y hablaron de mantener la mayor discreción posible ante la prensa mientras prosiguiera la búsqueda.

Esos ojos de color gris oscuro se volvieron hacia Andrea de

repente.

—Supongo que es usted la profesora americana que estaba a cargo del adolescente, ¿no? —le dijo, hablándole en inglés—. ¿Cómo es posible que haya desaparecido si estaba bajo su vigilancia?

Le había espetado la pregunta de golpe, y su acento apenas revelaba su origen. Pero eso no la sorprendía, teniendo en cuenta su educación. Lo que sí la desconcertaba, en cambio, era el hecho de que hubiera acertado que era americana. De alguna forma, algo la había delatado.

Esperaba que el teniente interviniera en ese momento, para explicarle la situación, pero otro de los agentes se acercó al magnate en ese momento, reclamando su atención.

Andrea se dio cuenta de que no tendría más remedio que explicárselo ella misma en cuanto tuviera ocasión, antes de que extrajera más conclusiones precipitadas.

—Creo que primero debería presentarme —le dijo, en griego—. Me llamo Andrea Linford. Trabajo para PanHellenic Tours en Thessaloniki. Mi jefe me ha enviado para que ayudara al guía turístico, Georgios Debakis, y para que elabore un informe.

Le ofreció una mano y él no tuvo más remedio que estrechársela.

—¿Cuál de los Konstantinos es usted? ¿Leon, Stavros, Alexios o Charis?

Se hizo el silencio durante unos segundos.

—Stavros —dijo ella finalmente.

—Ya veo que ha hecho los deberes, *kyria* Linford.

—*Despinis* —le dijo, corrigiéndole. No estaba casada.

—Mis disculpas por el malentendido.

Las disculpas casi se le habían atragantado, pero Andrea no estaba dispuesta a darle ni un respiro.

—Sí acertó en algo. Uno de mis muchos pecados es ser americana. Pero no soy la pobre señorita Shapiro, quien, sin duda, no le ha parecido lo bastante madura como para manejar a un grupo de adolescentes lejos de sus padres. Si me he equivocado en algo, le pido disculpas.

Los ojos de Stavros Konstantinos emitieron un destello.

—No se ha equivocado.

—Gracias por su sinceridad. Creo que los dos estamos de acuerdo en que esta situación es muy desafortunada y en que nadie está en su mejor momento. Mi jefe está muy preocupado. Tiene que llamar a la familia del adolescente y explicarles que su hijo ha desaparecido. Con un poco de suerte ellos quizás puedan darle alguna razón por la que podría haberse fugado en mitad de la visita.

—Esperemos que lo encuentren en menos de una hora. Andrea asintió con la cabeza.

—Todos queremos eso. Por desgracia, su desaparición ha tenido lugar en una propiedad de su empresa y el apellido de la familia estará en todos los titulares, atrayendo publicidad muy poco deseable. En cuanto a la señorita Shapiro y a Georgios, no se quedarán tranquilos hasta que Darren aparezca.

Stavros se pasó una mano por el cabello.

—Le he pedido al teniente que lo mantenga todo en secreto durante el mayor tiempo posible.

—Sí. Le he oído. Esperemos que ninguno de los agentes lo filtre a los medios. ¡Hay que encontrar a ese chico!

Andrea sintió que la voz le temblaba porque no podía evitar recordar aquella larga espera de diez días que había vivido hasta que habían encontrado el cuerpo sin vida de su prometido, en la cornisa de una montaña. Pensar en el suplicio por el que tendrían que pasar los padres de Darren la hacía estremecerse.

Sus emociones no pasaron desapercibidas para Stavros Konstantinos, que la observaba con atención. Ella apartó la mirada rápidamente justo a tiempo para ver cómo el autocar turístico salía a la carretera.

—Solo nos lleva tres horas y media de ventaja, así que no puede haber ido muy lejos —dijo el apuesto millonario griego, como si pudiera leerle la mente.

Andrea cruzó los brazos a la altura de la cintura.

—¿Sabe que llevaba la mochila encima? Me pregunto si no tenía planeado escaparse desde hace tiempo.

—Si es así, escogió el mejor lugar posible. Es cierto que estas montañas le darán refugio, y el bosque es muy tupido, pero yo he vivido aquí toda mi vida y me conozco cada palmo del terreno. Si los equipos de búsqueda no dan con él, yo lo haré.

Stavros Konstantinos inspiraba tanta confianza que a Andrea no le cabía duda de que haría cualquier cosa.

—Va a necesitar su descripción y su foto. Puedo enviarle los datos por correo a su teléfono ahora mismo.

Él sacó el móvil y le dio el número. En menos de un minuto recibió toda la información.

—Es un chico atractivo —le dijo mientras miraba la foto del pasaporte de Darren—. Le queda bien ese corte de Marine. Un metro ochenta, ojos marrones, pelo rubio oscuro… Será fácil reconocerle.

—A menos que llevara un disfraz en la mochila. ¿Y si se hace pasar por una mujer?

Stavros le dedicó otra de esas miradas que la hacían sentir un extraño cosquilleo.

—Eso despistaría a cualquier que le estuviera buscando. Se lo comentaré al teniente por si no se le había ocurrido. Nunca se sabe.

—No sé si se ha fijado en la fecha de nacimiento de Darren. Cumplió los dieciocho ayer, con lo que ya es mayor de edad.

—No me había fijado. ¿Hay algo más que deba saber? Andrea respiró profundamente.

—Mi jefe ha averiguado que Darren pertenece a una familia adinerada de Connecticut, así que seguramente lleve suficiente dinero encima para aguantar durante mucho tiempo. A lo mejor planeó todo esto antes de salir de los Estados Unidos. A lo mejor lo preparó con alguien que le espera en algún lugar.

—Cualquier cosa es posible.

—Yo creo que intentará salir de la isla en un barco, y no en ferri. He mirado mi mapa de Thassos y hay docenas de puertos. No le sería difícil pagarle a un pescador para que le lleve a otro sitio y poder pasar desapercibido, ¿no?

Stavros arrugó el ceño y la miró fijamente.

—Parece que tiene experiencia con este tipo de contingencias.

—Un poco.

—Si trata de escapar en barco, la policía del puerto caerá sobre él. Mientras tanto, voy a volver a mi casa para cambiarme y saldré a buscarle. Si no recuerdo mal, su folleto de la ruta turística mencionaba la Cueva del Dragón que está cerca de Panagia.

—Sí. Estuvieron allí esta mañana.

—Entonces a lo mejor decidió pasar la noche escondido allí.

—Tiene razón —Andrea no había pensado en ello—. Habría sido un excelente detective si no hubiera nacido con el apellido Konstantinos.

El comentario se le había escapado de los labios. ¿En qué estaba pensando?

Después de una pausa de una fracción de segundo, los labios de Stavros Konstantinos hicieron una mueca.

—Pues es posible —le dijo en un tono casi divertido.

Andrea había estado en la Cueva del Dragón . El lugar tenía unas estalactitas y estalagmitas gloriosas. Incluso había llegado a ver la famosa estalactita con forma de dragón.

—Dicen los libros que la cueva no ha sido explorada en su totalidad.

—Ese será el primer sitio al que voy a ir.

—Señor Konstantinos…

Él la miró con unos ojos tan profundos que Andrea se sintió como si la atravesara de lado a lado.

Era alguien muy importante, pero parecía dispuesto a dejarlo todo para salir a buscar a un chico al que ni siquiera conocía. La policía ya estaba haciendo ese trabajo y no tenía por qué hacerlo él mismo. Además, nadie lo hubiera esperado de alguien como él.

—Me gustaría ir con usted y ayudar, si es posible. Él pareció sorprendido.

—¿Por qué quiere implicarse en esto?

—Porque de alguna manera siento que esto es culpa mía. Fui yo quien habló con el gerente de la cantera para lo de las visitas. Estas canteras han sido explotadas durante siglos y, sin embargo, muchos turistas siguen sin saber que existen. Yo las encuentro fascinantes y convencí a mi jefe para que accediera a incluirlas en las rutas.

—¿Fue idea suya?

—Sí. Y me imagino que querría que el gerente me hubiera dicho que no. Entiendo que todo es un riesgo, pero no tiene ni idea de lo responsable que me siento ahora que esto ha pasado dentro de su empresa. Y, para serle sincera, hay otra razón…

—¿Qué otra razón?

—Hace un año y medio perdí a mi prometido. Era guía turístico en las montañas y había subido al Mont Blanc con otros escaladores. Se vieron atrapados en mitad de una tormenta. Cuando se dieron cuenta de que él había desaparecido me dijeron que no podía participar en la búsqueda porque era demasiado peligroso.

—Lo siento —le dijo él. Una compasión repentina suavizó su expresión.

—Tuve que esperar durante diez días de infierno hasta que encontraron su cuerpo en una cornisa de la montaña. Cuando pienso en los padres de este chico, al enterarse de que su hijo ha desaparecido, no puedo quedarme de brazos cruzados, sin hacer nada —los ojos le escocían de repente—. Aunque no sirva de nada lo que haga, quiero ayudar a buscarle.

Andrea le oyó respirar profundamente.

—Puede añadirme a esa lista de personas que se sienten responsables porque yo fui la persona a la que acudió Gus para que diera luz verde a las visitas.

Andrea se quedó boquiabierta.

—Sabía que tenía que pasar varios filtros, pero… Es una sorpresa enterarme de que fue usted.

—Me parece que el día de hoy nos ha traído unas cuantas sorpresas. Pero no me arrepiento de haber permitido las visitas, ni siquiera en estas circunstancias.

Andrea hizo un esfuerzo por tomar aliento.

—Yo tampoco. Muchos estudiantes y profesores han sacado provecho de lo que han aprendido aquí.

—Esa era mi idea también.

Andrea sintió que Stavros Konstantinos era un hombre en el que se podía confiar. Era esa inesperada atracción que sentía por él lo que le suscitaba desconfianza.

—Sea cual sea el resultado de todo esto, por favor, no se preocupe. La empresa asumirá toda la responsabilidad.

Se hizo el silencio durante unos segundos. Andrea dio media vuelta y se dirigió hacia su coche.

—*Despinis* Linford… Andrea se giró.

—Puede venir conmigo si lo desea, pero podríamos pasar toda la noche fuera.

—No tengo problema con eso. Solo quiero encontrar a Darren. Eso es todo.

—Entonces tendremos que ir a mi casa para recoger algunas provisiones.

—Gracias. Iré detrás de usted.

Andrea subió en su coche de alquiler y arrancó. Durante el camino llamó a su jefe para ponerle al tanto de todo y después llamó a Georgios para decirle que iba a participar en la búsqueda de Darren y que le mantendría al tanto.

Darren ya había cumplido los dieciocho y por tanto ya no era menor de edad. A lo mejor sus padres le habían regalado el viaje por su cumpleaños… Fuera como fuera, no obstante, su desaparición no podría haberse producido en un momento peor. Como ya era un adulto, podía hacer lo que quisiera.

Andrea no quería ni pensar en la posibilidad de que algo pudiera pasarle antes de que le encontraran. No había pasado mucho tiempo desde la muerte de Ferrante. Conseguir ese contrato con PanHellenic Tours prácticamente le había salvado la vida y las cosas empezaban a mejorar poco a poco, pero la desaparición del chico le recordaba aquel suplicio de diez días…

Capítulo Dos

A través del espejo retrovisor Stavros observaba el coche de alquiler que le seguía. Andrea Linford había sido toda una sorpresa en muchos sentidos.

Cuando llegaron detuvo el vehículo junto al todoterreno. Ella aparcó al otro lado. No quería ser indiscreto, pero no pudo evitar mirarla de reojo cuando bajó de su coche alquilado.

—Venga conmigo. Puede refrescarse en el cuarto de baño mientras voy por unas cosas. Buscaré algo de comida y bebida para que podamos comer durante el camino.

—Déjeme ayudarlo.

Accedieron a la casa por la entrada trasera. Él señaló el camino hacia el cuarto de baño y se dirigió a la cocina para preparar una bolsa de comida. Después fue a su dormitorio y se puso unos vaqueros y una camiseta de cuello redondo.

Tras llamar al teniente, que seguía sin tener novedades, sacó unas parcas y unos jerséis del armario. De camino a la cocina, se detuvo frente a la alacena para sacar una enorme linterna y pilas de repuesto. Tenía una linterna más pequeña en el todoterreno, además de mantas, una pequeña tienda de campaña, un saco de dormir, dos sillas plegables y gasolina. Siempre se preparaba antes de salir rumbo a las montañas.

Cuando Andrea le vio acercarse lo ayudó con los abrigos y la ropa para que pudiera llevar todo lo demás. Salieron de la casa y se dirigieron hacia el todoterreno para cargar todas las provisiones. Cuando terminaron, la luz del crepúsculo ya bañaba de plata el exuberante paisaje.

Stavros tomó una carretera que llevaba a la Cueva del Dragón.

—¿Ha hablado con su jefe?

—Sí. Ya ha hablado con los padres de Darren. Vienen para Thessaloniki.

—¿Dijeron algo que pueda ser de utilidad?

—No. El chico iba a empezar en Yale en otoño. Están muy desconcertados. Sakis me dijo que no regresara sin el chico. Está muy preocupado.

—Le encontraremos.

—Estamos en su zona, así que le creo.

—¿Qué tal si nos comemos unos sándwiches? Mi ama de llaves me los prepara.

—Claro.

Andrea se giró y buscó en la bolsa que estaba detrás del asiento del conductor. El movimiento le permitió captar unas suaves notas de la fragancia que llevaba. Los sentidos de Stavros despertaron de repente.

Tras darle su emparedado, ella sacó dos botellas de agua fría.

Se mantuvieron en silencio durante algunos minutos más.

—¿Cuánto hemos ascendido?

—Unos mil doscientos metros.

—Eso es muy alto para una isla. ¿Ha llegado a la cima del Monte Ypsarion?

—Muchas veces —él la miró fugazmente—. ¿Alguna vez ha escalado una montaña?

—Sí. El Kilimanjaro.

Al oír esa respuesta totalmente inesperada, Stavros dejó escapar un silbido.

—Eso está a casi seis mil metros de altitud.

—Me di cuenta de eso cuando me tuve que poner oxígeno una vez sobrepasé esa altitud. Mi padre me llevó cuando estaba trabajando en Tanzania.

Fascinado, Stavros no pudo evitar continuar con sus preguntas.

—¿Y aún sigue trabajando ahí?

—No. De ahí le mandaron a la Guayana Francesa, durante dos años, y después a la India. Más tarde estuvo dos años en Paraguay y otros dos en Venezuela. De ahí le mandaron a la zona de Brusson, en el noroeste de Italia, donde pasó tres años. Y entonces se vino al norte de Grecia. Vivimos en Thessaloniki, donde me licencié en Historia y Arqueología en la Universidad de Aristóteles.

Stavros no daba crédito.

—¿A qué se dedica su padre?

—Trabaja para una empresa americana de ingeniería de Denver, Colorado, que es donde yo nací. El Estado se hizo con el oro prácticamente. Su empresa diseña y fabrica módulos y maquinaria para la extracción de oro y plata. Desde este año están presentes en veinticuatro países. He vivido con mi padre desde que nací y le he acompañado a todos los sitios a los que le destinaban.

Su siguiente destino sería Indonesia.

—¿Cuántas lenguas habla? Andrea soltó el aliento.

—Aparte de mi lengua materna, hablo italiano, francés, griego y algo de hindú, afrikaans, swahili, español y guaraní. No es para tanto. Hay que aprender la lengua de un país si esperas sobrevivir en él. Afortunadamente para Darren, muchos de sus compatriotas hablan inglés.

—Amén —Stavros se aclaró la garganta—. ¿Y qué me dice de su madre?

—Murió al darme a luz. Stavros no supo qué decir.

—Mi padre y yo hemos sido nómadas que viajaban por todo el mundo. Fue él quien me habló por primera vez de las canteras de mármol blanco que hay por aquí.

—¿Y qué le dijo exactamente?

—Muchas cosas, que las estructuras de cuarzo cristalino se parecen a la nieve recién caída, que solo las hay en esta isla…

—¿Qué más?

—El equipo de efectos especiales de las películas de *Crepúsculo* utilizó polvo de mármol de Thassos. Lo añadieron al maquillaje del rostro para crear esos destellos brillantes cuando la luz del sol incidía en el rostro de los vampiros. Mi padre es de los que saben cosas así. Es el hombre más listo que he conocido jamás.

—¿Y se lo ha dicho últimamente?

—Todo el tiempo.

—Hombre con suerte.

El padre de Stavros se creía el hombre más listo sobre la Tierra, así que nunca le había regalado semejante cumplido.

—Yo soy la que tiene suerte de tenerle como padre.

—¿Sabe lo que creo?

Ella lo miró con curiosidad.

—Señorita Linford, es la mujer más inteligente que he conocido jamás.

—No se crea —le dijo ella, soltando el aliento—. Por favor, llámame Andrea.

—Entonces llámame Stavros.

—El símbolo de la cruz. Un nombre sagrado.

—Mis padres se arrepienten de haberme llamado así. Me temo que soy el *apololos provato* de la familia.

Ella se volvió hacia él, sorprendida.

—¿Tú? ¿La oveja negra? ¿Por qué ibas a serlo?

—A lo mejor porque prefiero hacer cosas que no son lo que mi padre esperaba de mí.

—Parece que tienes sueños propios y que piensas por ti mismo. Eso no tiene nada de malo. Deberías estar orgulloso de ello, en lugar de verlo como una maldición.

Una maldición…

Así era exactamente, pero ella hablaba como si fuera algo de lo que pudiera enorgullecerse.

—Tienes suerte de tener un padre que te apoye.

—¿Quieres decir que el tuyo no lo hace?

—Me temo que no. Tu incredulidad me deja claro que nuestros padres son muy distintos. Durante toda mi vida casi nunca nos hemos entendido bien. Si las cosas no se hacen como él quiere, entonces no están bien hechas.

—¡Pero es evidente que tú has tenido mucho éxito!

—Desde su punto de vista, no.

—Eso es horrible. Debe de ser muy doloroso para ti.

—Ya estoy acostumbrado.

—Aún así, se ve que te duele —lo miró durante unos segundos—. Si te sirve de algo, a mí me parece que tienes la cabeza bien puesta.

Stavros esbozó una media sonrisa.

—¿Por qué?

—Hoy, en la cantera, venías dispuesto a someterme a un tercer grado, pero cuando me presenté me escuchaste, a tu manera, y te disculpaste y me permitiste buscar a Darren contigo. Eso me parece admirable y creo que ahora me caes mejor.

«Andrea Linford, ¿de dónde has salido?», se preguntó Stavros.

Se acercaron a la senda que llevaba a la cueva. Estaba oscureciendo, así que ya no debía de quedar ningún turista por allí. Stavros se había mantenido alerta, pero no había visto a nadie caminando por al arcén de la sinuosa carretera flanqueada por tupidos matorrales.

Detuvo el vehículo.

—A partir de aquí tenemos que seguir caminando. Toma uno de los abrigos. Sé que es un poco grueso, pero hace frío por aquí. La temperatura siempre es más baja dentro de la cueva, sobre todo por la noche. Darren podría estar ahí dentro. Si no está, hablaremos en susurros mientras esperamos dentro y apagaremos las linternas. Si aparece, no querremos espantarle.

—Entendido.

Salieron del coche y se pusieron los abrigos. Andrea tomó dos botellas pequeñas de agua para llevarlas en el bolsillo y él le dio una linterna pequeña. Se aseguró de que funcionaba y entonces encendió la más grande. Después de echarse una manta sobre los hombros, cerró el todoterreno. En cuestión de segundos ella había echado a andar por el sendero. El follaje era tan denso que el camino se estrechaba mucho en algunos puntos y era necesario ir en fila.

Poco después llegaron a la enorme boca de la cueva. Parecía un enorme agujero negro. Stavros se adelantó y movió la linterna a su alrededor. Se adentraron más en la gruta hasta que la luz de la linterna iluminó la estalactita con forma de dragón. Aunque siempre estaba oscuro en la cueva, la noche le daba un halo especialmente tenebroso. Si Darren tenía intención de esconderse allí, seguramente no se adentraría demasiado en la gruta por miedo a perderse. Se volvió hacia Andrea y puso los labios contra su oreja. Una vez más se vio asaltado por esa fragancia deliciosa.

—Sentémonos aquí a ver si aparece.

Andrea asintió y se apartó un poco para contrarrestar el efecto de su aliento cálido sobre la piel. No la había tocado, pero no era necesario que lo hiciera para despertar en ella esa sensación tan particular. En cuanto él extendió la manta, se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Un momento después él se sentó frente a ella de la misma forma.

Lo último que vio antes de apagar las linternas fueron sus exquisitos rasgos del sur del Mediterráneo. Era tan masculino y atractivo…

—No sé si sabías que eres una criatura curiosa —su susurro salió de la oscuridad.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó ella.

—Porque tu comportamiento es tan perfecto que me has obligado a romper el silencio para decírtelo.

Andrea no pudo evitar sonreír.

—Muy pronto en la vida aprendí que a la mayoría de los hombres no les gusta charlar. Bueno, mi padre no es como la mayoría de los hombres. Le quiero mucho y siempre quería ir con él a donde le mandaban.

—¿Te está esperando en Thessaloniki?

—No. Se queda en un pueblo cerca de la mina de Skouries durante tres semanas. Y después se viene a mi apartamento de la ciudad para quedarse conmigo una semana. Él cocina mientras yo estoy en el trabajo. Y yo lo llevo a ver monumentos y reliquias en mi tiempo libre.

—¿Tu padre no volvió a casarse?

—Una vez le hice esa pregunta porque ha tenido muchas novias. Me dijo que como tiene que viajar tanto por todo el mundo, decidió que era mejor no casarse porque iba a ser un poco difícil mantener la relación. Además, me dijo que no quería tener más niños.

—Lo entiendo. Sus razones tienen mucho sentido. ¿Te hubiera gustado tener madrastra?

Nadie le había hecho esa pregunta nunca.

—No lo sé, porque no crecí con mi madre. Si te soy sincera, a muchas de sus novias no les caía muy bien, y ellas a mí tampoco, así que me alegro de que no se haya casado de nuevo.

—¿Cuántos años tienes, Andrea?

—Veintiséis. ¿Y tú? —le preguntó ella sin perder tiempo.

—Treinta y dos. Háblame del hombre con el que ibas a casarte.

Cambiaba de tema con mucha rapidez.

—Ferrante era suizo, de ascendencia italiana. Su familia era de Ticino. Tenía cinco hermanos y él era el mayor. Nunca había conocido a nadie tan entusiasta y agradable. Hay gente que tiene un espíritu

muy positivo. Y él era uno de ellos.

Se hizo el silencio durante unos segundos. Stavros extendió el brazo de repente y puso la mano sobre la suya.

—Siento que le hayas perdido —le dijo, apretándosela. La sinceridad que oía en sus palabras la conmovió.

—Ahora ya me encuentro mucho mejor. ¿Y qué me dices de ti? ¿Tienes novia?

Él retiró la mano.

—Al igual que tu padre, he tenido unas cuantas.

—Pero veo que no has llegado a casarte.

—Sí.

—Esa respuesta ha sido contundente. Con un apellido como el tuyo, supongo que debes tener mucho cuidado.

—Tu capacidad de percepción debe de ser un don con el que naciste.

—Creo que más bien se trata de la influencia del cinismo de mi padre.

—Entonces sí que tiene un defecto… —le dijo él en un tono casi juguetón—. Ya empezaba a preocuparme.

—¿Por qué?

—Es difícil estar a la altura de un padre perfecto.

—¿Estamos hablando del mío?

Esperaba una respuesta cuando oyó un ruido repentino.

Podía ser un roedor, pero también podía ser Darren.

Andrea se puso en pie de golpe y no pudo evitar tropezar con Stavros, que también estaba de pie. Él la estrechó entre sus brazos.

—No hagas ruido —le dijo, acariciándole la mejilla con los labios al susurrar.

Se oyeron más ruidos; esa vez un poco más fuertes. Fuera lo que fuera, la fuente del sonido se acercaba. Stavros debía de tener la linterna en la mano porque la encendió justo a tiempo para ver cómo se alejaba un hurón. Andrea se relajó contra su cuerpo firme y duro. Él continuaba sujetándola.

—Ya son más de las once. Si Darren tuviera pensado quedarse aquí, ya habría llegado, ¿no crees?

Andrea se zafó de sus brazos y encendió su linterna.

—Sí —su cercanía la había turbado un poco y aún no era capaz de decir nada más.

—Como el teniente no me ha llamado todavía, eso quiere decir que Darren sigue perdido, pero no creo que siga su camino hasta el amanecer.

Levantó la manta y la dobló.

—Como no está aquí, es posible que haya tomado la senda que se aleja de la cantera y que baja por la montaña. Hay cortafuegos que

cruzan todo el camino. Tomaremos uno de ellos. Con un poco de suerte, le encontraremos.

—Parece un buen plan.

Regresaron al vehículo. El aire, ligeramente más cálido en el exterior de la cueva, era agradable, pero Andrea no se quitó el abrigo. Una vez subieron al coche, Stavros arrancó de inmediato y se pusieron en marcha sin perder tiempo. Encendió las luces largas para poder ver mejor.

—¿Tienes hambre, Stavros?

—No me vendría mal comer algo.

Andrea buscó en el asiento trasero y sacó otro sándwich de la bolsa. También había llevado ciruelas.

Tomó una y se acomodó en su asiento.

—Ver Thassos durante el día no tiene nada que ver con adentrarse en estos bosques de noche.

—Da un poco de miedo, ¿no?

Un escalofrío la recorrió por dentro.

—No. No creo que Darren esté tan seguro como antes de su plan ahora mismo. Mi jefe habló con el consulado americano. Darren no había tenido pasaporte hasta ahora. Como este es su primer viaje a Europa, es increíble que se haya escapado en un sitio totalmente desconocido. Tenía que estar desesperado.

—O a lo mejor es un aventurero cabezón, o está demasiado mimado para darse cuenta de lo duro que es esto para sus padres o para cualquiera que se preocupe por él.

Andrea tuvo la sensación de que no solo hablaba de Darren en ese momento.

—Tenemos que encontrarle antes de que la prensa convierta su desaparición en un incidente internacional.

—Me has quitado las palabras de la boca.

En el primer cruce al que llegaron, Stavros redujo la velocidad y giró a la derecha.

—Mientras conduzco despacio, enfoca la linterna hacia los árboles. Nos turnaremos para llamarle. Si está herido y necesita ayuda, a lo mejor responde.

—Es buena idea, pero si quiere esconderse…

—Entonces el sonido de nuestras voces le pondrá nervioso porque sabrá que la gente le está buscando. Con un poco de suerte intentará echar a correr y así podremos descubrirle.

Pasaron media hora atravesando un cortafuegos, y después pasaron otro.

—No parece haber ni rastro de él, Stavros. ¿Crees que es posible que se haya escondido en uno de los vehículos de los empleados cuando nadie le veía? A lo mejor se ha metido en el remolque de un

camión, o en el maletero de un coche.

—Esos son los sitios en los que debió de mirar la policía antes de que yo llegara. Pero si no fueron lo bastante rigurosos…

—¿Todos los empleados viven cerca?

—Viven en Panagia, o en los alrededores. Si es eso lo que hizo Darren, podría perderse entre los turistas por la mañana.

Andrea asintió.

—Con dinero de sobra, podría comprar una bicicleta, o robar una. Una vez en Thassos, podría tomar el ferri para regresar a tierra firme.

Por segunda vez, Stavros le agarró la mano con fuerza.

—¿Quién es el detective ahora? Voy a buscar un sitio en el que podamos acampar a las afueras de Panagia. Podemos aprovechar para dormir un poco. Por la mañana, iremos a todas las tiendas de bicicletas, a primera hora.

—A lo mejor nos tropezamos con él.

—O con ella —añadió Stavros—. Si lleva un disfraz… Si no está ahí, a lo mejor ya está en el embarcadero del ferri.

—Quisiera creerlo.

—Pues ya somos dos.

No tardaron mucho en encontrar un sitio bien resguardado.

—¿Te importa si no montamos la tienda de campaña?

Andrea levantó la mirada hacia él. No pudo evitar fijarse en la fina barba de unas horas que le cubría la mandíbula.

—No. Hace una noche estupenda. He dormido a la intemperie con mi padre muchas veces. Las tiendas asfixian un poco y no veríamos a Darren si pasara por aquí.

—Eres demasiado buena para ser de verdad. Creo que estoy soñando.

—Verás que soy muy real en cuanto me ponga a gritar si se me sube encima otro de esos hurones.

Riéndose a carcajadas, le preparó el saco de dormir y se hizo una cama para él con un par de mantas. Comieron y bebieron lo que quedaba en la bolsa y después Andrea se acurrucó en su saco, volviéndose hacia él.

—Stavros, gracias por dejarme buscar a Darren contigo. Te agradezco todo lo que has hecho, no solo por mí, sino por el chico. Eres un hombre extraordinario.

Era mucho más que eso, pero tenía que suprimir todas esas cosas inesperadas que suscitaba en ella. Se le estaba yendo de las manos.

—Los méritos no son míos. Yo también tengo muchas cosas en juego aquí. Y como nos está costando mucho tiempo encontrarle, me doy cuenta de que es más listo de lo que yo pensaba en un primer momento —miró el reloj—. Voy a poner la alarma para que nos dé tiempo a desayunar en alguna cafetería antes de ir a las tiendas de

bicicletas —sacó el teléfono móvil—. Voy a dejarle un mensaje al teniente para que sepa lo que vamos a hacer mañana. Y después apagamos las luces.

Andrea apagó su linterna mientras le escuchaba. Unos minutos más tarde él también apagó la linterna y se estiró sobre una manta, tapándose con la otra. Apoyó las manos detrás de la cabeza.

—Eres una mujer muy confiada. Te quedas aquí fuera en el bosque, a solas conmigo.

—Sé qué es lo que importa. He investigado un poco y sé que la corporación Konstantinos disfruta de una excelente reputación por la gran calidad de sus productos y sus acuerdos justos. El hecho de que te hayas preocupado lo bastante como para salir a buscar a Darren en tu tiempo libre habla por sí solo.

—Yo preferiría hablar de ti, Andrea. Nadie hubiera esperado que te unieras a la búsqueda. Me conmovió lo que me contaste sobre tu prometido.

Andrea se movió, inquieta.

—No podía quedarme de brazos cruzados esta vez. Te sorprendería saber en cuántas búsquedas he participado en el pasado.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando vives en algunos lugares del mundo te ves abocado a tener que ayudar en una crisis en cualquier momento. De alguna forma, es más fácil encontrar al hijo perdido de alguien en un pueblo remoto que seguirle el rastro a un adolescente como Darren, que quiere perderse en un país moderno y sofisticado como Grecia. Con dinero, puede ir a cualquier parte. Podría hacer cualquier cosa. Sus padres tienen que estar desesperados.

Stavros se puso de lado.

—¿Te ha pasado alguna otra vez en alguna de las visitas turísticas?

—Ha habido algunos problemas serios de salud, pero nadie se ha escapado en mitad de una visita. Georgios lleva quince años en la empresa y dice que nunca se le ha escapado nadie antes.

—Entonces es una situación muy rara, y no parece que vayamos a poder resolverla esta noche.

—Tienes razón. Buenas noches, Stavros —se dio la vuelta.

—*Kalinychta despinis.*

La alarma despertó a Stavros a las seis y media. No quería que la noche terminara y le sorprendía haber dormido tanto al final. Saber que estaría con ella a primera hora de la mañana debía de ser la razón por la que se había quedado dormido rápidamente. Por primera vez en mucho tiempo una mujer fascinante había irrumpido en su vida.

Andrea seguía dormida. Su resplandeciente cabello rubio le rodeaba el rostro como un aura especial. Todavía recordaba ese roce cálido que había sentido al abrazarla en la cueva.

Recogió todo lo que habían llevado y comenzó a cargar el todoterreno. Cuando regresó por la bolsa de la comida, ella ya se había despertado.

—Buenos días, Stavros —le dijo con una sonrisa—. ¿Cuánto tiempo llevas levantado?

—Unos minutos.

—No me digas que he roncado. Es mejor no saber algunas cosas.

Estaba tan hermosa con el pelo alborotado tras una noche de sueño…

—No hiciste ni un ruido.

—Tú tampoco, creo.

Ambos se rieron a carcajadas.

Stavros recogió el saco de dormir en el que había dormido ella y lo metió en la parte de atrás del vehículo. Ella salió unos minutos después. Se había cepillado el pelo y se había pintado los labios de rosa.

—Vamos a buscar a Darren.

Una vez en el coche, volvieron a salir a la carretera que llevaba a Panagia. Stavros se detuvo delante de una cafetería, donde tomaron unos pasteles y unos cafés. La propietaria del establecimiento le reconoció y Stavros aprovechó para preguntarle por el chico americano, mostrándole la foto que tenía en el móvil. La señora les dijo que no había visto al chico, pero que llamaría a la policía si aparecía por allí.

La media hora siguiente la pasaron recorriendo las tiendas de bicicletas. Nadie había visto al adolescente desaparecido. Cuando regresaron al vehículo, se volvió hacia él.

—Creo que deberíamos ir a Thassos y esperarle en el paseo marítimo. A lo mejor ha robado la bici de alguien para salir de allí.

—O a lo mejor consiguió que alguien le llevara.

—Vamos a los bares y a las tabernas del muelle. A lo mejor anda cerca del embarcadero del ferri.

—La policía estará buscando en todos esos sitios, pero dos pares más de ojos no vendrán mal.

Durante las dos horas siguientes recorrieron toda el área del paseo marítimo, pero no vieron a nadie que coincidiera con la descripción de Darren.

—Stavros, vamos a subir al ferri y echamos un vistazo. Sé que la policía debe de haberlo hecho ya, pero a lo mejor pasaron algo por alto. ¿Qué te parece?

—Me has vuelto a leer la mente.

Era el primer ferri del día, y partía rumbo a Keramoti. Si Darren quería salir de la isla lo antes posible, ese era el que debía tomar.

Después de aparcar el todoterreno, Stavros pagó los billetes y subieron a bordo del barco, siguiendo la cola de pasajeros. Como era sábado y el verano estaba en pleno apogeo, los grupos de turistas congestionaban las colas. Dos agentes de policía estaban examinando la fila de gente.

Los que llevaban coches los habían aparcado en línea, a ambos lados de la cubierta.

Mientras la gente subía a bordo, Stavros y Andrea examinaron los vehículos. Todos estaban vacíos. Había algunas camionetas pequeñas.

Andrea y Stavros se miraron a los ojos un instante y entonces él miró dentro de la primera. Estaba llena de maquinaria para cortar el césped. Andrea dio un paso adelante para mirar en la siguiente camioneta. Stavros supo que había encontrado algo cuando regresó corriendo junto a él.

—Rápido —le susurró—. Hay una especie de lona que cubre algo. Me pareció ver algo que se movía, pero no me atreví a levantar la tela sin ti.

Stavros la agarró de los antebrazos.

—No te dejaré hacerlo solo —le dijo ella, respirando de forma entrecortada.

—Entonces quédate detrás.

Stavros fue hacia la camioneta y echó un vistazo. Subió a la parte trasera y retiró la lona. Un chico, vestido con unos vaqueros y unas zapatillas estaba acurrucado entre varias cajas de cartón. Unos ojos marrones le miraron de repente, llenos de sorpresa. El muchacho tenía la cabeza apoyada en su mochila.

—Darren Lewis —le dijo Stavros, parándose frente a él—. No te muevas —sacó el móvil y llamó al teniente de policía.

—¿Señor Konstantinos? Ojalá tuviera alguna novedad para usted.

—Ya no hay de qué preocuparse. Hemos encontrado al chico en el ferri que sale de Thassos. Está escondido en la parte de atrás de una camioneta blanca.

—Mis hombres me dijeron que habían buscado en todos los vehículos.

—Este chico es bastante escurridizo. Póngase en contacto con el capitán del ferri y dígale que no salga todavía. La señorita Linford y yo le esperamos aquí con Darren.

—Estaré ahí en diez minutos.

Stavros ayudó a Andrea a subir a la parte de atrás de la camioneta. Ella le dio las gracias y se sentó sobre una de las cajas. El chico ya se había incorporado, pero no trataba de huir.

—¿Darren? Soy Andrea Linford, de PanHellenic Tours. Este es el

señor Konstantinos, el director general de Konstantinos Marble Corporation. Te hemos estado buscando desde ayer.

El chico apartó la mirada.

—Tu guía, Georgios, y tu profesora, la señorita Shapiro, están muy preocupados. Han avisado a tus padres y están de camino.

El chico se puso pálido.

—¿Mi madre y mi padre vienen? Andrea asintió.

—Eso es. La policía te llevará con ellos en Thessaloniki.

—Tengo dieciocho años y no tengo por qué verlos si no quiero.

—Pero ellos quieren verte —dijo Stavros—. Sea lo que sea lo que esté pasando, nada se resuelve huyendo.

—Odio a mi padre. No quiero volver a verle.

El dolor que había en sus palabras no pasaba desapercibido.

—Entonces tienes derecho legal a hacer lo que quieras, pero estás en un país extranjero, y has infringido la ley colándote en una camioneta que no es tuya. Tienes que explicarle algunas cosas a la policía y ellos van a insistir en hablar contigo y con tus padres.

Darren apenas podía contener las lágrimas.

—No quiero hablar con ellos.

—Me temo que no tienes elección, mientras sigas en suelo griego.

Andrea llamó a su jefe para darle la buena noticia. La buena noticia se sabría pronto, pero la pesadilla del chico no había hecho más que empezar. Stavros sabía muy bien lo que era llevarse mal con un padre.

—Si tienes hambre o sed, te voy a buscar algo de comer — dijo Andrea después de colgar.

—No quiero nada.

—Debes de haber pasado muy mala noche. Dinos cómo escapaste de la cantera, Darren.

—Me escondí en la camioneta de alguien. Cuando la policía se alejó, me metí en la parte de atrás.

Andrea y Stavros intercambiaron una mirada.

—Cuando paró en un pueblo, me bajé y caminé hasta aquí por la noche. Mientras los coches hacían cola para subir al ferri, me metí debajo de otra camioneta.

—¿Con la mochila a la espalda? —le preguntó Andrea, sorprendida.

—Sí. La gente siempre lo hace en las películas. Cuando el hombre aparcó la camioneta y se fue, subí hasta la parte de atrás y me escondí debajo de la lona.

—Ya veo que eres un chico con recursos —Stavros tenía que reconocerle el mérito.

Diez kilómetros no era una distancia muy grande, pero el chico había sabido qué hacer en cada momento.

—Gracias.

—Mientras esperamos al teniente, ¿por qué no nos dices por qué odias tanto a tu padre?

—Tiene toda mi vida planeada, lo que quiere que sea, la universidad a la que quiere que vaya…

—¿Qué quiere que estudies?

—Quiere que sea abogado como él, y que me meta en política.

Stavros bajó la cabeza.

—¿Y qué quieres hacer tú?

—¡No lo sé todavía! Algún día lo sabré.

—¿Y tus hermanos?

—No tengo. Soy hijo único.

—Ahora que tienes dieciocho años, puedes escoger la vida que quieras.

Darren levantó la mirada.

—Mi padre no lo entiende, así que me escapé. No iba a quedarme lejos mucho tiempo.

—¿Esperabas que sufriera lo bastante como para entender las cosas al final? —le preguntó Stavros—. Tengo una idea. Ve con la policía y encuéntrate con tus padres. Diles la verdad. Si tu padre insiste con lo suyo, entonces tendrás que decidir si eres capaz de mantenerte firme y hacer lo que quieres de verdad, aún a riesgo de dejarle a un lado.

Darren asintió.

—Puedo hacerlo. No quiero ser abogado.

—Pero quieres a tu padre, ¿no?

—Sí.

—Entonces tienes que aguantar, pero no le apartes de tu vida. Con el tiempo todo se pondrá en su lugar.

—¿Tú crees?

—Sí. Lo sé.

Los ojos del chico se llenaron de lágrimas.

—Aquí viene el teniente. Hablaré con él.

—¿Lo harás?

—Claro que sí.

—Gracias por escucharme —miró a Andrea—. Gracias por ser tan amables.

—No tienes nada que agradecer, Darren. Recuerda que eres muy afortunado al tener unos padres que te quieren y se preocupan por ti. Mi padre tuvo que criarme solo porque mi madre murió cuando yo nací. Me quería con locura y estoy segura de que tus padres también te quieren así. Intenta mantener la calma cuando hables con ellos. Cuando vean que hablas de todo esto de forma racional, se mostrarán más receptivos.

—Lo dudo mucho.

Stavros bajó de la camioneta de un salto y ayudó a bajar a Andrea.

Se volvió hacia Darren. El chico bajó del vehículo con su mochila a la espalda. Mientras dos agentes hablaban con él, Stavros se fue a un lado con el teniente.

—Tiene problemas con su padre respecto a lo que quiere hacer con su vida.

—A mí me pasó lo mismo cuando tenía esa edad.

—Sé que no es violento ni peligroso. Simplemente se siente muy infeliz. Hemos hablado y me ha prometido que va a ir a Thessaloniki para hablar con sus padres. Avísame cuando lo haga por fin.

—Claro. Enhorabuena por encontrarle tan rápido. Esto es un gran alivio para todo el mundo.

—A lo mejor no le hubiéramos encontrado sin la ayuda de la señorita Linford.

El teniente se volvió hacia Andrea y le estrechó la mano antes de marcharse con sus agentes. Escoltaron a Darren hasta la furgoneta de la policía. El chico se despidió con un gesto.

Stavros miró a Andrea y vio lágrimas en esos fabulosos ojos azules.

—Vámonos a casa, Andrea.

Abandonaron el ferri y se dirigieron hacia el todoterreno. Una vez dentro, ella escondió el rostro entre las manos.

—Me alegro tanto de que le hayamos encontrado. Stavros arrancó el coche y salió del aparcamiento.

—No eres la única.

Ella levantó la cabeza por fin.

—Como tú también has tenido tus problemas con tu padre, has tenido muy buena mano con él. De verdad que me conmovió. Le diste esperanza y el consejo que necesitaba.

Me maravilla lo bien que manejaste una situación tan difícil.

Stavros la miró a los ojos.

—El teniente me pondrá al tanto de todo una vez se reúna con sus padres. Mientras tanto, solo podemos esperar que se produzca algún tipo de reconciliación, pero eso no es cosa nuestra.

Ella se frotó los ojos.

—No. Afortunadamente ya no está perdido. Y es gracias a ti. No podría haber llevado a cabo la búsqueda que quería hacer sin ti.

Stavros se echó hacia atrás en su asiento. De alguna forma se alegraba de poder dedicarle más atención a Andrea Linford a partir de ese momento.

—Trabajamos bien juntos. Después de este estupendo trabajo de investigación que hemos realizado, nos merecemos el mejor almuerzo que soy capaz de preparar cuando llegue a casa.

—Solo si me dejas ayudarte.

—¿Te gusta la cocina?

—Si tengo tiempo.

Cuando llegaron a la villa la acompañó al dormitorio de invitados.

—Seguro que querrás darte una ducha antes de comer. Yo tengo que ducharme ya, y me tengo que afeitar. Tienes una bata y todo lo que necesites en el baño de la habitación. Trae tu ropa a la cocina y la echaré a la lavadora mientras comemos.

Ella apartó la mirada, pero Stavros notó el rubor en sus mejillas.

—No quiero ser una molestia. Stavros esperaba ese comentario.

—Me temo que no tienes elección. Pasamos toda la noche acampados en el bosque. Ayudaste a una profesora y a un guía de viajes a conservar sus empleos y salvaste a tu empresa y a la mía de una exposición mediática muy poco conveniente. Cuando llegues a conocerme mejor, verás que estaré encantado de ayudarte siempre en todo lo que pueda.

Sin darle tiempo para replicar, dio media vuelta y se alejó de ella.

Capítulo Tres

Andrea se aferró al picaporte después de cerrar la puerta del dormitorio. ¿Había utilizado la palabra «siempre», o se lo había imaginado?

Sabía que le estaba muy agradecido, pero el comentario parecía haber indicado algo mucho más personal. Sin embargo, no tenía sentido que un hombre como Stavros Konstantinos fuera a mostrar interés en una mujer extranjera que trabajaba para una empresa de viajes cuando podía tener a cualquier mujer.

Después de quitarse la ropa, Andrea entró en el cuarto de baño y se metió bajo el chorro de la ducha. No era capaz de sacárselo de la cabeza y no podía evitar sorprenderse al darse cuenta de que había confiado en él lo bastante como para pasar la noche sola con él. Stavros Konstantinos tenía ese efecto con ella. Era un influjo poderoso el que ejercía, lo bastante como para que esa mañana se encontrara en la ducha de su flamante villa, dispuesta a almorzar con él.

Andrea cerró el grifo y salió a la alfombrilla, rodeada de resplandeciente mármol de Thassos. Había un albornoz blanco colgado de la puerta, pero no le parecía buena idea pasearse por esa casa envuelta en él.

«Vete a casa, Andrea».

Ya tendría tiempo de lavar la ropa cuando llegara a casa. Terminó de secarse con una toalla y se lavó los dientes. Regresó al dormitorio y volvió a ponerse la falda y la blusa. Se cepilló el pelo, se pintó un poco los labios y se dispuso a reunirse con su anfitrión para comer.

Mientras caminaba sobre esos suelos de mármol y piedra, su estómago rugía sin parar. Justo antes de entrar en la cocina oyó una voz femenina que provenía del interior de la villa. Un momento más tarde una señora con el pelo canoso salió a la entrada del patio. Stavros se puso en pie.

La mujer parecía tener unos sesenta y tantos y llevaba un elegante traje de verano.

—*Mama*… No oí el helicóptero —Stavros fue hacia ella y le dio un beso en cada mejilla—. ¿Por qué no me llamaste para decirme que venías?

—Quería darte la sorpresa, *o gios mou*. Ayer me enteré de que habías dejado la empresa y el corazón se me cayó a los pies.

Andrea se sorprendió. ¿Stavros había dejado la empresa familiar?

—Llevo tiempo pensando en ello. Ya lo sabes.

—Nunca creí que llegaría a pasar —la señora sacudió la cabeza—.

Como no te encontré en tu apartamento, pensé pasarme por la isla para ver qué mosca te ha picado. La bomba que has soltado ha sacudido los cimientos de toda la familia Konstantinos.

—Todo irá bien sin mí.

—¿Por qué has hecho esto? —exclamó su madre—. No lo entiendo. Y tu padre tampoco. Se quedó de piedra cuando anunciaste tu decisión en mitad de la reunión de la junta. Le has hecho mucho daño.

—Sobrevivirá.

Al ver la respuesta que Stavros acababa de darle a su madre, Andrea asió con más fuerza el vaso que tenía en la mano.

—¿Pero cómo puedes mostrarte así de frío?

—Yo siempre he ido por mi cuenta. No es nada nuevo.

—Cuando hablas así, no puedo creerme que seas nuestro hijo —su madre se detuvo en mitad de la frase porque acababa de reparar en Andrea, que estaba sentada a la mesa.

Sus fríos ojos marrones llevaron a cabo una rápida inspección mientras avanzaba hacia ella.

—Pero… te estoy interrumpiendo y veo que tienes una invitada. No me extraña que no hayas oído el helicóptero.

—Te presento a la señorita Linford.

Andrea se puso en pie y le estrechó la mano a la señora Konstantinos.

—Encantada de conocerla, señora Konstantinos.

—¿Te apetece un té helado, *mama*?

—Por favor —la señora Konstantinos se sentó en una de las sillas próximas a la barandilla.

Él llenó un vaso de té y fue a llevárselo a su madre.

—No sabía que estabas acompañado —dijo la señora después de beber un sorbo, mirando a Andrea—. ¿Vas a iluminarme un poco? —le preguntó a su hijo a continuación.

Stavros se detuvo un instante.

—Andrea trabaja en las oficinas de PanHellenic Tours, en Thessaloniki. Ayer hubo un problema en la cantera y vino a investigar.

Sin titubear, le explicó todo lo ocurrido, pero omitió algunos detalles que su madre no tenía por qué saber.

—El adolescente apareció hoy y ya está con sus padres. Íbamos a comer para celebrarlo.

La señora frunció el ceño.

—A lo mejor ahora entiendes por qué no es buena idea permitir visitas turísticas en la cantera. Deberías haber escuchado a tu padre.

Stavros apretó los labios.

—Cuidado, *mama*. No querrás herir los sentimientos de Andrea. Ella fue la que hizo la propuesta de incluir la cantera en los itinerarios. Al igual que yo, quiere llamar la atención del público hacia

uno de los recursos naturales más importantes de Grecia. Me alegro de que a mi abuelo le pareciera una buena idea y de que me diera su apoyo antes de fallecer.

Andrea fue sometida a otro escrutinio exhaustivo por parte de la madre de Stavros. Era evidente que no la miraba con ojos de aprobación.

—¿De dónde eres?

—Nací en Denver, Colorado, pero he vivido en muchos sitios por todo el mundo con mi padre.

—Habla varios idiomas, además del griego y del inglés — dijo Stavros—. A lo mejor te interesa saber que se licenció en la Universidad de Aristóteles.

Ansiosa por terminar con aquella inquisición, Andrea se puso en pie.

—Stavros nos ha preparado la comida, señora Konstantinos, así que lo menos que puedo hacer es ayudarlo a recoger. Como ha venido a hablar con su hijo, les daré algo de privacidad y me iré a lavar la vajilla antes de irme. Por favor, discúlpeme.

Fuera cual fuera la reacción de él, Andrea evitó su mirada en todo momento, así que no llegó a verla. Después de recoger todos los platos y los vasos, se dirigió hacia la cocina. Cuando volvió a entrar para buscar el bol de la ensalada, Stavros y su madre ya no estaban allí, lo cual era un gran alivio.

Una vez ordenó la cocina, buscó el bolso y salió al patio para esperarle. El paisaje era tan hermoso que costaba creer que fuera real. Unos minutos más tarde él la alcanzó. Se detuvo frente a ella, con las manos en las caderas. Su expresión se había vuelto rígida y sombría. No parecía el mismo hombre con el que había almorzado un rato antes.

—Siento mucho el comportamiento de mi madre, Andrea.

Ella sacudió la cabeza.

—¿Por qué? Entre otras cosas, ahora sé por qué eres tan bien parecido.

—Ha venido sin avisarme…

Andrea se dio cuenta de que no había escuchado su comentario siquiera.

—Es tu madre y es evidente que estaba muy preocupada con la noticia. Tendría miedo de no poder localizarte.

—Eso no es excusa para un comportamiento tan grosero. Para serte sincero, nunca se ha presentado aquí así. Normalmente es bastante amable, y mi renuncia en la empresa no tiene nada que ver con ella y con la forma en que se ha presentado aquí.

—No me debes ninguna explicación, Stavros. Tengo que llevar el coche de vuelta a Thassos y tomaré el próximo ferri, pero quería

esperarte para darte las gracias por todo.

Él frunció el ceño.

—Tu jefe no te espera antes del lunes, supongo. ¿Por qué tienes tanta prisa?

El pecho de Andrea retumbó con los latidos de su corazón.

—Tengo trabajo en la oficina y debo terminarlo antes de que empiece la semana.

Él ladeó la cabeza.

—Creo que tratas de escaparte de mí.

La mejor manera de manejar la situación era darle la razón, así que Andrea sonrió.

—Lo admito. Pero, si recuerdas, te pregunté si podía acompañarte para buscar a Darren. Como la crisis ha terminado, ya es hora de que vuelva a Thessaloniki.

—¿Y si quiero que te quedes? —le preguntó él después de un silencio.

Ella respiró profundamente.

—Disculpa que sea tan directa, pero no puedo permitirme quedarme.

Andrea guardó silencio unos segundos antes de proseguir.

—Una vez más, gracias por dejarme jugar a los detectives contigo. No olvidaré tu generosidad.

Pasó por su lado y salió por la puerta de atrás, rumbo al coche.

Todas las alarmas emocionales se habían encendido en su cabeza y no era buena idea permanecer ni un minuto más en la casa de Stavros Konstantinos sin poner el corazón en peligro. Mientras descendía por la carretera que bordeaba la montaña, pisó el acelerador. Parecía haber mucha intriga en esa familia y el heredero del clan de empresarios había resultado ser un hombre más complicado y fascinante de lo que había esperado en un primer momento. No tenía nada que ver con Ferrante. Con él las cosas habían sido claras desde el principio. No había habido ni misterios ni secretos. Le había pedido que se casara con él. Quería una vida con ella; matrimonio, hijos…

Las primeras lágrimas que había sentido en mucho tiempo llenaron sus ojos, nublándole la vista. Tenía que aminorar la marcha si no quería tener un accidente. A lo mejor pasaban años antes de que otro hombre sencillo volviera a aparecer en su vida. O a lo mejor eso nunca llegaba a producirse de nuevo.

«Olvídate de Stavros Konstantinos».

—¿Andrea? Sé que es hora de irse a casa, pero… ¿Puedes venir a mi despacho un momento, por favor?

No podía decirle que no a Sakis, pero era viernes por la noche. Dorcas, su amiga soltera, trabajaba en el departamento de contabilidad y había pensado en sugerirle que fueran a cenar esa noche. Después de hablar con Sakis la llamaría por teléfono.

—Ahora mismo voy.

El borrador del nuevo itinerario necesitaba algunos retoques finales, pero el trabajo podía esperar hasta el lunes. Cerró la carpeta, la guardó en el ordenador y tomó el bolso del último cajón del escritorio. Se puso un poco de pintalabios y se peinó un poco para estar lo más presentable posible.

Tras despedirse de un par de compañeros, se dirigió hacia el despacho de Sakis. La puerta estaba cerrada, así que tuvo que llamar.

—¡Entra!

Sakis, con la camisa remangada, parecía un editor jefe con problemas de sobrepeso de un periódico importante, alguien que fumaba, bebía, tomaba litros de café y manejaba diez asuntos distintos al mismo tiempo. Normalmente contaba chistes groseros para provocar, pero ese día no fue la primera persona en la que reparó Andrea. Había otro hombre en el despacho, moreno, vestido con un elegante traje gris, y con corbata. Al verle se quedó sin aire.

Stavros.

«No, no, no», pensó para sí, cada vez más alarmada. Había pasado una semana desde el incidente de Darren.

No era tiempo suficiente para sacárselo de la cabeza.

Él se puso en pie.

—Andrea. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. ¿Y tú?

—Lo estaba hasta ahora.

Un calor repentino se propagó por su cuello, subiéndole por la cara.

—Siéntate, cielo —Sakis señaló una silla que estaba junto a la de Stavros—. He querido hablar con los dos desde el incidente del chico americano, pero el señor Konstantinos tenía muchos compromisos.

¿Sakis había llamado a Stavros?

—No puedo expresar con palabras la gratitud que siento hacia vosotros por haber encontrado al chico en tan poco tiempo. Se evitó un problema internacional y las empresas se han librado de una publicidad muy negativa, por no hablar de una posible demanda.

Andrea se echó hacia delante en su silla.

—Todos estamos muy contentos. ¿Sabes cómo está ahora?

—Creo que ha vuelto a Connecticut con sus padres.

—Nos dijo que estaba enfadado con su padre. Es por eso que intentó huir.

Sakis abrió las manos.

—A veces pasa. Mi hijo me ha amenazado con matarme varias veces —dijo, riendo mientras hablaba.

Stavros la miró con disimulo en ese momento, como si tratara de decirle que ambos sabían que la situación del adolescente no había sido cosa de risa en ningún momento.

—Señor Konstantinos… el teniente me dijo que usted hizo todo lo posible para que no presentaran cargos en contra del muchacho.

Andrea no estaba al tanto de eso.

—Fue todo un gesto por su parte.

—No tiene importancia. Aparte de conseguir que todos nos preocupáramos mucho, el chico no hizo nada malo.

—No todo el mundo está tan dispuesto a perdonar como usted.

Stavros Konstantinos no dejaba de sorprenderla.

—Les he reunido a los dos para pedirles consejo y ver si deberíamos continuar con las visitas a la cantera. Otro incidente como este no tendría por qué salir tan bien al final —miró a Stavros—. ¿Prefiere que cancelemos las visitas en el futuro? Depende de usted.

—Me temo que ya no va a depender de mí —le aseguró Stavros—. He dejado mi puesto en Konstantinos Marble Corporation. Le sugiero que llame a la empresa cuanto antes y pida hablar con Dimitri.

Sakis abrió los ojos, sorprendido.

—¿Ha dimitido?

—Eso es. La vida está llena de sorpresas y dificultades. Espero que el próximo director no suprima las visitas a causa de un adolescente con problemas.

Sakis parecía verdaderamente afectado.

—Sentimos mucho oír esto, ¿no, Andrea?

—Sí —dijo ella, consciente de la mirada de Stavros—. Ver los recursos del planeta tan de cerca te da una nueva perspectiva del lugar en el que vivimos. Montones y montones de mármol, acumulados en esa tierra desde que el mundo es mundo, al alcance del hombre…

—Creo que estás mal aprovechada en esta oficina —dijo Sakis—. Deberías ser publicista y dedicarte a vender a Grecia por todo el mundo.

—Tonterías —le dijo Andrea, bromeando.

El cumplido, poco habitual, le había encantado, no obstante, sobre todo porque se lo había dicho delante de Stavros.

—Muy bien. Haré la llamada. Teniendo en cuenta todo esto, le agradezco mucho que haya venido en persona, señor Konstantinos. Nada hubiera sido posible sin su generosa ayuda. Nos sentimos muy afortunados de que haya permitido las visitas en su propiedad.

—Ha sido un placer.

Sakis se puso en pie y le estrechó la mano.

—El arreglo funcionó para todo el mundo.

—A lo mejor aún es posible que siga funcionando. Buena suerte —dijo Stavros. Sabía que eso sería poco probable, sin embargo, sobre todo después de lo que su madre le había dicho. Su padre no permitiría que las visitas siguieran adelante.

Andrea se puso en pie. Era imperativo alejarse de Stavros Konstantinos.

—Que tengas buen fin de semana, Sakis.

—Tú también. Te veo el lunes.

—Aquí estaré.

Ella fue la primera en salir del despacho. Esperaba perder a Stavros al bajar en el ascensor, pero al ver que tenía que esperar, prefirió usar las escaleras.

Stavros la alcanzó en el rellano.

—¿Dónde es el incendio, señorita Linford? —le preguntó en un tono bromista.

Andrea le lanzó una mirada rápida.

—Voy a perder el autobús.

—¿No tienes coche?

—No lo necesito en la ciudad. Cuando mi padre está en casa uso el suyo.

Siguió adelante hasta llegar al vestíbulo.

—Te llevo a casa.

—Te lo agradezco, pero no es necesario.

—Me temo que para mí sí es de vital importancia.

Había algo en su tono de voz que le hizo darse cuenta de que no estaba jugando con ella. Andrea se detuvo de golpe y lo miró.

—Eso ha sonado muy serio.

—Al menos he logrado tu atención. ¿Tienes planes para esta tarde?

Podía mentirle, pero tenía miedo de delatarse.

—No.

—Ahora sí. Mi limusina nos espera en la entrada. Te llevaré a casa para que puedas cambiarte y tomar algo de ropa para pasar la noche fuera. Trae un traje de baño. Quiero pasar el fin de semana contigo. Seguro que no es ninguna sorpresa. Si no me equivoco, sí que tienes algún interés en mí, ¿no?

—Creo que eres un hombre excepcional. Él la observó con atención.

—Pero no confías en mí, ¿no?

—Ese no es el punto.

—Entonces no hay ningún problema, ¿no? Ella levantó la cabeza.

—Si Sakis no te hubiera pedido que vinieras a su despacho, esto no estaría pasando.

—Al contrario de lo que crees, me hubiera puesto en contacto

contigo al principio de esta semana, pero tuve que ocuparme de algunas cosas de negocios y no pude hacer lo que quería hacer. Preparé esta reunión con tu jefe al final de la semana a propósito para que pudiéramos vernos.

—No creo que sea buena idea.

—La interrupción de mi madre te molestó, pero no lo volverá a hacer.

—Esto no tiene nada que ver con tu madre. Es que no estoy lista para tener nada con nadie todavía.

—Todavía no has superado lo de Ferrante, ¿no?

—Sí. Ya lo llevo mejor, pero tengo mucho trabajo ahora y no puedo tener nada más en la cabeza.

—Hasta ahora has sido sincera conmigo… ¿Por qué no puedes serlo ahora?

—¡Porque no quiero que me hagan daño de nuevo!

—No tengo intención de hacerte daño.

—Mi madre murió. Ferrante murió.

—Yo no tengo pensado morirme por ahora. ¿Qué ha sido de la chica que se arriesga a viajar por todo el mundo y que está dispuesta a pasar una noche en el bosque con un perfecto extraño? ¿Dónde está esa chica?

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No. No lo sé. ¿Crees que soy una especie de mujeriego? Andrea no era capaz de mirarlo a la cara.

—Eso no tengo forma de saberlo, ¿no?

—¿Le diste tanta guerra a Ferrante cuando mostró interés en ti?

—No toquemos el tema de Ferrante.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo de darme una respuesta?

—No.

—Era escalador guía y seguramente estaba rodeado de mujeres guapas todo el tiempo. ¿Le acusaste de estar con muchas mujeres?

—Claro que no.

—Entonces… ¿cómo es que tienes tantos problemas para confiar en mí cuando realmente no me conoces todavía? Pensaba que te gustaba un poco.

—Ya sabes que sí —susurró ella.

—Entonces pasa el resto del fin de semana conmigo. Si descubres que no merece la pena conocerme más, entonces ya está.

Andrea no podía encontrar ningún fallo en su razonamiento lógico, pero era su propio corazón lo que la preocupaba. A lo mejor era él quien terminaba decidiendo que no estaba interesado en conocerla más.

—Estamos perdiendo tiempo. ¿Cuál es tu dirección? Andrea no podía pensar. Estaba tan confusa…

Cuando le contestó, él la agarró del codo y la condujo hacia la limusina.

—Vamos. Tomaremos el helicóptero en el aeropuerto y cenaremos en Thassos.

Capítulo cuatro

Stavros ocupaba el asiento del copiloto, mirando a Andrea por encima del hombro. Ella, sentada detrás del piloto, contemplaba el exuberante paisaje de la isla de Thassos. Era la primera vez que la veía vestida con unos vaqueros. Llevaba un suéter de lino de color marfil con las mangas subidas hasta los codos.

—¿Es la primera vez que ves la isla desde el aire? Ella asintió con la cabeza.

—Me alegro de que todavía no haya oscurecido del todo. El verde es casi irreal.

Stavros contempló esos ojos azul cielo.

—Tiene un aspecto distinto, pero el mejor momento para ver las vistas es el atardecer.

—¿Naciste en la isla?

—No. Nací en Thessaloniki. Toda mi familia vive ahí, pero me enamoré de Thassos la primera vez que mi padre me llevó a una de las canteras. Cuando subí a la cima del Monte Ypsarion por primera vez, supe que quería vivir aquí y busqué el sitio para construir mi casa algún día.

—Tienes mucha suerte de haber podido llevar a cabo tu sueño. No todos podemos.

—Solo fue uno de ellos, Andrea. Desde entonces he tenido algunos más. ¿Cuál era el tuyo?

—Eso es fácil de contestar. Cuando era pequeña solía jugar a las muñecas con una amiga y fingía que mi madre estaba viva. Soñaba que volvía a la vida y que vivía con mi padre y conmigo. Cuando cumplí seis años me di cuenta de que ese sueño jamás se haría realidad en esta vida. No he vuelto a soñar desde entonces.

Stavros sintió un nudo en la garganta de repente. La emoción que había en sus palabras era muy conmovedora.

—¿Tienes alguna foto de ella?

—Un par.

—Cuando lleguemos a la casa, me gustaría verlas. ¿Tienes hambre?

—Me muero de hambre.

—Mi ama de llaves nos tiene la cena preparada.

—Oh, bien. Me alegro de que no tengamos que cocinar nada. No creo que pudiera esperar mucho.

Él se rio. Su sinceridad era una de las cosas que más admiraba en ella.

—Estaremos en la villa en unos minutos.

Stavros miró la bolsa de viaje que estaba a su lado. No era una maleta de diseño ni nada parecido. Había viajado por todo el mundo con su padre sin necesitar muchas cosas.

El piloto se aproximó a la pista de aterrizaje, construida al oeste de la villa. Una pasarela de peldaños que bordeaba la vegetación daba acceso a la entrada principal de la vivienda. Stavros lo había diseñado todo de esa manera para obtener algo más de privacidad.

Cuando estaba en la casa normalmente oía los rotores del helicóptero, pero la semana anterior la presencia de Andrea le había obnubilado tanto que no había oído llegar a su madre hasta el momento en que se había presentado en el patio.

Habían pasado tantas cosas en esa semana. A través de Leon se había enterado de que su primo mayor, Dimitri, había sido nombrado director general de la empresa. Su primo llevaba mucho tiempo queriendo ocupar el cargo. Y en cuanto a la relación con sus padres, la cosa no podía ir peor. Su madre solo le había hecho una breve llamada desde que se había marchado de la villa aquel día.

Una vez tocaron tierra firme, Stavros le dio las gracias al piloto y ayudó a bajar a Andrea. Tomó su bolsa de viaje, bajó del aparato y la condujo a la puerta principal de la casa. Raisa abrió sin darle tiempo a usar el mando a distancia. Stavros pensaba que ya se había ido a casa.

—Señor… —dijo ella—. Tiene visita. La señorita Nasso llegó hace una hora en coche e insistió en esperarle. La hice pasar al salón.

Stavros no podía creerse que eso estuviera ocurriendo justo después de la conversación que había mantenido con Andrea acerca de otras mujeres. Tina debía de haber aparcado en la parte de atrás… A excepción de Andrea, ninguna otra mujer había puesto un pie en su casa hasta ese momento, así que debía de haber sido su madre la que le había dado la dirección a Tina.

Cuando le había llamado le había suplicado que cenara con su padre y con ella esa noche. Seguramente su intención había sido tenderle una pequeña trampa invitando también a Tina.

Al parecer su familia le había declarado la guerra y era evidente que estaban dispuestos a utilizar a Tina Nasso para lograr su objetivo.

—Gracias, Raisa.

Se volvió hacia Andrea.

—Te pido disculpas por esta interrupción inesperada. Por favor, estás en tu casa. Puedes dejar tus cosas en el dormitorio de huéspedes. Yo voy a ocuparme de esto mientras tanto. Solo será un minuto.

En cuanto las palabras salieron de su boca, Tina apareció en el pasillo, radiante con un traje de color rosa pálido que realzaba su negra melena.

—Lo siento, Stavros. Oí el helicóptero, pero no sabía que vendrías a casa acompañado. No contestaste a mis llamadas ni a mis mensajes.

Tengo que hablar contigo en privado.

—Me temo que eso no es posible. Nos despedimos hace tres meses. No te han invitado a venir aquí. Por favor, hazme el favor de marcharte.

Tina reparó en Andrea y en su bolsa de viaje en ese momento.

—Tú debes de ser la americana que trabaja para PanHellenic Tours. Stavros ha olvidado presentarnos. Soy Tina Nasso.

Stavros sintió que la sangre se le helaba. Le abrió la puerta de salida.

—Adiós, Tina.

Ella caminó hasta él.

—Vengo de la casa de tus padres y pensé que te gustaría saber que estoy embarazada de ti.

Stavros no daba crédito a lo que estaba oyendo. Aquello era una mentira.

—Tina, yo nunca me he acostado contigo. Si estás embarazada, no es mío.

—Oh, cariño —dijo, saliendo al exterior—. ¿Realmente crees que la señorita Linford se lo va a creer?

—No tengo ninguna expectativa. Simplemente me entristece que hayas permitido que los deseos de nuestros padres rijan tu vida. Cuando empieces a pensar por ti misma, no volverás a desesperarte.

Las mejillas de Tina se tiñeron de rojo.

—¿Cómo te atreves…?

Él le cerró la puerta en la cara.

—Si está embarazada de ti, tal vez deberías hablar con ella —dijo Andrea de repente—. Por favor, no quiero detenerte.

Stavros se giró hacia ella.

—No podría ser mío. Andrea la miró a los ojos.

—A mi padre le ocurrió algo parecido una vez en Venezuela. Decidió no volver a ver a una mujer. Al final resultó que no estaba embarazada, pero ella esperaba que él se creyera la mentira y que se casara con ella. ¿Tina es esa clase de mujer, o dice la verdad?

Stavros respiró profundamente.

—Tina procede de una buena familia y es la mujer con la que mis padres esperaban que me casara. Pasamos algún tiempo juntos, pero yo no estaba enamorado de ella. Una vez más, les he decepcionado porque quiero escoger a la persona que será mi esposa cuando llegue el momento. Llevo más de tres meses sin ver a Tina. Podría estar embarazada, pero si lo está, no es mío. Nunca tuvimos relaciones íntimas. Es evidente que no tienes ninguna forma de saber si digo la verdad o no. Si quieres marcharte ahora, le pediré al piloto que te lleve de vuelta a Thessaloniki.

Andrea tardó un poco en contestar.

—Mi padre nunca me mintió, así que no tenía motivos para no creer en él. Hasta ahora no creo que me hayas mentido en nada y, teniendo en cuenta las circunstancias, prefiero reservarme cualquier juicio. Bueno, dicho esto, ¿crees que podemos comer ya?

—Andrea…

Sin pensar muy bien en lo que hacía, Stavros la apretó contra su pecho. Tenerla entre los brazos era lo único en lo que había podido pensar desde el momento en que la había conocido. Perdiendo la noción del tiempo, la sostuvo en sus brazos, aferrándose a ella. Mientras le besaba el cabello y las mejillas, oyó los ruidos que hacía su estómago. No solo los oyó, sino que también los sintió. Ambos se echaron a reír.

—Seguro que piensas que tengo un niño en la tripa.

—Señor…

La voz de Raisa interrumpió el beso que había estado a punto de darle.

—La cena está servida en el comedor. Ya me marcho. Andrea se apartó.

—Gracias, Raisa —Stavros tomó a Andrea de la mano y la condujo hacia el comedor, situado al otro lado de la cocina.

El ama de llaves les había preparado cordero al horno y ensalada de cangrejo. Para el postre les había hecho su pudding favorito de uvas.

Andrea y él no tardaron en comérselo todo.

—Es la mejor cena que he tomado jamás —dijo ella al terminar, suspirando—. ¿Dónde la encontraste? Vale su peso en oro.

—Su marido trabajó en la mina hasta que se retiró. El año pasado enfermó y yo iba a visitarlo a menudo.

—Qué amable de tu parte.

—No lo hacía solo por él. Raisa siempre me daba cosas ricas de comer. Un día le dije que estaba dispuesto a pagar el rescate de un rey si aceptaba convertirse en mi cocinera. Necesitaban el dinero, así que aceptó.

—¿Todavía está enfermo?

—A veces tiene neumonía, pero de momento está bien.

Mientras Stavros se tomaba su café, Andrea se puso en pie para recoger la mesa y la cocina.

—¿Andrea? Vuelve al comedor y trae tu bolso para que me enseñes esas fotos de tu familia.

—Solo tengo tres fotos en la cartera.

Regresó y sacó las fotografías. En una de ellas aparecía su madre, embarazada. Era una mujer rubia encantadora.

—Te pareces mucho a ella.

—Mi padre dice lo mismo.

—Para un griego como yo, tus padres representan la típica pareja de americanos guapos.

Andrea sonrió y se sentó para terminarse el café.

—¿Por qué parecemos los típicos americanos?

—No lo sé. Vuestra actitud, la pose, el porte… Realmente no sé explicarlo.

—Vosotros los griegos también tenéis vuestras cosas también. Al principio, Sakis no quería contratarme. Tenía cierta reticencia a contratar a una persona que no fuera de nacionalidad griega —Andrea guardó las fotos.

—Pero seguramente no tardó en ver tus cualidades. Me fijé cuando estuve en tu oficina. Me quedó claro que le impresionaste, con tu currículum y con tu personalidad. Fue un día de suerte tanto para él como para la empresa de mi familia, aunque mi abuelo haya sido el único que tuvo perspectiva.

Andrea se rio suavemente.

—¿Le echas de menos?

—Mucho. Una vez me dijo que mi padre era un cruel capataz. Esa era su forma de decirme que me apoyaba.

La mirada de Andrea se nubló.

—Debió de ser muy difícil para ti. Lo siento.

—No lo sientas. Tengo una segunda piel. Pero prefiero hablar de ti. ¿Tienes pensado seguir en PanHellenic Tours de forma permanente?

—Oh, no. Solo será hasta que mi padre se marche a Indonesia.

Stavros se sintió como si acabaran de darle un puñetazo en el estómago. Jamás hubiera esperado esa respuesta.

—¿Y cuándo se marcha de Grecia?

—A mediados de octubre.

Solo faltaban dos meses…

—Ha habido muchos problemas en ese país.

—No donde voy a vivir con mi padre.

—¿Y tu jefe lo sabe ya?

—Sí. ¿Por qué lo preguntas?

—La forma en que habló contigo… Me dio la sensación de que querrá seguir contando contigo.

—Tenemos una buena relación, pero él siempre supo que me marcharía cuando destinaran a mi padre a otro sitio.

Stavros se frotó la nuca.

—¿Es eso lo que quieres hacer?

Los ojos de Andrea reflejaron desconcierto.

—Mi padre y yo nunca nos hemos separado. Si Ferrante no hubiera muerto, nos habríamos ido a vivir con él al sitio al que le destinaran. Ferrante iba a dejar su trabajo. Era lingüista e iba a trabajar conmigo.

La expedición del Mont Blanc iba a ser la última. Y al final resultó ser así —la voz le temblaba.

Stavros puso la mano sobre la suya y se la apretó un instante.

—¿Cuántos años tenía?

—Veintisiete.

Ferrante debía de estar muy enamorado si estaba dispuesto a dejar su empleo. Stavros no conocía a ningún hombre dispuesto a hacer algo así por amor, pero… ¿vivir con su padre? Tenía la pregunta en la punta de la lengua, pero no era el momento para esa clase de preguntas.

Su padre no era ningún inválido. De lo contrario no hubiera podido trabajar en una mina. Stavros no entendía muy bien las cosas.

—¿Y su familia?

—Teníamos pensado viajar a Ticino de vacaciones para estar con sus padres. ¿Qué sucede, Stavros? —le preguntó ella, mirándolo a los ojos.

—Nada importante —lo que acababa de decirle le había desconcertado aún más—. ¿Sabes que se te están cerrando los ojos? Se está haciendo tarde y tengo que confesar que yo también estoy cansado. ¿Por qué no posponemos la charla hasta mañana? —le propuso. Necesitaba tiempo para pensar.

—Se te da muy bien esconder tus sentimientos, pero sé que el incidente del vestíbulo te ha afectado. Si quieres hablar de ello, se me da bien escuchar.

Stavros ya se había olvidado de aquello, pero era mejor que ella no supiera lo que realmente le inquietaba.

—Eso ya lo sé y te tomaré la palabra por la mañana.

—Entonces te doy las buenas noches.

Andrea se levantó de la silla, tomó el bolso y abandonó el comedor. Stavros hubiera querido llamarla para que volviera, pero de haberlo hecho no hubiera tenido más remedio que admitir que la vida se había vuelto extrañamente inconcebible sin ella. Eso era lo que le preocupaba.

Nunca había deseado tanto a una mujer, pero si se lo decía tan pronto, ella no iba a creerle. De hecho, apenas era capaz de creerlo él mismo. ¿Cómo había ocurrido? No hacía ni una semana desde que la conocía.

Cuando Andrea llegó a la habitación de huéspedes, cerró la puerta y buscó el teléfono móvil en el bolso. A lo mejor su padre ya estaba medio dormido, pero necesitaba oír su voz. La llamada fue desviada al buzón de voz. Le dejó un mensaje para que la llamara en cuanto

pudiera, no obstante.

Después se dio una ducha, se cepilló los dientes y se metió en la cama con una novela de Jean Sasson. Necesitaba mantener la cabeza ocupada para no pensar en Stavros. Si Tina había mentido, entonces debía de estar muy enojado con ella.

Cuando la había rodeado con sus brazos un rato antes, se había sentido tan bien… Stavros Konstantinos era un hombre extraordinario. Nunca había conocido a nadie como él.

El teléfono sonó de repente. Al ver el nombre que aparecía en la pantalla, contestó de inmediato.

—¿Papá? ¿Tienes idea de lo mucho que te quiero?

Su padre se rio durante unos segundos.

—Yo también te quiero, cariño. ¿A qué viene todo esto?

—Cosas, la vida… Cada día te quiero más y más. Han pasado muchas cosas desde la última vez que hablamos.

—A mí también me han pasado muchas cosas. Si no me hubieras llamado, lo habría hecho yo. Tienes que decirle a tu jefe que te marchas mañana sin falta.

Andrea se incorporó de golpe.

—¿Qué sucede?

—No es nada que tenga que ver conmigo, cariño. Parece que hay mucho revuelo político en la mina de Papúa. ¿Recuerdas que te hablé del *Free Papua Movement*?

—Algo me dijiste.

—Se han convertido en una organización revolucionaria cuya intención es derrocar al gobierno de Papúa y del oeste de Papúa. Lo culpan de los numerosos ataques que han tenido lugar en las inmediaciones de la mina.

Stavros le había hablado de los problemas de la zona. La empresa de los Konstantinos operaba por todo el mundo.

—Mi empresa no quiere exponerme a riesgos, así que no voy para allá.

Eso significaba que se quedarían en Grecia durante una buena temporada.

«Gracias. Gracias», susurraba una vocecita dentro de Andrea.

—La buena noticia es que me van a enviar a Brasil para hacer un trabajo a corto plazo. Tengo que estar allí dentro de diez días. Estoy intentando terminar todo lo que tengo pendiente aquí lo antes posible.

Andrea sintió que la cabeza le daba vueltas. ¿Solo le quedaban diez días en Grecia y después no volvería a ver a Stavros en toda su vida? ¿Cómo iba a soportarlo?

—¿Crees que estarás lista para entonces? Andrea se levantó de la cama.

—Cl…claro —la voz le fallaba—. Pero el contrato de mi

apartamento no vence hasta mediados de octubre. Tendremos que pagar por todo el tiempo que no vamos a vivir en él.

—No hay problema. Yo me ocupo de eso. Cariño, este trabajo de Brasil va a ser el último. No tienes que buscar trabajo mientras estemos allí. Si quieres puedes concentrarte en aprender la lengua. Así podrás añadir el portugués a una larga lista de idiomas.

Andrea sujetó el teléfono con más fuerza. Había escuchado con atención, pero algo en particular había captado su atención.

—¿Qué quieres decir con lo de que será el último?

—Ya estoy cansado de ir de aquí para allá. Echo de menos Denver y la central me quiere allí. Para Acción de Gracias estaremos de vuelta en casa. ¿En casa? ¿Para siempre?

Nunca había visto tan entusiasta a su padre.

—Compraremos una casa y yo sacaré todos nuestros muebles del almacén donde los tenía guardados.

Andrea tuvo que sentarse en el borde de la cama para no desplomarse.

—Y ahora cuéntame qué pasa contigo, cariño.

Las lágrimas corrieron sobre las mejillas de Andrea.

—Nada que sea tan importante como la noticia que me acabas de dar. Luego te lo cuento. Que duermas bien. Te llamo pronto. Te quiero, papá —colgó el teléfono.

Confundida, volvió a meterse en la cama con el corazón dolorido y se tapó hasta los hombros.

Se puso boca abajo y escondió el rostro contra la almohada. Cuando despertó, ya era por la mañana. Llorar hasta quedarse dormida era una forma de obtener ese olvido tan ansiado, pero se había despertado con el mismo dolor de antes, sabiendo que el tiempo con Stavros se acababa. Miró el reloj. Eran las nueve y diez.

Mirándose en el espejo, hizo todo lo posible por reparar los estragos de la noche antes de vestirse. Después de cepillarse el pelo, se puso unos vaqueros blancos y una camiseta azul. Mientras se ataba los cordones de las zapatillas blancas, Stavros llamó a su puerta.

—¿Andrea? ¿Te has levantado?

Ella agarró el bolso y abrió la puerta. Sin duda iba a decirle algo, pero las palabras se esfumaron cuando se dio cuenta de cómo la miraba.

—Estás preciosa.

—Creo que todavía no te has despertado del todo, pero… gracias.

Los ojos de Stavros se desviaron hacia sus labios.

—Llevo tiempo despierto, esperándote. Si crees que te estoy haciendo un cumplido, vuelve a mirarte en el espejo entonces. El color de esa camiseta que llevas realza el azul de tus ojos.

Andrea sintió una asfixiante presión en el pecho.

—Huele a café.

—Se me da bien preparar el desayuno. Nos está esperando en el patio.

—Tienes miedo de que me dé otro ataque de hambre. He pasado algunos momentos de auténtica vergüenza en mi vida gracias a mi estómago.

La carcajada de Stavros la siguió a lo largo del pasillo hasta llegar al patio. Hacía otro de esos días radiantes. Él le había preparado unos huevos y también había cortado fruta, todo un festín. Cuando se sentaron a comer, Andrea pensó que Stavros Konstantinos era un hombre capaz de hacerlo todo. No había nada que no pudiera hacer, al parecer.

Tomó dos raciones de huevos.

—Eres un cocinero increíble —le dijo, terminándose el desayuno —. Te contrataría de cocinero si pudiera permitírmelo.

—Hablemos de eso después de dar un paseo en el todoterreno. Quiero enseñarte algo.

Andrea había hablado en broma, pero ese comentario inesperado sonaba tan serio que un escalofrío de expectación le recorrió la espalda de repente.

—Estoy lista en cuanto tú lo estés —dijo, pero primero recogió todos los platos y los llevó a la cocina.

—Déjalo. He hablado con Raisa. Vendrá luego.

—Solo será un momento.

—Pero no puedo esperar tanto.

Andrea le dedicó una mirada de soslayo, pensando que solo estaba jugando. El gesto firme de su mandíbula, sin embargo, parecía indicar otra cosa. Sin decirle nada más, se dirigió hacia el patio para recoger el bolso y entonces le siguió hasta la puerta trasera de la casa, donde estaba aparcado el vehículo.

Él había dejado el saco de dormir y las mantas en el asiento de atrás y Andrea no pudo evitar recordar esa noche singular que había pasado a su lado. El rostro de Stavros permanecía inescrutable y era difícil saber si él también se veía asaltado por los recuerdos. Consciente de su propio pulso acelerado, Andrea subió al coche y se puso el cinturón de seguridad.

Tras una noche de insomnio Stavros sentía una pesada nube negra sobre su cabeza. Andrea se marcharía en dos meses y eso lo cambiaba todo. Se incorporó a la carretera principal y tomó el sentido contrario al de la cantera.

—¿Adónde vamos?

La brisa le acariciaba el cabello. Cada hebra de su cabello capturaba la luz del sol.

—Al otro lado de los terrenos de la finca.

—¿Quieres decir que aún seguimos en tu propiedad?

—La villa y los bosques que la rodean a la derecha son míos. Más allá está mi futuro.

Andrea se movió en su asiento.

—Eso ha sonado muy críptico.

—¿Recuerdas que hablamos de nuestros sueños?

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Voy a mostrarte otra mina mía, aunque aún está en su primera fase. Todo el dinero que he ganado hasta ahora lo he invertido para poder ser independiente algún día. Tendrías que pertenecer a una familia como la mía para entender de dónde vengo.

—No hace falta mucha imaginación para darse cuenta de que quieres ser dueño y señor de tu vida.

—Tal y como dijo mi madre, la semana pasada me independicé al dimitir y renunciar a mi puesto en la junta directiva de la empresa. La familia Konstantinos ya no tiene parte en mi vida. Y sobre todo, ya no les debo nada.

Stavros sintió su mirada interrogante sobre la piel al tiempo que giraba a la derecha y seguía el camino de la montaña hasta llegar a un claro. Albergaba un complejo de construcciones, camiones y maquinaria. Detuvo el vehículo delante de la entrada del edificio de oficinas.

—Bienvenida a Mount Ypsarion Enterprises. Andrea miró a su alrededor.

—Esto no es una mina.

—No. Ese es el negocio de mi familia.

—¿Cuál es el tuyo entonces?

—Esa planta de seis mil metros cuadrados que ves está produciendo cuarenta y cinco toneladas por hora de un nuevo producto al que llamo Marma-Kon. Está hecho de esos montones de desechos de mármol que ves en los vertederos de ahí, detrás de los edificios.

—¿Desechos?

—Residuos que quedan tras cortar los bloques de mármol. La idea se me ocurrió hace años cuando visité distintas minas y vi todo el mármol que se malgastaba. Hablé con un grupo de ingenieros químicos independientes como yo, de Kavala.

—No sabía que fueras ingeniero, como mi padre.

—Era necesario, si esperaba llegar a montar un negocio. Juntos, mis socios ingenieros y yo ideamos algo que podía hacerse con esos residuos, porque nadie estaba interesado en ellos. Con el tiempo

llegamos a crear varios productos que se usan para hacer morteros secos, pegamentos y adhesivos para alicatado mucho mejores que los que hay en el mercado, gracias a que están basados en mármol. Son muy útiles y tienen muchas aplicaciones. Después de probar los productos con contratistas de construcción y arquitectos, vimos que había un gran potencial y creamos Mount Ypsarion Enterprises. A partir de ese momento, empecé a negociar con canteras de todo el norte de Grecia para comprar esos desechos por un precio razonable y traerlos aquí para tratarlos. Metemos el producto final en bolsas y los guardamos en almacenes, listos para ser transportados y entregados, en camión, tren o en barco.

Andrea sacudió la cabeza.

—Es increíble, Stavros. Realmente increíble, y todo es nuevo. ¿Puedo ver las oficinas primero?

—¿Quieres?

—Claro.

Bajaron del coche. Stavros desbloqueó la puerta del complejo con el mando a distancia y accedieron al edificio de una planta. Atravesaron el área de recepción y se dirigieron hacia el despacho principal.

—Este es el despacho de mi secretaria. Más allá están los de mis socios, Theo y Zander. Si no me equivoco en mis estimaciones, esta será la primera de todas las plantas que tenemos pensado construir en Penteli, cerca de Atenas, y en el archipiélago de las Cícladas.

Andrea se giró y le sonrió.

—Lo has hecho todo tú.

—Con mis socios.

—Pero fue a ti a quien primero se le ocurrió. Eres brillante.

Stavros esbozó una sonrisa.

—Un desastre financiero brillante, querrás decir, si no llegamos a alcanzar mis estimaciones de venta de treinta mil toneladas al año. Solo el tiempo lo dirá. Los más de doscientos empleados que he contratado, y yo mismo, podríamos perderlo todo. La culpa no sería de nadie más que mía.

—No fracasarás. No podrías.

—Tanta fe se merece una recompensa. Le pedí a Raisa que nos prepare una cesta para cuando regresemos. Iremos a casa a buscarla y tomaremos nuestros trajes de baño. Después iremos a Thassos y saldremos en mi lancha. Hay una cala muy cerca que te va a encantar.

—Estoy deseando verla, pero… ¿puedo ver la planta primero? Mi padre se quedó encantado cuando le dije que tu empresa había permitido las visitas a la cantera, pero le gustará saber lo que has montado aquí. No es una persona fácil de impresionar.

Stavros no lo dudaba, pero el comentario le inquietaba porque su

padre parecía aparecer cada vez más en la conversación. La guio de vuelta al exterior y cerró la puerta con el mando. Caminaron hasta la planta.

—¿Te importa si tomo algunas fotos para mandárselas a mi padre? —le preguntó Andrea, maravillada con la tecnología que veía a su alrededor—. ¿O crees que soy una espía industrial?

—Te daré el beneficio de la duda, como me lo diste tú a mí anoche.

Stavros vio que Andrea dejaba pasar el comentario.

—A mi padre le encantaría ver la planta.

—¿Tú crees?

—Te lo prometo. Me ha llevado a ver minas de oro y refinerías por todo el mundo. Muchas de ellas eran viejas y necesitaban mucho trabajo. Créeme. Esta es la planta más elegante que he visto en toda mi vida.

Lo miró a los ojos con una sonrisa.

—Tienes que estar muy ilusionado. También quiero hacerte un par de fotos a ti. Sonríe.

Stavros hizo lo que le pedía, pero su paciencia ya se estaba agotando.

—Creo que ya son suficientes fotos por ahora. Guarda el teléfono.

Solo tenía una única cosa en mente. Incapaz de resistirse, le sujetó las mejillas con ambas manos y la besó en los labios.

—Ver este lugar a través de tus ojos es mi recompensa —le susurró, besándola de nuevo.

Un gemido sutil escapó de los labios de Andrea cuando él la estrechó entre sus brazos. Encajaba en ellos a la perfección. Era como si estuviera hecha para él. El beso dio lugar a otro, y a otro, hasta que ambos perdieron la cuenta. Cuando Stavros levantó el rostro por fin para dejarla respirar, los dos se tambaleaban.

—No sabes lo mucho que he deseado hacer esto. Desde el momento en que nos conocimos, no he podido pensar en otra cosa.

—No digas nada más —Andrea se apartó, pero Stavros tuvo tiempo de ver esa mirada de angustia que se apoderaba de sus ojos—. Tenía miedo de que esto pasara si venía a Thassos contigo.

—Pero viniste conmigo de todos modos porque no podías evitarlo, así que no te molestes en negarlo.

Ella rehuyó su mirada.

—No. Pero me da miedo sentir cosas así cuando hace tan poco tiempo que te conozco. Eres el primer hombre con el que me he relacionado desde la muerte de Ferrante. Nuestra relación creció lentamente, pero en lo que a ti se refiere, no sé si confiar en lo que me está pasando. Me siento fuera de control.

—No me voy a disculpar por besarte. Si tienes miedo de estar

conmigo, entonces le pediré a mi piloto que te lleve de vuelta a Thessaloniki. No puedo culparte después de lo que pasó anoche con Tina. ¿Estás lista para irte?

Sin mirarlo, Andrea asintió con la cabeza y echó a andar hacia la entrada.

El viaje de vuelta a la villa transcurrió en silencio. Antes de bajar del Jeep, Stavros tomó el teléfono móvil.

—¿A quién vas a llamar? —le preguntó ella con una expresión ansiosa.

—Al piloto.

—Por favor, no, Stavros. No te tengo miedo. Ya sabes que no.

—Pues a lo mejor deberías. No puedo darte ninguna prueba para demostrarte que nunca me acosté con Tina.

—Yo he elegido creerte, Stavros. Lo que creo que deberíamos hacer es ir a la playa para darnos un baño. Me vendría bien algo de ejercicio.

Stavros sintió una ola de alivio. Afortunadamente no quería salir huyendo de él.

—Entonces démonos prisa. El último que llegue al coche pierde.

—¡Pues no seré yo! —gritó ella, riéndose al tiempo que echaba a correr hacia la casa para buscar el traje de baño.

Stavros abrió con el mando a distancia.

—¿Quieres apostar?

Él había ido preparado y se había puesto el traje de baño debajo de la ropa. Corrió hacia la cocina y sacó la cesta de comida. Sorprendentemente, tampoco le sacaba mucha ventaja.

Después de colocar la cesta en el asiento de atrás, la capturó entre sus brazos para que no pudiera subir por delante.

—Me temo que ahora sí vas a tener que pagarme porque has perdido.

—No juegas limpio.

—Lo sé —le susurró él—. Dame tus labios, Andrea. Me muero por ti.

—Stavros…

Sus labios se entreabrieron lentamente al sentir la presión de los de él. En el siguiente suspiro ya estaba perdido entre sensaciones. Ella se rendía poco a poco.

Apoyó la espalda contra la puerta y la atrajo hacia sí, salvando el espacio que los separaba. La llevaría a la casa y no volverían a salir en mucho tiempo, pero tenía que ir despacio. No quería asustarla. Obligándose a recuperar el sentido de la realidad, Stavros interrumpió el beso y se apartó. Abrió la puerta del lado del acompañante.

—Me alegro de que uno de los dos tenga que conducir —le dijo.

Ella entró en el vehículo sin decir ni una palabra. Stavros cerró la

puerta y subió por el lado del conductor.

—Me alegro de que seas tú quien se pone al volante, Stavros. No podría conducir ahora mismo.

—Yo tampoco sé si voy a poder —cerró la casa con el mando a distancia y arrancó.

Andrea lo miró de reojo.

—Me sorprendió verte en el despacho de Sakis —comentó.

—Después de lo que habíamos compartido, ¿realmente creíste que iba a dejarte ir así como así?

—No lo sabía.

—Algo extraordinario está pasando entre nosotros. Sé que lo sientes.

—Ese es el problema. En diez días me marcho a Brasil con mi padre.

¿Brasil? Stavros estuvo a punto de salirse de la carretera.

—¿Qué quieres decir? ¡Me dijiste que te ibas a Indonesia dentro de dos meses!

—Destinaron a otro sitio a mi padre. Tenías razón con lo de la crisis en Indonesia. Después de este fin de semana, no puedo pasar más tiempo contigo, así que si prefieres volver a Thessaloniki esta noche, lo entiendo.

—Tengo una idea mucho mejor. ¿Por qué no disfrutamos del resto del día y nos olvidamos de todo lo demás? No he tenido unas vacaciones de verdad en mucho tiempo y me gustaría celebrar el final de mi carrera en Konstantinos Corporation. ¿Es mucho pedir?

Su pregunta fue recibida con un silencio.

Stavros se daba cuenta de que ella intentaba frenar las cosas antes de que fueran demasiado lejos, pero ya era tarde. Había sido demasiado tarde desde el momento en que se habían conocido.

Capítulo Cinco

—Hemos tenido suerte, Andrea. Los turistas todavía no han llegado a esta cala escondida. Los que tienen barcos llegarán luego, en manada, pero por ahora prefieren las sombrillas y las bebidas al otro lado del cabo.

Andrea estaba encantada. Había bastado con un rápido paseo de cinco minutos en coche desde el paseo marítimo de Thassos y ya tenían esa isla paradisíaca para ellos solos. En cuanto Stavros apagó el motor, la lancha se deslizó sobre la fina arena blanca.

Después de quitarse la ropa, Andrea saltó al agua por la parte de atrás de la embarcación. El resplandor del sol había calentado el agua hasta convertirla en un agradable caldo.

—¡Esto es el Cielo, Stavros!

Mientras flotaba en el agua, trató de no mirarle mucho mientras se desvestía. La cintura del traje de baño le quedaba muy baja sobre las caderas. Raudo y veloz, Stavros se lanzó al agua y llegó hasta ella en cuestión de segundos. Una sonrisa radiante fue lo primero que vio Andrea cuando emergió a su lado. Con el pelo negro empapado resultaba tan peligrosamente atractivo que Andrea escondió la cabeza en el agua un momento y comenzó a nadar, alejándose de él. Pero cuando salió para tomar el aire, volvió a encontrárselo frente a ella. A partir de ese momento comenzó un juego del escondite que se prolongaría durante casi una hora.

—¡Para! —le suplicaba ella, riendo, cada vez que emergía y se lo encontraba bloqueándole el paso—. Ahora me toca a mí.

—Adelante —le decía él, pero se quedaba donde estaba.

—Tienes que intentar huir.

—¿Y si no quiero? —la estaba esperando para que nadara hasta tropezarse con él.

—Eres imposible —exhausta después de tanto ejercicio, Andrea se volvió y comenzó a nadar hacia la orilla.

De repente vio una silueta redonda que se movía bajo el agua.

—¡Stavros! ¡Creo que hay una raya por aquí!

Stavros apareció en una fracción de segundo, interponiéndose entre la amenaza y ella.

—Sigue adelante hacia la orilla, y mueve rápido las piernas.

No se habían adentrado mucho en el mar, pero a Andrea le pareció que pasó una eternidad hasta que sus pies tocaron la orilla. Sin aire, se dejó caer sobre la arena. Stavros se arrodilló junto a ella y la hizo darse la vuelta.

—¿Te encuentras bien? —su voz sonaba insegura. Andrea jamás olvidaría la ansiedad que vio en sus ojos.

—Sí. ¿Y tú?

—Hemos salido a tiempo. Por suerte la viste y eres una excelente nadadora. Si no, ya estarías de camino al hospital. Llevo más de cuatro años sin ver una raya por aquí. Su picadura no es mortal, pero sí te puede hacer enfermar.

—Lo sé. A mi padre le picó una un día, hace años, en la playa de Kourou, en la Guayana Francesa. Pasó varios días en la cama. Estaba tan preocupada por él que no fui al colegio para poder cuidarle.

Stavros deslizó la yema del dedo sobre sus labios.

—Estoy seguro de que eso lo ayudó mucho a recuperarse rápidamente. Y ahora que has hablado de él, siento curiosidad por saber algo. ¿Por qué Ferrante y tú teníais pensado vivir con tu padre una vez os casarais?

—Porque él está solo y no tiene a nadie más. Ferrante venía de una gran familia y entendía lo que yo sentía. Mi padre y yo nunca nos hemos separado, Stavros. Nunca podré pagarle por todo lo que ha hecho por mí durante toda mi vida. Pero ya no hablemos de mí. Te arriesgaste para protegerme hace un momento —dijo Andrea con emoción—. ¿Cómo voy a darte las gracias?

Se incorporó y le dio un beso en la mandíbula.

Pero lo que comenzó como una demostración de gratitud se convirtió en algo más cuando él la hizo tumbarse en la arena de nuevo. Una vez encontró sus labios, comenzó a besarla en serio.

Enroscó sus piernas poderosas alrededor de las de ella y la dejó aferrarse a su cuerpo duro y musculoso, buscando el contacto de la piel contra la piel. Un beso llevaba a otro. Sus labios se deslizaban sobre el rostro de Andrea, sobre su cuello.

—¿Tienes idea de lo mucho que te deseo?

Volvió a besarla con una fuerza primitiva, desencadenando una pasión de la que Andrea jamás se hubiera creído capaz. Se sentía como si ardiera por dentro y le devolvía el beso con el mismo fervor. Stavros Konstantinos se estaba convirtiendo en una adicción.

Antes de perder el control por completo, escondió el rostro contra su cuello.

—Tenemos que ir más despacio, Stavros. Esto me asusta porque nunca me he sentido así, ni siquiera con Ferrante.

Pasaron varios segundos hasta que Stavros habló.

—Miedo es lo último que quiero que sientas. Lo que tenemos que hacer es disfrutar de la comida que nos ha preparado Raisa.

El momento fue agridulce porque Andrea no quería que dejara de besarla, pero, al mismo tiempo, no podía evitar maravillarse ante ese autocontrol del que ella carecía. Lentamente se incorporó.

—Parece que nos hemos bañado en arena.

—Nos bañaremos junto a la lancha. Vamos.

La tomó de la mano y la ayudó a levantarse. Juntos caminaron por la arena y se adentraron en el agua. En una fracción de segundo, Andrea terminó en sus brazos, como si fuera una novia.

—¡No, Stavros! —exclamó, con una risita nerviosa—. ¿Qué vas a hacer?

—Nos tenemos que dar un baño en condiciones.

—No —volvió a exclamar ella, pero para entonces ya estaban sumergidos.

—Eso es —Stavros sonrió antes de emerger de nuevo—. No ha sido tan malo. Así los sándwiches no sabrán a basura. A ver si te lo he quitado todo de los labios.

Una vez comenzó a besarla como si le fuera la vida en ello y la llevó de vuelta a la embarcación.

—No sé tú… —le dijo tras dejarla en un asiento de cubierta—. Pero esa carrera nadando me ha abierto el apetito. Aquí estamos a salvo, Andrea. La única cosa que te puede morder ahora soy yo.

Muy pronto se encontraron disfrutando de las delicias de picoteo que les había preparado Raisa.

Después de comer todo lo que podía, Andrea se echó hacia atrás y levantó el rostro hacia el cielo.

—Este es uno de esos momentos que atesoraré para siempre. De entre todas las islas que he visitado en el Egeo, Thassos es mi favorita. Piensa en todos los conquistadores y en los invasores que dejaron su huella aquí. Entiendo por qué convertiste en tu hogar este sitio. Lo tienes todo, montañas, playa, el sol, el clima perfecto. Es como una tierra de ensueño en medio del verdor —hizo una pausa—. Tengo algo que confesarte.

Stavros le dedicó una mirada de curiosidad.

—¿Qué?

—Uno de los mandamientos dice… «No codiciarás los bienes ajenos». Cuando estaba en el patio de tu casa, contemplando este glorioso pedacito de tierra, entendí lo que significa por primera vez. Cuando escalaste esa montaña, no es de extrañar que te quedaras aquí. Vivir donde tú vives es como vivir en un pequeño paraíso. Tus dioses griegos deben de estar celosos de ti.

Stavros miró hacia el agua.

—No me hacen falta los dioses para tener problemas. La familia en la que nací ya ha hecho bastante daño.

—En algún momento u otro la mayoría de la gente ha dicho algo así de su familia.

—Pero hay distintos grados de daño.

—¿Stavros? ¿Siempre fueron difíciles las cosas para ti? Él asintió.

—Desde el primer día. Yo no quería hacer las cosas como las hacía mi padre. Él me quería en un colegio privado, pero yo quería ir a uno público. No le gustaban mis amigos. No eran lo bastante buenos para él. No le gustaba que salieran con muchas chicas.

—¿Te enamoraste de alguna?

—De todas.

—En serio.

—Hablo en serio. Nunca salí con nadie que no me volviera loco.

—Durante un tiempo, querrás decir. Él sonrió de oreja a oreja.

—¿Y cuánto duró esa atracción?

—A lo mejor dos citas.

—Yo era igual —le confesó ella—. Nunca tuve muchos novios, pero me gustaban mucho más los chicos que las chicas.

—Tu único problema es que ninguno de ellos estuvo a la altura de tu padre, excepto Ferrante.

—No era así, Stavros. Nunca le comparé con mi padre. Lo que me gustaba de Ferrante era su naturaleza amable, y esa es una de las mejores cualidades de mi padre, pero eran totalmente distintos en muchos otros sentidos.

Stavros emitió un sonido que parecía una queja.

—Mi padre nunca se ha guardado sus opiniones. No le gustaba que trabajara para alguien que no fuera él. Yo estaba contento de encontrar algún trabajo que me permitiera ahorrar dinero y alejarme de su exhaustivo control, pero él estaba empeñado en que fuera a la universidad en Londres y en que me licenciara en empresariales. Yo decidí que quería ser ingeniero y me fui a MIT. Él quería que viviera en Thessaloniki con el resto de la familia, pero yo quería vivir aquí, en Thassos. Estábamos en desacuerdo en todo. Incluso llegó a decirme cuál era el momento que le parecía apropiado para que yo me casara, y yo le dije que no estaba seguro de que fuera a llegar ese día. Los Nasso provenían de la línea de sangre adecuada y tenían todos los parentescos apropiados, y la riqueza.

—¿Y tu madre no tenía nada que decir en todo eso?

—Estuvo de acuerdo con mi padre en casi todo, sobre todo en lo referente a Tina. Pero creo que de entre todas las decisiones que tomé, la que más le dolió fue que me marchara a vivir a Thassos. Mi madre nos ve como un clan, todos unidos, pero me temo que yo soy una persona que necesita más espacio para respirar.

Andrea pensó en todo ello. Casi tenía miedo de hacerle la siguiente pregunta.

—¿Ha habido alguna ocasión en la que tu padre y tú hayáis estado de acuerdo en algo importante?

Stavros guardó silencio durante unos segundos.

—Quiero a mi padre porque es mi padre, pero no es una persona

que me guste mucho. ¿Lo entiendes?

—Supongo que sí, pero me entristece. Mi padre y yo encajamos perfectamente.

Stavros asintió.

—De lo contrario no te irías de Grecia con él. Ella rehuyó su mirada.

—¿Y qué tal trata tu padre a los niños de Leon?

—Sigue siendo dictatorial, pero es un poco más suave.

—Entonces hay esperanza. Creo que ya te he dicho que me parece que serías un padre estupendo, Stavros. A lo mejor vas a tener que darle algunos nietos a tu padre para ablandarle.

De repente Andrea oyó algo de música y se volvió. Un barco acababa de descubrir su rincón secreto. La cubierta iba llena de gente con la música a todo volumen.

—Me parece que nuestro pequeño paraíso ha sido invadido —murmuró Stavros—. Se acabó el rincón aislado para nosotros.

Tomó la cesta y se puso en pie.

—Es hora de irse. Además de las multitudes, creo que ya has tomado bastante el sol. Ponte la chaqueta, Andrea. Voy a saltar para empujar la lancha.

Había algo que le preocupaba, pero Andrea no era capaz de descifrar de qué se trataba.

Con gran agilidad, él bajó de la embarcación para empujarla hacia aguas más profundas. Hacía falta mucha fuerza, pero él hacía que pareciera un juego de niños. En menos de un minuto, rodeó la parte del piloto para volver a subir.

Sin embargo, justo cuando iba a subir a bordo de la lancha, Andrea oyó un quejido. Él logró acceder a la cubierta, pero enseguida se desplomó en el suelo, agarrándose la parte inferior de la pierna. Sus rasgos estaban contraídos por el dolor.

—Ponte boca arriba, Stavros.

Quejándose de nuevo, él hizo lo que le pedía. Andrea se agachó y vio que se había hecho un corte por encima del tobillo. El sangrado no era serio.

—No me lo puedo creer. Te ha picado esa raya. Es igual que el corte que tenía mi padre en el pie. No te muevas. Voy a llamar para pedir ayuda.

Andrea buscó su bolso y llamó a emergencias. Stavros ya empezaba a quedarse pálido.

—Soy la señorita Andrea Linford. Por favor, envíen una ambulancia a un embarcadero privado situado en el puerto deportivo de Thassos lo antes posible. El señor Stavros Konstantinos ha sufrido una picadura de raya justo por encima del tobillo. Está en una lancha de color azul y blanco. Yo tocaré el claxon para que puedan

localizarnos rápido.

¡Dense prisa, por favor!

—Andrea —murmuró Stavros cuando ella colgó—. No deberías haberles dicho mi nombre.

Andrea se puso frente al timón de la embarcación y encendió el motor.

—Todo el mundo sabe quién eres. Lo hice para que vengan lo más rápido posible.

Andrea hizo virar la lancha. Metió la marcha adelante y el barco comenzó a avanzar mar adentro. El puerto deportivo estaba al otro lado del cabo.

—Espera, Stavros. Pronto ya no te dolerá.

Andrea dio gracias en silencio. Afortunadamente no se habían alejado mucho.

En cuanto rodeó el promontorio, se dirigió hacia el embarcadero. La ambulancia ya se aproximaba. Tocó el claxon y mantuvo la presión. Después de aminorar la marcha, apagó el motor y dejó que la embarcación se deslizara hasta colocarse en su amarradero privado. Los sanitarios acudieron a toda prisa con una camilla en la mano.

Una pequeña multitud se había formado junto al muelle.

—Cuiden muy bien de él —dijo Andrea cuando le sacaron de la lancha.

—Estaré bien, Andrea.

—Lo sé. Enseguida iré al centro médico.

Andrea vio cómo le metían en la ambulancia. Esperó a que el vehículo se marchara y entonces se puso los vaqueros. Recogió toda la ropa de Stavros. Las llaves de la casa y del Jeep estaban en el bolsillo de su pantalón. Lo sacó todo y lo guardó en su bolso, junto con las llaves de la embarcación. Tendría que dejar la cesta de la comida allí. Una de las personas que se habían parado al ver la ambulancia la ayudó a amarrar la lancha. Le dio las gracias y se dirigió hacia el todoterreno a toda prisa.

El centro médico estaba bien señalizado a lo largo de la carretera, pero Andrea ya sabía dónde estaba porque había comprobado su ubicación por si alguna vez surgían complicaciones durante las visitas turísticas. Encontró un lugar de aparcamiento situado junto a la puerta de urgencias. Bajó del vehículo y entró corriendo.

La sanitaria que estaba en recepción necesitaba información. Andrea le dijo todo lo que sabía.

—¿Es usted pariente?

—No. Soy una amiga. ¿Cuándo puedo verle?

—Llamaré al puesto.

Andrea esperó durante diez minutos que se hicieron eternos, pero finalmente pudo acceder al cubículo en el que se encontraba Stavros.

Le habían puesto una bata de hospital y tenía los ojos cerrados. El doctor de urgencias la recibió con una sonrisa.

—¿Señorita Linford?

Ella asintió.

—Soy el doctor Goulas. Entre. Usted debe de ser la heroína que trajo a nuestro residente más famoso en un tiempo récord.

—Lo intenté. ¿Cómo se encuentra?

—Ya le estamos dando analgésicos a través de la vía. Está adormilado y a veces se despierta. El dolor se ha propagado a lo largo de la extremidad y podría durar hasta cuarenta y ocho horas. He comprobado sus vitales. El señor Konstantinos evoluciona favorablemente. Le he puesto la vacuna del tétanos, para estar seguros. Lo que vamos a hacer ahora es meterle la pierna en agua caliente durante al menos una hora. Eso mitiga el dolor. Después le pondré más analgésicos alrededor del corte y le examinaré para asegurarme de que no hay tejido extraño antes de coserle.

Andrea respiró profundamente.

—¿Puedo quedarme aquí con él?

—Por supuesto. Me gustaría que lo hiciera. Cuando le trajeron su máxima preocupación era usted. Se sentirá más tranquilo si puede verla y hablar con usted. ¿Por qué no se sienta? Debe de haber sido toda una odisea para los dos.

Andrea asintió y tomó asiento.

—Habíamos visto la raya antes, pero estaba en aguas más profundas. No podía creerme que hubiera pasado tan cerca del barco.

—Se esconden en los bajíos, bajo la arena.

—Stavros debe de haberla pisado mientras empujaba la lancha. Le oí quejarse y entonces se puso muy pálido rápidamente.

—Fue por el choque. Pero el corte no parece profundo y no creo que vaya a infectarse.

—¿Puedo llevarle a casa hoy?

—Si su tensión arterial está bien y no tiene problemas para respirar, podría ser. Tendrá que seguir tomando antibióticos por vía oral durante un tiempo.

Mientras esperaba a que despertara, Andrea se dio cuenta de que poco a poco recuperaba el color, afortunadamente. Unos minutos después apareció un enfermero con un recipiente lleno de agua caliente. El médico levantó la pierna de Stavros. Una vez quedó colocado el recipiente, bajó la parte inferior de la pierna, introduciéndola en el agua.

—Hay una sala de espera al otro lado. Hay comida y bebida.

—Muchas gracias, pero no tengo hambre. Acabábamos de tomar una comida copiosa cuando pasó esto.

—Muy bien. Vuelvo enseguida.

—Muchas gracias por todo, doctor.
—Es un privilegio.
Unos minutos más tarde el médico regresó, acompañado de un enfermero que llevaba otro recipiente con agua caliente. Repitieron el proceso.
—Sus constantes vitales son buenas —le dijo el médico—. El sueño le está haciendo bien. Haremos esto durante otros veinte minutos más y después examinaré el corte.
Diez minutos más tarde Andrea oyó cómo Stavros pronunciaba su nombre.
—Estoy aquí, Stavros.
—Necesito sentirte —movió la mano hacia ella.
Ella se la agarró con fuerza y vio cómo se abrían sus párpados.
—¿Qué tal el dolor ahora? —le preguntó ella.
—¿Qué dolor?
Ella le apretó la mano.
—No tienes que hacerte el valiente delante de mí.
—Sea lo que sea lo que me dieran, me ha dejado fuera de combate. No siento nada.
—Eso es bueno.
—¿Te he dicho alguna vez que eres la mujer más increíble que conozco?
—Solo un hombre increíble se daría cuenta de eso.
—Lo digo en serio.
—Y yo —Andrea sonrió—. El médico dice que es todo un honor poder atenderte. Y yo estoy de acuerdo. ¿Hay alguien más que debiera saber lo que te ocurre?
—La única persona que importa eres tú Si te tengo cuidándome, no quiero a nadie más.
—Es el analgésico el que habla.
—Andrea… —le tiró de la mano—. No te vas a ir a Brasil con tu padre, ¿verdad?
Andrea contuvo el aliento.
—No hablemos de eso ahora. Tienes que descansar y dejar que haga efecto la medicación.
—No puedes irte. Apenas hemos empezado a conocernos.
—Ahora mismo tienes que concentrarte en mejorarte.
—No me cambies de tema —le dijo él, aferrándose a su mano con fuerza.
Hubiera dicho más cosas, pero el médico y el enfermero aparecieron en ese momento.
—Vamos a examinar ese corte —dijo el médico—. Tenemos que darle la vuelta. Si nos deja un momento… No tardaremos mucho.
—Vuelve enseguida, Andrea, por favor —dijo Stavros de repente.

El doctor Goulas le dedicó una sonrisa a Andrea.

—¿Usted también quiere volver a entrar?

—Sí, por favor.

—Entonces quédese junto a la cortina. Le avisaré cuando pueda entrar de nuevo.

Stavros le apretó la mano un momento y entonces la soltó.

Pasaron diez minutos hasta que el médico le dio el aviso.

—Ven, Andrea —dijo Stavros, buscando su mano.

—Buenas noticias —dijo el médico—. He limpiado la herida y le he dado algunos puntos. Creo que esto va a mejorar sin problemas.

—¿Y cuándo podrían darme el alta? —preguntó Stavros.

—Primero terminemos con el suero. Y después quiero mirarle la tensión. Si permanece estable, podrá irse a casa a última hora de la tarde, pero tendrá que quedarse en la cama hasta el lunes. Le daré un antibiótico para que se lo tome y volveremos a vernos el viernes para revisarle la herida.

Andrea se dio cuenta de que el médico estaba a punto de irse y se soltó de la mano de Stavros.

—¿Adónde vas?

—Enseguida vuelvo —salió a toda prisa detrás del médico para hablar con él al otro lado de la cortina—. ¿Doctor Goulas? No sabe cuánto le agradezco todo esto.

El doctor Goulas asintió con la cabeza.

—El señor Konstantinos es una persona importante, pero las personas como él suelen ser los peores pacientes. Por favor, asegúrese de que mantenga reposo y siga todas mis indicaciones. Si logra impedirle que vaya a trabajar el lunes, mucho mejor. Entre usted y yo, todavía podría tener algún momento de recaída. Hay que vigilar muy bien esta clase de herida para que no haya infección.

—Lo sé. Mi padre sufrió una picadura similar en el pie hace años y se puso absolutamente imposible.

—Supongo que también es un hombre importante.

—Mucho, sobre todo para mí.

El médico le dio una palmadita en el brazo.

—Cuanto más duerma, mejor. Volveré luego.

Cuando Andrea miró por la cortina, vio que Stavros tenía los ojos cerrados. Tomándose muy en serio los consejos del médico, se dirigió hacia el área de descanso situado al otro lado de la clínica para tomarse un café. La experiencia vivida ese día le había pasado factura y necesitaba un poco de cafeína para enfrentar lo que tenía por delante.

Llamó a su jefe, pero la llamada fue a parar directamente al buzón de voz, así que le dejó un mensaje. Le dijo que iba a quedarse con él durante un tiempo para ayudarlo y le pidió permiso para ausentarse

hasta el martes en el trabajo.

A continuación llamó a su casero y le dejó un mensaje en el que le decía que dejaría el apartamento en diez días porque se marchaba a Brasil con su padre. Le aclaró que iba a pagarle el dinero correspondiente al tiempo que le quedaba de contrato.

De pronto se acordó de su padre, así que le mandó las fotos que había tomado de la nueva planta de Stavros. Le envió una breve explicación de lo que podía ver en las fotos, pero no le mandó ninguna en la que apareciera Stavros. Le explicó lo de la desaparición del adolescente y también le contó que había visitado la nueva planta antes de regresar a Thessaloniki.

Antes de volver a urgencias se detuvo en el aseo un momento. Se refrescó todo lo que pudo y regresó a la sala de urgencias. Durante su ausencia le habían quitado la vía del suero y estaba despierto. El personal debía de haberle ayudado a ponerse la ropa.

—Me preguntaba cuándo ibas a regresar. Ya puedo irme a casa. Me van a traer una silla de ruedas.

—En ese caso voy a acercar el coche.

—Si quieres que te diga la verdad, me alegro de que esto haya pasado.

Andrea respiró profundamente.

—¿Cómo puedes decir eso después de haber estado entre la vida y la muerte?

—Porque antes de que me picara la raya, sabía que ibas a decirme que hiciera venir el helicóptero para que pudieras regresar a Thessaloniki esta misma noche.

Andrea apartó la mirada. ¿Cómo podía conocerla tan bien?

—Te veo en la entrada.

El corazón de Andrea estaba dividido. Amaba a su padre y también a Stavros, pero al primero se lo debía todo. Además, estaba solo en el mundo. Salió de la clínica y se dirigió hacia el todoterreno, ajena a todo lo que la rodeaba. Una profunda tristeza se había apoderado de ella.

Unos minutos más tarde le vio salir en silla de ruedas, acompañado por un enfermero. El sanitario lo ayudó a subir al vehículo y entonces le entregó una bolsa de plástico.

—Está un poco mareado —le dijo al oído a Andrea. Ella asintió.

Dentro de la bolsa había un paquete de vendas y dos clases de pastillas. Le dio las gracias al enfermero y lo puso todo en el asiento trasero.

—¿Listo para volver a casa?

—Siempre y cuando tú vengas conmigo. Andrea sintió que el pulso se le aceleraba.

—No voy a abandonarte. Te lo prometo —salió del área de

urgencias y se incorporó a la carretera.

—Te tomo la palabra.

—Intenta relajarte y duerme hasta que lleguemos.

—Llevo horas durmiendo a ratos. Dime cómo aprendiste a hacerlo todo tan bien.

—¿Qué quieres decir?

—Me sacaste de esa playa sin pestañear y pudiste con este coche como si llevaras toda la vida conduciéndolo.

—Siempre he vivido en sitios remotos con mi padre, por su trabajo. Casi siempre necesitaba un todoterreno para ir por caminos de tierra.

Stavros le apretó el hombro.

—Gracias a tu pericia con todo, me salvaste de un shock irreversible. No conozco a nadie con semejante capacidad para mantener la cabeza fría en una situación así y saber qué hay que hacer.

—Seguro que sí conoces a alguien. A lo mejor es que nunca les has dado la oportunidad para demostrarte de qué eran capaces. Eres tan autosuficiente. No eres la clase de hombre que se mete en problemas de los que no puede salir. Yo simplemente estaba allí en el momento cuando necesitaste ayuda, pero tú nunca la hubieras pedido.

—¿Tan malo soy?

—¡Peor! Creo que esa raya se enfadó tanto la primera vez que fue a por ti por venganza.

Stavros se echó a reír.

Andrea pudo sentir la caricia de su mirada intensa, aunque no le estuviera mirando de frente.

—¿Cómo conociste a Ferrante?

—Mi padre y yo fuimos a esquiar a Cortina. Ferrante y yo compartimos telesilla. Él también estaba de vacaciones. Empezamos a hablar y me siguió montaña abajo. Y después me siguió hasta el hotel, que fue donde conoció a mi padre. Antes de…

—Estabais enamorados —dijo Stavros, terminándole la frase.

—No enseguida. Digamos que él era mejor esquiador que mi padre. Yo estaba encantada porque mi padre lo hace todo bien. Y también había escalado más montañas que mi padre. Nos dejó impresionados a los dos.

—Entonces con mi pequeña excursión por el Monte Ypsarion no le gano ni de lejos a tu padre.

—Bueno, algo es algo —dijo Andrea, haciéndole sonreír—. Pero le mandé fotos de tu planta y le expliqué. Le encantará ver que has creado un producto tan novedoso. Tienes algo genial dentro, Stavros.

—Es bueno saberlo —le dijo él en un tono burlón.

—No era un cumplido —se desvió hacia el acceso privado de la

villa—. Ya casi hemos llegado a la casa. Vas a necesitar otro analgésico enseguida. Voy a la parte de delante para que no tengas que subir tantos peldaños.

En cuanto llegaron, Andrea bajó del coche y corrió a ayudarlo a salir.

—Pon el brazo alrededor de mis hombros y déjame cargar algo de peso. Tienes que dejar de apoyar la pierna lo antes posible.

Descansando el peso en ella, Stavros la atrajo hacia sí y la besó con fervor.

—Me encanta que mi vida esté en tus manos.

—Vamos, Aquiles. Tienes que meterte en la cama. Él dejó escapar una risotada.

—Primero necesito darme una ducha.

—Esta noche no, Stavros. El médico dijo que ya lo harás por la mañana.

Entraron en la casa y se dirigieron hacia el dormitorio de Stavros. Andrea nunca había estado allí, pero trató de no pensar mucho en ello.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte?

—Llévame al cuarto de baño.

Ella hizo lo que le pedía y esperó junto a la puerta hasta que salió. Una vez más, le prestó su fuerza hasta que alcanzaron la cama. Él la soltó un momento para desabrocharse los vaqueros.

—Necesitaré que me los quites.

Andrea se agachó.

—Te estás sonrojando. No te preocupes. En el hospital me secaron el bañador antes de ponérmelo de nuevo.

—No estaba preocupada.

—Mentirosa —le susurró él.

Una vez se despojó del pantalón, se incorporó para que ella pudiera retirar las mantas. Sin prisa pero sin pausa, ella le quitó el polo y entonces se sentó a su lado, ayudándolo a colocar las dos piernas sobre el colchón. Al oírle suspirar, supo que esa cama debía de ser como el cielo para él en ese momento.

—Voy al coche para traer el resto de las cosas. Enseguida vuelvo.

Cinco minutos después ya le había dado dos pastillas más y le había arropado en la cama.

—Aquí tienes el móvil, la billetera y las llaves. Los voy a poner sobre esta mesita de noche, con el agua. Si me necesitas, llámame.

—Solo son las ocho y media. No tengo sueño todavía.

—Pero lo tendrás en cuanto esas pastillas te hagan efecto.

Él la llamó, pero ella le ignoró y siguió adelante, rumbo al dormitorio de invitados. Necesitaba una ducha desesperadamente. Después de enjabonarse todo lo posible, salió del cuarto de baño

sintiéndose limpia y relajada. Se puso una toalla en la cabeza y regresó al dormitorio. Sacó un camisón y una bata de la bolsa de viaje. Era tan agradable volver a sentirse normal. Pasó por la cocina para buscar una botella de agua. Mientras la sacaba de la nevera, oyó dos golpes fuertes provenientes de la puerta trasera.

¿Acaso sería la madre de Stavros o su ex? ¿Se habrían enterado de su percance tan pronto?

Andrea se apretó el cinturón de la bata y se dirigió hacia la puerta. Al ver al hombre que estaba al otro lado casi dio un salto. Se parecía un poco a Stavros, así que tenía que ser su hermano. A lo mejor alguien del hospital lo había llamado. No había oído el helicóptero porque estaba en la ducha.

Andrea quitó el cerrojo de la puerta. Le dejó entrar y entonces cerró la puerta. A juzgar por la forma en que la miraba, no era ningún secreto que estaba sorprendido de ver a una mujer allí.

—Soy Leon, el hermano de Stavros. ¿Y tú eres…?

—Nadie importante. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo. ¿Dónde está Stavros? Lleva todo el día sin contestar a mis llamadas.

—Está en el dormitorio. Él te lo explicará todo. Si me disculpas, me voy a la cama. Por favor, cierra cuando salgas. Él no está en condiciones de hacerlo.

Capítulo Seis

—¿Qué demonios pasa?

Al oír la voz de su hermano, Stavros levantó la cabeza de la almohada. Si su hermano había tomado un avión rumbo a Thessaloniki a esa hora, entonces era que algo iba mal.

—¿Leon? ¿Qué estás haciendo aquí?

—No has contestado a mis llamadas en todo el día. Me preocupé y vine directamente porque no es propio de ti no dar señales de vida.

—Respira hondo y te lo explicaré todo. Siéntate, hermano. ¿Qué tal la familia?

—Están bien —Leon tomó una silla y la puso al lado de la cama. De pronto sonrió—. ¿Y quién es esa preciosa mujer de ojos azules que me abrió la puerta con una bata de rayas blancas y rosadas, con una toalla en la cabeza?

—¿Ella no te lo dijo?

—No. Me dijo que no era nadie importante, que se iba a la cama y que cerrara cuando me fuera.

Stavros dejó escapar una risotada.

—¿Qué tiene tanta gracia? ¿Por qué estás en la cama?

—¿Por qué no buscas una cerveza en la nevera y charlamos un rato?

—¿No quieres una tú?

—No puedo.

—No te entiendo.

—El médico me dijo que no tomara nada de alcohol durante un tiempo.

Leon frunció el ceño un momento. Se acercó a su hermano.

—Sabía que te había pasado algo.

—¿Te puedes creer que me picó una raya? El dolor fue algo increíble. Esa persona no importante que te abrió la puerta me salvó la vida.

—¿Es una enfermera de la clínica? ¿Es por eso que está aquí?

—Es una larga historia.

—Tengo tiempo.

Stavros se lo explicó todo, pero cuando mencionó el nombre de PanHellenic Tours, Leon dejó escapar una exclamación.

—Espera un momento. ¿Esta tal Andrea es la rubia americana que tiene locas a mamá y a Tina Lasso? Habla griego como una nativa. Jamás lo hubiera pensado.

—Habla una docena de lenguas. Belleza e inteligencia.

—La señorita Linford es despampanante, sin duda. Pero también es una de las razones por las que he venido a verte hoy.

—Ya suponía que tenías alguna mala noticia que darme. Sino, no hubieras venido.

—Me temo que es en serio. Papá está enfurecido.

—Bueno, eso no es nada nuevo. Sabía que estaba montando mi propia empresa. Mi renuncia era inevitable. Ya llevamos una semana metidos en la producción.

—Lo sé, pero no solo se trata de eso, Stav. Papá espera que hagas lo correcto con Tina ahora que está embarazada.

—Si alguna vez hubiera estado enamorado de Tina, me habría casado con ella enseguida. Todo es una mentira, Leon. Pero, en cualquier caso, nunca me acosté con ella, así que no podría ser mío.

—Tú y yo lo sabemos, pero papá no atiende a razones. He venido a prevenirte. Le oí cuando le decía a mamá que si no te casabas con Tina, iba a prohibir la venta de residuos de mármol de nuestras canteras a tu empresa.

—¿Qué? —Stavros se sintió como si acabaran de clavarle una aguja en las entrañas—. ¿Me estás hablando en serio?

—Me temo que sí. Intentará acabar con tu negocio para que entres por aro.

—Leon… ¿Pero qué clase de hombre puede hacerle algo así a su propio hijo?

—Lo siento, Stav.

Los ojos de Stavros se llenaron de lágrimas.

—Papá realmente debe de odiarme como para traicionarme así. Jamás me hubiera esperado este golpe.

Leon puso una mano sobre el hombro de su hermano.

—No te odia, Stav. Si quieres que te diga lo que creo, a mí me parece que el padre de Tina le está presionando. A lo mejor incluso a llegado a amenazarle con quitarle todos los servicios de transporte.

—No quisiera quedarme sin proveedores cuando llegue el momento de necesidad. Tenemos muchos pedidos.

—Entonces mejórate y haz lo que tengas que hacer. Te ayudaría si pudiera.

—Ya me has ayudado al ponerme al corriente. Te lo debo. Bueno, en cualquier caso, sé que tienes las manos atadas.

¿Sabes qué, Leon? El padre de Tina puede tramar todo lo que quiera, pero papá y él no me van a sacar del negocio.

—Hay más.

—¿Pero cómo va a haber más?

—Mamá cree que tienes algo…

—¿Con Andrea? Bueno, si es así, tiene toda la razón. Leon parpadeó.

—¿Quieres decir…?
—Sí.
—Pero…
—No hay «peros» que valgan.
—¿Qué quieres decir?
—Si Andrea no me quiere lo bastante, entonces mi vida tendrá que seguir adelante sin ella, pero sí te digo que no sabría cómo vivir sin ella.
Leon parecía conmocionado.
—Pensaba que te había salvado la vida.
—Y lo hizo. Sin embargo, hay alguien mucho más importante para ella.
—¿Más importante que tú?
—No tienes idea.
—¿Quién es?
—Piensa en un padre viudo que lo ha sido todo para su única hija desde el día en que nació. Han recorrido el mundo juntos y son inseparables. A fines de este mes él se marcha a Brasil y ella se va con él.
—Entonces vas a tener que encontrar la forma de convencerla para que se quede contigo. Tienes ese poder.
—Pero no si ella piensa que Tina está esperando un hijo mío.
—Creo que si creyera eso, no estaría aquí atendiéndote — Leon se puso en pie—. Se te están cerrando los ojos. Me voy. El piloto me espera. Ten cuidado con esa herida. Y piensa que probablemente el padre de Tina te tenga alguna otra sorpresita más.
—Te agradezco la advertencia.
Leon se inclinó y le dio un abrazo a su hermano.
—Hazme un favor. Contesta a mis llamadas a partir de ahora y mantenme al tanto. Yo ayudaré como pueda.
—Sí. Gracias por venir. Te debo una, hermano.
Stavros se quedó escuchando hasta que oyó el sonido del helicóptero al despegar. Su hermano le había dejado con un único pensamiento en la cabeza.
«Tienes ese poder…», le había dicho.
Sin titubear, llamó a Andrea. Ella contestó al segundo timbre.
—Acabo de oír marcharse a tu hermano. ¿Te encuentras bien?
—No. ¿Te importaría venir a mi habitación?
—Ahora voy.
Apareció unos minutos después. Todavía llevaba esa bata blanca y rosa, pero se había quitado la toalla de la cabeza y se había secado el pelo.
—¿Necesitas algo?
—No necesito nada, pero me gustaría pedirte un favor, si puedes

hacérmelo. No puede esperar.

—Hmm… Me pica la curiosidad —Andrea caminó hasta la cama y se sentó en la silla que Leon había dejado.

—Mi hermano me ha traído una noticia preocupante — dijo y le contó todo lo del chantaje de su padre y el embarazo de Tina.

Los ojos de Andrea se llenaron de lágrimas.

—¿Tu padre sería capaz de eso para que te cases con Tina Nasso?

—Tiene miedo de las consecuencias si no lo hago. Tiene negocios con el padre de ella, así que solo espera que yo entre en razón antes de tener que cumplir la amenaza. Leon vino para advertirme.

Andrea sacudió la cabeza, confundida.

—Pero eres de su sangre.

—Teniendo un padre como el que tienes, comprendo que te resulte difícil entenderlo. Desafortunadamente, ahora tengo que asegurarme de ir un paso por delante de mi padre porque he trabajado duro durante años para ver el fruto de mis negocios. Como te dije antes, si fracaso, estaría defraudando a mis colegas, por no hablar de todos los empleados y sus familias. No puedo arriesgarme a eso.

Andrea respiró profundamente.

—¿Qué favor necesitas que te haga?

—En los próximos días tengo que visitar algunas canteras de Thassos que no son de mi familia para negociar unos contratos para comprarles residuos de mármol.

—Pero se supone que tienes que hacer reposo para que se te mejore la pierna.

—Por eso necesito que alguien me lleve y sea mi portavoz. No puedo esperar que mis colegas hagan esto por mí. Les he dicho que estaré en reposo durante unos días. Durante ese tiempo puedo hacer este otro trabajo. ¿Crees que sería posible que tu jefe te diera unos días libres? Te pagaré por tu tiempo.

Andrea se mordió el labio.

—No quiero tu dinero. Me salvaste de la picadura de la raya. Ya me has pagado con creces. Como me voy pronto de Grecia, creo que Sakis ya no cuenta mucho conmigo. No creo que tenga inconveniente en que me tome otro día más. Ya le pedí permiso para ausentarme hasta el martes.

—¿Ah, sí? — Stavros sintió que el corazón de daba un pequeño salto.

—Sí. El médico me dijo que no debías volver al trabajo antes, y te quiere ver de nuevo el viernes. Pero, Stavros, ir de un lado para otro en el todoterreno no creo que sea buena idea.

—Iremos en el sedán. Descansaré la pierna sobre el asiento de atrás. Para el martes ya deberíamos haber visitado unas cuatro o cinco canteras. Con un poco de suerte volveré a casa con suficientes

contratos para mantener en marcha la planta si a mi padre le da por cumplir con su amenaza.

Andrea se levantó de la silla.

—Llamaré a Sakis a primera hora. Si está de acuerdo, entonces no tendré ningún inconveniente en llevarte. Pero mañana es domingo, así que tienes que quedarte descansando.

—Seré bueno.

—¡Ja! El médico y yo tuvimos una pequeña charla sobre ti.

Stavros sonrió.

—¿Qué te dijo?

—Es un secreto. Bueno, ¿puedo hacer algo más por ti?

—Una cosa.

Ella sacudió la cabeza.

—Esa no.

—Todavía tienes miedo de lo que sientes por mí.

—Buenas noches.

Cuando ella se marchó, Stavros apagó la lámpara. Al menos no le había abandonado aún.

Andrea se levantó pronto y se puso unos vaqueros y una blusa de manga corta con un estampado de flores. Después de prepararle el desayuno a Stavros, se lo llevó a su dormitorio y descubrió que no estaba en la cama. Dejó la bandeja sobre la cómoda y esperó a que saliera del cuarto de baño. Stavros salió unos minutos después. Se había afeitado y se había puesto un albornoz de color azul marino. Todavía tenía el pelo húmedo de la ducha. Andrea podía oler el jabón.

—Buenos días, Stavros.

Él la miró. A lo mejor era el color del albornoz lo que hacía que sus ojos parecieran de color negro azabache.

—¿Cuánto tiempo llevas esperando?

—No ha sido más que un minuto. Traje el desayuno para los dos. Seguro que esa ducha te ha sentado de maravilla, pero tienes que meterte en la cama de nuevo. Quisiera echarle un vistazo a esa herida. Seguramente necesitas que te cambie la venda. Túmbate boca abajo. Solo será un momento.

Stavros cojeó hasta la cama y se tumbó en ella. Andrea sacó una venda de la caja y se inclinó sobre él para quitarle la vieja.

—Se ha manchado un poco, pero era de esperar. Todo tiene buen aspecto —le cambió el vendaje—. Date la vuelta mientras me lavo las manos y después comemos.

Enseguida volvió con una bandeja en las manos.

—Deja un poco de espacio en la cama —le dijo ella al regresar—.

Pondré ahí la bandeja y comemos. Como ves… —le dijo al acercar la bandeja—. Sé hacer tostadas y café, igual que tú. También te he traído agua para que te tomes las pastillas.

Stavros se tomó las pastillas primero y entonces se apoyó sobre el codo para comer. Ella había pelado una naranja y había separado los gajos.

—¿Llamaste a tu jefe?

—Le dejé un mensaje para que me llamara.

—Bien… Muy bien. Ahora que ya hemos hablado de las trivialidades, quitemos esta bandeja del medio.

Andrea sintió una repentina descarga de adrenalina.

—Me la llevo. ¿Quieres que te traiga algo?

—¿Me traes mi portátil?

—Enseguida —Andrea se dirigió hacia la cocina. Se desvió un momento hacia su despacho y regresó—. Aquí tienes.

Al tomar el ordenador, tiró de ella y la hizo apoyarse donde antes estaba la bandeja.

—Stavros… —el corazón de Andrea latía sin control.

—¿Qué pasa? Solo quiero darte las gracias como es debido. Ven aquí, Andrea.

La rodeó con el brazo y le dio un beso en los labios, sorprendiéndola. Andrea casi se recostó contra su pecho. Era incapaz de luchar contra esas fuerzas seductoras que se apoderaban de ella. Enredó las manos en su cabello.

—Podría comerte entera —dijo él, colmándola de besos hasta hacerla perder el sentido de la realidad.

—Tu pierna… Tenemos que parar —Andrea reunió la fuerza suficiente para apartar los labios e incorporarse—. No era esta clase de reposo lo que el doctor Goulas tenía en mente.

—¿Aunque sea la mejor medicina para mí? Andrea dejó escapar una risotada nerviosa.

—Solo tú podrías decir algo así. Es usted incorregible, señor Konstantinos, así que tengo una idea. Aprovecha para adelantar algo de trabajo y yo iré hasta el puerto en el todoterreno para recoger la cesta. Así llenaré el depósito y te compraré el periódico. Llámame si me necesitas. No tardaré nada.

—Si vas a ir, tráeme un *pasteli*.

—Me compraré otro para mí —tomó las llaves del coche de la mesita de noche—. Esas golosinas con sésamo están deliciosas.

—Y tú también, Andrea. No tardes.

Dos horas más tarde, tras haber hecho todos los recados, Andrea volvió a la casa. Vació la cesta de la comida, fregó unos cuantos platos y limpió la cocina. Después se dirigió hacia la habitación de Stavros con lo que había comprado. Él estaba recostado en la cama,

trabajando frente al ordenador.

Le dejó las golosinas y el periódico sobre la cama.

—Has tardado mucho. Ya estaba empezando a preocuparme.

Andrea se rio.

—Seguro —se sentó en una silla junto a él—. ¿En qué estás trabajando?

—En nuestro viaje. ¿Has tenido noticias de tu jefe?

—Sí. A veces puede ser un poco gruñón, pero tiene muy buen corazón. Cuando se enteró de lo de la raya, me dijo que te cuidara bien y que no me preocupara por el trabajo. Dorcas me va a sustituir.

—No me suena.

—Es una amiga mía que trabaja en el departamento de contabilidad. Sakis lo debe de tener todo previsto ya.

Stavros esbozó una media sonrisa.

—Ya veo que le tienes en la palma de tu mano.

—Como eres tan simpático, te he traído otra cosa —se sacó una baraja de cartas del bolsillo de los vaqueros—. ¿Qué tal si echamos una partida de *diloti*?

—¿Sabes jugar a eso?

—El casino es el juego más popular en casi todos los países en los que he vivido. El *diloti* es la versión griega y es casi lo mismo. ¿Te apetece una partida?

—Vamos —dijo Stavros, con un destello en los ojos.

—Pero no vamos a jugar dinero.

—No tienes ninguna posibilidad.

—Eso ya lo veremos. Tengo pensado ganar, así que yo empezaría a preocuparme. Jugamos hasta la una.

—¿Qué pasa entonces?

—A la una comemos. Compré *spanakopitas* frescas.

Siempre le habían encantado esos pastelitos de espinacas y queso feta.

—Pondré la alarma para que no nos pasemos de tiempo.

—Muy bien.

—Estupendo —Andrea notó un brillo especial en su mirada—. A por ello.

Se trataba de ganar la mayor cantidad de puntos. Andrea tuvo suerte y ganó la primera ronda, pero después la suerte se puso del lado de Stavros. Cuando la tensión comenzó a aumentar, Andrea comenzó a tomarse su barrita de sésamo. Siempre se tomaba muy en serio los juegos de cartas.

Stavros ya se había comido su golosina mucho rato antes. Se le daba bien el juego, tanto así que Andrea ya temía que iba a perder. No podía evitar mirar el reloj una y otra vez. El tiempo ya casi se había acabado.

—Casi puedo oír cómo hace cálculos ese cerebro tuyo, Stavros. Me estás poniendo nerviosa.

Él se echó a reír justo en el momento en que sonaba la alarma. Comprobó su último movimiento.

—No puedes hacer eso con un as sobre la mesa y un cinco en la mano. ¡Gano yo!

—No tienes que hacer una fiesta —Andrea recogió las cartas y las metió en la caja—. Tienes que tomarte las pastillas —le dio el agua.

Stavros sonrió un instante y se tomó las medicinas.

—¿Qué pasa? No tienes nada que temer de mí. Estoy prácticamente incapacitado.

—Vamos. Te ayudaré a ir al baño si te portas bien.

Un atisbo de sonrisa se reflejó en los labios de Stavros.

—No sé cómo hacer eso.

—¿Quieres que te ayude o no?

—Sí, pero quiero comer fuera, en el patio. La tumbona es tan cómoda como esta cama.

—Seguro.

Lo ayudó a levantarse y en unos minutos llegaron al patio.

—Ni se te ocurra tirar de mí si no quieres que terminemos los dos en el suelo con la espalda rota —le dijo mientras colocaba la tumbona el posición horizontal.

La risotada de Stavros la siguió hasta la cocina. Poco tiempo después regresó al exterior con los pasteles de queso y el té helado que tanto le había gustado antes. Le dio un par de pasteles y se sentó frente a él para comer.

—Oh, oh. Te has sentado del lado contrario y no puedes ver la costa.

—Pasaré el resto de mi vida viéndola, pero tú ya no estarás aquí dentro de unos días, así que prefiero mirarte a ti.

—Si tienes demasiado calor, dímelo y te ayudaré a entrar en la casa.

—¿Por qué siempre cambias de tema cuando menciono que te vas?

—No me he dado cuenta.

Stavros la miró por encima del borde de su vaso.

—¿Dónde vas a vivir en Brasil?

—La mina de oro de Serra do Ouro está cerca de una ciudad llamada Itapetim, en el noreste. Papá dice que es una zona agraria.

—¿Y qué clase de trabajo vas a hacer allí? Andrea bebió un sorbo de té antes de contestar.

—Encontraré algo. No pasaremos mucho tiempo allí. Stavros guardó silencio un momento.

—¿Por qué no?

—Mi padre está cansado de viajar tanto. Quiere volver a Denver y

trabajar en las oficinas centrales.

Stavros se incorporó y se apoyó sobre el codo.

—¿Para siempre?

—Sí. Cuando nos fuimos de Denver lo guardó todo, los muebles, todas nuestras pertenencias, cosas que incluso había olvidado que eran nuestras. Va a comprar una casa.

Stavros se recostó en la tumbona.

—Me pregunto si un hombre puede volver a casa después de tantos años y encontrar la felicidad que busca.

Andrea se levantó de la silla. Ese futuro sin Stavros parecía tan negro de repente que no podía soportarlo.

—Yo me he hecho la misma pregunta muchas veces.

Ahora entenderás por qué no me gusta hablar de ello.

—Lo siento, Andrea. He sido de lo más insensible.

—En absoluto. Voy a traerte el portátil. Yo diseño itinerarios turísticos y tengo curiosidad por ver lo que nos has preparado.

Cuando volvió a salir al patio, Stavros estaba al teléfono. Le oyó mencionar el nombre de «Theo» y entonces supo que estaba hablando de negocios.

Dejó el ordenador y volvió a entrar en la casa para buscar la novela que estaba leyendo en ese momento, pensando que él iba a estar ocupado durante un buen rato al teléfono. Cuando volvió al exterior, sin embargo, vio que él ya había colgado. Tenía los ojos cerrados. Su rostro parecía contraído.

—¿Ha vuelto el dolor? —le preguntó Andrea, alarmada.

—No es la pierna.

—Entonces es por lo de tu padre.

—Me temo que sí. Theo y Zander llegarán dentro de un rato para hablar conmigo.

—Voy a hacer más té y prepararé unos sándwiches.

—Andrea Linford, ¿sabes que eres lo mejor que me ha pasado jamás?

Capítulo Siete

El lunes por la mañana Stavros fue capaz de ir hasta el coche por sí mismo. El descanso del día anterior había sido reparador. Se estiró en el asiento de atrás con el ordenador y esperó a Andrea. Ella era tan práctica que había preparado una bolsa con todo lo que iban a necesitar para ese viaje nocturno.

La observó a medida que avanzaba hacia el coche, con una falda de color caqui y un top de punto en color crudo. Todo lo que se pusiera realzaba su maravillosa figura. Tanto Theo como Zander se habían quedado boquiabiertos el día anterior cuando se la había presentado. Theo estaba casado, pero Zander era soltero y no le había quitado el ojo de encima.

La oyó cerrar el maletero y entonces se puso al volante. Miró hacia atrás.

—¿No nos olvidamos nada? ¿Has hablado con Raisa?

—Le dije que no íbamos a volver hasta el martes por la noche.

—Entonces podemos irnos —arrancó el coche y dio marcha atrás para salir—. Solía pensar que sería muy divertido ser conductor para algún general o militar de alto rango, pero ser el chófer del señor Konstantinos es mucho mejor.

Sus miradas se encontraron a través del espejo retrovisor.

—¿Por qué?

—Porque tú estás en otra guerra, una guerra en la que creo, y quiero que ganes.

—A lo mejor no va a ser mi padre el que haga el primer disparo después de todo.

—A lo mejor. La esperanza es lo último que se pierde… ¿Stavros? ¿Por qué crees que es así? Ya sabes qué quiero decir.

—Leon y yo nos hemos hecho esa pregunta muchas veces. Nuestro abuelo, su padre, tampoco le entendía. Siempre tiene que llevar la razón. No sé de dónde le viene eso.

—¿Tus padres van a la iglesia?

La pregunta de Andrea le hizo querer reír y llorar a la vez.

—Solo cuando hay fiestas importantes. ¿Y tu padre?

—Igual.

Stavros sintió curiosidad.

—¿Y espera que tú vayas también?

—Ya no.

—¿Eso qué significa?

—Cuando vivíamos en Venezuela, yo iba a una escuela católica y

un par de monjas se hicieron muy amigas mías. Durante un tiempo pensé que me gustaría hacerme monja cuando creciera. Cuando se lo dije a mi padre, casi le dio algo.

—No me extraña.

—Fue una de las pocas veces en las que le vi fuera de sí. Me dijo que me quería mucho y que no quería que me alejara de él jamás. Por aquel entonces yo le creía y dejé esa idea, pero a medida que me hice mayor, me di cuenta de que realmente quería que creciera y tuviera la oportunidad de formar una familia. Me decía que los niños eran la bendición más grande para un padre.

—Bueno, tú sí que lo eres —dijo Stavros en un tono un tanto sarcástico.

—Lo he intentado.

La conversación había dado un giro doloroso para Stavros. Su padre quería que se casara, pero solo bajo sus condiciones, al parecer. ¿Padre, hija y yerno, viviendo bajo el mismo techo en Denver, Colorado?

—Ya hemos llegado a la primera cantera de la lista — Andrea bajó del coche y fue a abrirle la puerta—. Voy a ver si el gerente puede salir a hablar contigo. Deséame suerte.

—No hay bastante dinero en el mundo para pagarte todo lo que te debo, Andrea.

—No seas tonto —ella se dirigió hacia las oficinas de la cantera.

Pocos minutos después la vio salir acompañada de un hombre mayor, así que bajó del coche como pudo. Al menos quería estar de pie.

Ella le había dado su tarjeta al gerente.

—Cuando su encantadora asistente nos dijo que el mismísimo señor Konstantinos estaba aquí fuera, con una propuesta que hacernos, no me lo podía creer. ¿Le ha picado una raya?

—Así es. Todavía tengo problemas para andar.

—Pues tiene suerte de seguir vivo. Podría contarle algunas historias.

Por el rabillo del ojo vio sonreír a Andrea.

—Afortunadamente la mía ha tenido un final feliz. De lo contrario no estaría aquí parado, pero me temo que no puedo hacer más que eso.

El gerente se rascó la cabeza.

—Esta es una forma muy singular de hacer negocios. Hizo bien en mandar a su asistente —el gerente esbozó una sonrisa enorme—. ¿Entonces ahora tiene su propia empresa? ¿No hay nada con su padre?

Stavros se mordió la lengua.

—Sigo siendo su hijo, pero ya no tengo vínculos con Konstantinos Corporation. Mis socios y yo estamos produciendo un nuevo producto

llamado Marma-Kon.

Aprovechó el momento para explicarle por qué quería comprarles los residuos de mármol.

—Le mandaré el contrato por correo esta tarde para que pueda revisarlo bien. Creo que así podrá aclarar todas las dudas. Si acepta al negocio, contacte con Theo Troikas. Tiene su nombre en la tarjeta. Él se encarga de la contratación.

—Le diré una cosa. Tengo que hablarlo con el dueño. Tiene dos canteras. Creo que aceptará, pero me pondré en contacto con usted de nuevo. Muchas gracias y mejórese —le estrechó la mano y se marchó.

Stavros volvió a subir al coche y Andrea le cerró la puerta. Después se puso al volante y dio la vuelta.

—¿Qué te parece?

Stavros se estiró para apoyar la pierna.

—¿Y me lo preguntas? Contigo como embajadora, ha sido pan comido. El problema vendrá cuando hable con el dueño.

—¿Por qué no iba a aceptar?

—Nunca se sabe. Prejuicios, a lo mejor… porque soy el hijo que ya no trabaja para su padre. El dueño es un griego orgulloso.

Andrea asintió con la cabeza.

—Bueno, Stavros, relájate. Yo creo que todo el mundo te respeta mucho.

Stavros echó la cabeza hacia atrás.

—Ojalá ese respeto hubiera venido de mi padre, aunque fuera una sola vez…

—Por favor, no te tortures. ¡Tienes que parar! Tu hermano, Leon, cree en ti. Si no, no hubiera venido a la casa la otra noche para ponerte sobre aviso. Y aunque no te hayas dado cuenta, yo vi cómo le brillaban los ojos al gerente mientras le hablabas de tu nuevo producto. ¡Próxima parada! —exclamó con entusiasmo.

Andrea se quedó boquiabierta al ver el paisaje que rodeaba el sitio donde iban a pasar la noche. Al otro lado de la puerta de su habitación en el hotel, contigua a la de Stavros, se extendía un tupido bosque de pinos y castaños que rodeaba el pueblo situado a los pies del Monte Ypsarion. Era un lugar lleno de encanto, con sus casas de piedra y techos de madera.

Mientras Stavros se preparaba para irse a la cama, ella fue a una taberna cercana a buscar una pizza con una masa tan suave como el pan de *foccacia*, con carne de *gyro* y una salsa con mucha albahaca. Cuando regresó, acompañaron la comida con zumo de frutas en lugar de vino y terminaron con el *baklava* que había comprado para Stavros.

Antes de prepararse para irse a la cama, regresó a su habitación para asegurarse de que se había tomado sus medicinas. Él estaba cansado, pero parecía más animado que cuando habían parado en la primera cantera. En cuanto entró en el dormitorio sintió su mirada sobre ella.

—¿Cómo te sientes después de haberte entrevistado con gerentes de tres canteras distintas?

—Lo sabré cuando vengan los contratos, pero al menos estoy satisfecho de haber hecho una primera toma de contacto.

—¿Tienes ánimo para visitar más canteras mañana?

—¿Y tú? Debes de estar exhausta después de todo lo que has hecho hoy.

—No soy yo quien tiene una herida. Si no te importa, me gustaría revisártela antes de que te vayas a dormir, solo para estar seguros.

Sacó una venda nueva de la caja y Stavros apartó las mantas.

Solo llevaba unos pantalones cortos para dormir y, al ver el fino vello negro que le cubría le pecho, Andrea no pudo evitar recordar esas horas que habían pasado en la playa, abrazados. Como si pudiera leerle la mente, Stavros se dio la vuelta. Andrea tomó el aliento y se inclinó para examinar la herida.

—Se está curando, Stavros —le dijo con entusiasmo—. Ya casi no sangra.

—Eso significa que mañana puedo caminar.

—Pero con cuidado —le quitó el vendaje antiguo, se lavó las manos y le puso uno nuevo—. ¿Necesitas algo más?

—Quédate conmigo esta noche, Andrea. Túmbate a mi lado.

—Stavros…

—Te juro que no haré nada que no quieras que haga. No tenemos mucho tiempo hasta que te vayas. ¿No podemos por lo menos pasar esta noche como cuando estábamos buscando a Darren? No sé tú, pero yo recuerdo cada momento de aquella noche que pasé a tu lado. Siempre hueles maravillosamente. ¿Lo sabías?

Andrea apenas podía respirar.

—Déjame pensar en ello.

Echó a andar hacia la puerta que separaba ambos dormitorios. Una vez en el suyo, buscó el camisón y la bata que había guardado en la bolsa de viaje y se metió en la ducha. La cabeza le decía que se quedara en su habitación hasta el amanecer, pero tras lavarse los dientes y prepararse para irse a la cama, se dio cuenta de que el corazón le había ganado la batalla. Stavros tenía razón. Esa sería la última noche que iban a pasar juntos antes de su vuelta a Thessaloniki.

Apagó la luz y volvió a entrar en la habitación de él. Todo estaba a oscuras. Andrea se abrió camino en la penumbra hasta el borde de la

cama. Sin quitarse la bata, se acostó por el otro lado. En cuanto apoyó la cabeza en la almohada, sintió sus brazos alrededor de la cintura.

—Por fin —le dijo él, escondiendo el rostro contra su pelo—. Llevo tiempo queriendo que vengas a mí. Te quiero, agape mou —deslizó la mano sobre su brazo—. Me enamoré de ti aquel día en las montañas, y me he convertido en un hombre diferente gracias a ti. No me digas que es demasiado pronto para decirte esas palabras.

Andrea sintió lágrimas en los ojos.

—No lo haré. Yo también te quiero. Pero eso ya lo sabes, al igual que sabes todo lo demás —murmuró contra sus labios—. Te quiero —le besó una y otra vez—. Lo supe cuando bajaste del coche, dispuesto a darme una reprimenda por haber perdido a uno de mis estudiantes.

—Perdóname, cariño.

—No hay nada que perdonar. Nunca creí que un hombre como tú pudiera existir, pero allí estabas, grande y apuesto, tanto que mi corazón apenas podía con ello. Cuando pensé que nunca te iba a volver a ver, te pedí permiso para buscar a Darren contigo. Fue un poco atrevido por mi parte, pero no pude evitarlo.

—No esperaba menos de la mujer a la que amo —Stavros le dio un beso ardiente.

Ella gimió a modo de protesta.

—Tenemos que hablar, mi amor, sobre nosotros.

—No arruinemos esta noche hablando —le suplicó ella—. Si me quedo más tiempo en esta cama, terminaré pagando un precio por sucumbir a mi propio deseo. Y será un precio muy alto, teniendo en cuenta que muy pronto ya no estaré aquí. Después de estar contigo, nada volverá a ser igual para mí.

Stavros apoyó la cabeza en la mano y la miró a los ojos.

—Me estás hablando de Ferrante.

—No. Cuando Ferrante supo que nunca me había acostado con un hombre, me dijo que quería que me casara con él antes de hacer el amor conmigo. Yo lo amé aún más al ver que se portaba así conmigo. Fue muy difícil superar esa rabia que me quedó durante meses, tras su muerte. Sentía que el destino me había engañado, pero al menos no tenía ese recuerdo de haber estado con él y creo que eso me ayudó a seguir adelante.

Stavros se apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Entonces qué vamos a hacer con esto? ¿Tu padre espera que te quedes a su lado toda la vida?

—No se trata de eso. Soy yo quien no quiere que se quede solo.

—¿Por qué? Es normal que una mujer se enamore y forme un hogar propio.

Andrea escondió el rostro contra su cuello.

—Lo sé, pero… Oh, es que no lo entiendes.

—Por favor, explícamelo.

—Mi padre es un hombre que jamás piensa en sí mismo. Nunca me ha pedido nada. No puedo soportar la idea de que viva solo durante el resto de su vida. Mis abuelos paternos murieron en un accidente de tren cuando él era muy joven. Se crio con una tía que murió antes de que conociera a mi madre. Y después mi madre murió al dar a luz. Yo soy lo único que le queda.

Las últimas palabras salieron de su boca acompañadas por un sollozo. Stavros la abrazó con fuerza y la besó en la cabeza y en las mejillas.

A lo mejor había otra alternativa para un problema que parecía sin solución…

Y Stavros no quería dejarla marchar sin intentarlo al menos.

Andrea se apartó de él y se puso en pie al darse cuenta de que sus palabras le habían sorprendido.

—Te he dado toda la sinceridad que hay en mí, pero ahora sé lo que tengo que hacer. Lo único que haría sería torturarme si pasara el resto de la noche contigo. Nuestro encuentro en la cantera fue accidental. Hemos pasado momentos muy bonitos juntos, pero tenemos que seguir adelante con nuestras vidas, puesto que van en direcciones distintas. Intenta dormir un poco. Mañana tenemos que visitar otras dos canteras.

Andrea corrió hacia la cama, buscando refugio en ella. Pasaría una larga noche de insomnio durante la que no encontraría ni descanso ni consuelo.

A la mañana siguiente se levantó pronto para preparar el desayuno. Evitando la mirada de Stavros en todo momento, dejó la comida sobre la mesa de su habitación y tomó un pastel. Él se había puesto unos pantalones blancos de una tela ligera y una camisa color crema. Estaba impresionante y parecía andar mucho mejor.

Después de desayunar, Andrea preparó su bolsa de viaje y se volvió hacia él.

—¿Has tomado la medicina?

Él agarró su taza de café.

—Me la tomé cuando me levanté de la cama. Gracias por recordármelo, y por la comida.

—De nada. Llevaré el bolso al coche y te espero.

—Ahora mismo voy.

Unos minutos después subió al coche y entonces se pusieron en marcha.

—¿No crees que vas a estar más cómodo atrás?

—Estoy bien. Pero después de parar en la próxima cantera, quiero volver a casa. He decidido que puedo conseguir más o menos lo mismo llamando por teléfono.

—¿Hubieras preferido no venir?

—No. Necesitaba saber si mi presencia física supondría alguna diferencia, pero en todos los casos resulta que la persona a la que tengo que convencer no está. Además, en parte quería hacer las cosas de esta forma para pasar más tiempo contigo. Sin embargo, como ya no necesito más ayuda, y como estar juntos ha supuesto un sufrimiento añadido para los dos, te dejo que vuelvas a la oficina. El helicóptero te estará esperando. Me atrevo a decir que tu jefe estará encantado de verte volver.

Andrea sintió que el corazón se le caía a los pies. No había vuelta atrás y ambos lo sabían.

A mediodía visitaron la última cantera y se dirigieron de vuelta a Panagia. Tras una breve parada para comer, llegaron a la casa poco después de las dos de la tarde.

Andrea le dejó frente a la puerta principal y fue a aparcar el coche en la parte de atrás, junto al todoterreno. Cuando entró en la casa, vio que él ya se había ido a su estudio.

Aprovechando el tiempo, Andrea sacó las cosas de la bolsa que había preparado. Volvió a colocar los artículos de higiene en el baño y puso las medicinas sobre su mesita de noche.

En menos de diez minutos estaba lista para marcharse, y era mejor salir de allí cuanto antes, porque se sentía al borde de la tristeza más profunda.

Cuando se dirigía hacia la cocina con su bolsa de viaje, oyó que sonaba el timbre de la puerta. A lo mejor se trataba de Raisa…

—¿Es usted Andrea Linford? —le preguntó un hombre uniformado al tiempo que le entregaba un sobre de correo urgente.

—Sí.

—Es para usted y para el señor Konstantinos. Asegúrese de que lo reciba.

Andrea esperó a que se alejara antes de cerrar la puerta. Cuando se volvió, se topó con los brazos de Stavros. Durante una fracción de segundo vio angustia en sus ojos.

—¿Quién era? —le preguntó al soltarla con reticencia.

—Un mensajero —le dijo ella, entregándole el sobre.

Stavros lo abrió sin perder tiempo y sacó un documento que parecía oficial. Ella le observó mientras lo leía y vio cómo aparecían nuevas líneas de expresión en su rostro. Por primera vez le oyó mascullar un juramento.

—¿Stavros? ¿Qué sucede?

—Draco Nasso me va a demandar por faltar a mi palabra y a mi compromiso con su hija, y por un supuesto adulterio contigo. Los dos tenemos que comparecer ante el juez pasado mañana en Kavala.

Andrea sacudió la cabeza.

—¡Pero si tú no te comprometiste a nada! ¡No tiene sentido!

—Eso le trae sin cuidado. Seguramente ha comprado al juez en cuestión. Ven conmigo a mi despacho. Tengo que llamar a mi abogado. Todo está ocurriendo más rápido de lo que esperaba. Si Draco me ha declarado la guerra, mi padre no tardará en llevar a cabo su amenaza. Menos mal que estabas aquí para llevarme a todas esas canteras.

—Si quieres, mientras hablas con tu abogado, yo puedo llamar a las canteras que no hemos visitado y te preparo reuniones con ellos por Skype.

Stavros respiró profundamente.

—¿Cómo me las he arreglado sin ti?

Se dirigieron hacia el despacho.

—Adelántate. Siéntate en mi escritorio. El archivo está abierto y ahí tienes todos los números de teléfono. Llama a los que no estén marcados.

Stavros se sentó en una de las sillas y llamó a su abogado inmediatamente. Todavía seguía al teléfono cuando ella terminó de hacer las llamadas.

—¿Andrea? —tapó el auricular con la mano—. Como estás delante de la pantalla, ¿puedes hablar con mi abogado por Skype ahora? Puede tomarte declaración de esta manera y presentarlo en el juzgado sin necesidad de que estés presente.

—Yo hago lo que me pidas.

Stavros le dio las gracias con un gesto y entonces continuó hablando con su abogado. Unos minutos más tarde colgó.

Fue hacia ella, se colocó detrás y puso las manos sobre sus hombros.

—Sé que esto es horrible para ti —le dijo al oído.

—Eres tú quien me preocupa.

—Esta es otra forma de acoso para hacerme entrar por el aro, pero todo acabará pronto. Mi abogado se llama Myron Karras.

El señor Karras apareció en la pantalla en pocos segundos.

—La veo perfectamente, señorita Linford.

—Yo también, señor Karras.

—Muy bien. Haremos esto en forma de preguntas y respuestas. Si está lista, empezamos ya.

Andrea miró a Stavros un momento.

—Estoy lista.

—Por favor, dígame su nombre completo, su nacionalidad, su

edad, su estado civil, dirección y profesión.

El abogado procedió a hacerle una serie de preguntas relativas a su relación con Stavros Konstantinos, al incidente del adolescente desaparecido y a la búsqueda posterior. Andrea le dio toda la información que le pedía.

—¿Va a dejar su trabajo en PanHellenic Tours? —le preguntó el abogado de repente.

—Sí.

—¿Se marcha porque cree que el señor Konstantinos es el padre del niño y no alberga esperanza alguna de casarse con él por su dinero?

—¡No! —escandalizada con la pregunta, Andrea se levantó de la silla—. ¡Yo no espero nada!

Al darse cuenta de dónde estaba, volvió a sentarse.

—Me voy porque mi padre me quiere y me necesita. En cuanto al señor Konstantinos, me dijo que nunca había amado a la señorita Nasso y que había terminado su relación con ella hace más de tres meses. Yo le creo. Aparte de mi padre, es el hombre más honesto que conozco.

—¿Desea añadir algo más o cambiar algo de su declaración?

—No.

—Gracias.

La pantalla se quedó en blanco, pero Andrea no se dio cuenta porque había escondido el rostro, humedecido por las lágrimas, entre las manos.

Capítulo Ocho

«Yo no espero nada».

El grito de Andrea resonó en el corazón de Stavros. Apagó el ordenador y la estrechó entre sus brazos. Durante unos segundos se limitó a mecerla adelante y atrás para darle ese consuelo que tanto necesitaba. Le dio un beso en la frente.

—No te merecías todo esto. Esa declaración ha sido muy desagradable, pero Myron necesitaba saberlo todo para poder prepararse antes de comparecer ante el juez. Si Tina está embarazada, no es mío. Cuando se haga una prueba de ADN, no tendrá más remedio que decir la verdad. Si no está embarazada, será imputada por desacato. Llegado ese momento mi abogado la demandará por perjurio. Al final su padre será el que más tendrá que perder, pero sé que eso no puede reparar el daño que te ha hecho esta declaración. No compensarte por esto, Andrea. Pídeme lo que quieras. Si está en mi poder dártelo, lo haré.

Andrea respiró profundamente y levantó la cabeza. Le miró a través de una cortina de lágrimas.

—Sé que lo harías. Lo que necesito es volver a Thessaloniki. ¿Tu piloto está en la pista?

Stavros sintió una punzada de dolor más intenso que el que le había provocado la raya.

—Sí.

—Entonces quisiera marcharme ahora.

Sintiendo un escalofrío, Stavros la soltó y tomó el móvil. Localizó al piloto y le dijo que se preparara para despegar. Después de colgar volvió a mirarla.

—¿Ya has hecho la maleta?

—Sí.

Stavros recogió su bolso de viaje, resignado. Atravesaron la casa y se dirigieron hacia la pista. Cuando llegaron por fin, le sujetó las mejillas con ambas manos y le dio un último beso en los labios antes de ayudarla a subir.

—Llegarás a casa antes del anochecer. Habrá una limusina esperándote en el helipuerto para llevarte a tu apartamento.

—No tienes por qué hacer eso.

—Después de todo lo que has tenido que pasar y del sacrificio que has hecho por mí, ¿cómo puedes decir eso? Quiero dártelo todo. Fui yo quien huyó contigo el viernes pasado y te trajo a este rincón. Lo menos que puedo hacer es asegurarme de que llegues sana y salva a

casa.

Stavros se dio cuenta de que estaba haciendo un esfuerzo por tragar.

—Muchas gracias por todo. Nunca lo olvidaré —la voz le temblaba.

Stavros cerró la puerta y se apartó. Los rotores comenzaron a rugir. Se despidió de ella con la mano al tiempo que el helicóptero se elevaba en el aire, rumbo al noroeste.

Cuando se perdió en la distancia, volvió a entrar en la casa y se dirigió hacia su despacho. Siempre había trabajo pendiente y en ese momento eso era de agradecer, sobre todo porque seguramente no sería capaz de dormir en toda la noche. Andrea solo iba a regresar a Thessaloniki, pero se sentía como si ya se marchara para siempre.

Después de ir a Kavala el jueves para ver al juez, volaría a Thessaloniki para verla por última vez. No podía dejarla sin saber el resultado de la vista.

Una vez se sentó frente al escritorio, abrió un archivo de cuentas y los números no tardaron en reclamar toda su atención. De repente sonó su móvil.

—¿Leon?

—Hola, hermano. Me enteré de lo del viejo Nasso.

—Ha demandado a Andrea también.

—Está enfermo. ¿Ella lo sabe?

—Fue ella quien le abrió la puerta al mensajero.

—Vaya.

—Y hay más. Myron le tomó declaración por Skype para que no tenga que comparecer ante el juez. Las preguntas la alteraron bastante. Ahora está de camino a casa en el helicóptero. Dentro de unos días se marcha a Brasil con su padre.

—Yo pensaba que estabas enamorado de ella.

Stavros cerró los ojos con fuerza.

—Con todo mi ser.

—¿Entonces cómo es que se va?

Stavros no contestó.

—¿Stav?

—Sigo aquí.

—¿Ella sabe que la amas?

—Sí.

—¿Y ella te quiere a ti?

—Sí.

—¿Entonces cuál es el problema?

—Se va con su padre y mi vida está aquí.

—Lo dices en serio.

—Me temo que sí —Stavros le habló de Ferrante a su hermano—.

Él lo dejó todo por ella. Solo así podía tenerla.

Leon guardó silencio durante unos segundos.

—Eso tiene que ser bastante duro. No querría pasar por lo que estás pasando ahora. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer para ayudar.

—Solo estar a mi lado, como siempre has hecho.

—Stav… No me gusta la idea de que te quedes en tu escondite, completamente solo. ¿Por qué no vienes a mi casa y te quedas con nosotros y con los niños? Yo iré contigo cuando haya que ver al juez.

—Gracias por el ofrecimiento, pero ahora mismo no soy compañía agradable para nadie.

—Si me necesitas, llama, por el día o por la noche. Lo digo de verdad.

—Lo sé. Hablamos pronto.

El miércoles por la noche Andrea acababa de llegar a casa del trabajo cuando oyó que alguien llamaba a la puerta del apartamento.

—¿Andrea? —dijo una voz que le resultaba familiar.

—¡Papá!

No podía creerse que su padre estuviera allí. Abrió la puerta con su propia llave.

—Hola, cariño. Decidí darte una sorpresa.

Andrea se lanzó a sus brazos y le abrazó con tanta fuerza que le hizo reír.

—¿Qué pasa? —al ver sus mejillas cubiertas de lágrimas, frunció el ceño—. Pensaba que te alegrabas de verme, pero pareces la estampa de la herejía.

Era una expresión juguetona de su padre que siempre la hacía reír cuando estaba triste o molesta por algo, pero esa vez el dolor era demasiado grande como para reír.

Su padre le limpió las lágrimas.

—Oye, esto es serio. Menos mal que pude terminar mi trabajo temprano y venir pronto a casa.

—¿Quieres decir que ya has terminado en la mina?

—Sí, cielo. Le dije a mi superior que tengo que ayudar a mi hija a prepararlo todo para nuestro viaje a Brasil.

Había más canas en su cabello rubio oscuro, pero Andrea no se había dado cuenta hasta que había ladeado la cabeza.

—¿Cómo es que vengo hasta aquí y te encuentro llorando? ¿Se trata de Ferrante?

Andrea sacudió la cabeza.

—¿Te gusta tanto tu trabajo que te va a costar dejarlo?

—No se trata de eso, papá, aunque sí echaré de menos a Sakis.

—Muy bien. Voy a dejar de hacer tantas preguntas. Si estás así, entonces debe de ser un problema con un hombre.

—Sí.

—Por casualidad no será esa mente privilegiada que está detrás de la planta, ¿no?

—Sí.

Su padre era tan listo que siempre adivinaba lo que le pasaba.

—Esas fotos que me mandaste eran impresionantes. Vamos. Cuéntame —puso el brazo alrededor de sus hombros, la condujo hasta un butacón y entonces se sentó en una silla frente a la mesita de café.

—No sé por dónde empezar.

Su padre se inclinó hacia adelante.

—Por el principio. ¿Cómo se llama?

—Stavros Konstantinos.

—¿Me estás hablando de Konstantinos Marble Corporation?

—Sí. Es él, pero ya no trabaja para la familia. Ha montado su propio negocio.

Su padre había abierto las compuertas, así que se lo contó todo. Le contó lo de la desaparición de Darren, lo de la vista ante el juez…

—Desafortunadamente, tener un apellido como Konstantinos, y todo el dinero que lleva detrás, le convierte en una diana viviente. ¿Te ha pedido que te cases con él, cariño?

—No —Andrea sentía que la voz le temblaba—. Sabe que me voy de Grecia contigo —Andrea se levantó del butacón, incapaz de permanecer quieta por más tiempo.

—¿Y él sabe lo de Ferrante?

—Todo.

—¿Le has dicho que te mueres de amor por él?

—Sí.

—¿Entonces por qué te vienes a Brasil conmigo?

Andrea dio media vuelta y miró a su padre a los ojos.

—Porque te quiero y no quiero que estés solo.

Una ligera confusión se reflejó en el rostro de su padre.

—¿Y le dijiste eso?

—Sí. ¿Qué pasa?

Su padre se puso en pie.

—Cariño, espero que no quieras sacrificar tu propia felicidad porque estás preocupada por mí.

—Claro que estoy preocupada por ti. Nunca nos hemos separado.

—Me temo que eso es culpa mía. Creo que te he hecho algo muy malo sin darme cuenta.

—¿Qué quieres decir?

—En algún momento decidiste que tenías que convertirte en mi

cuidadora.

—No, papá. No se trata de eso.

—Es así, y es por eso que Ferrante estaba dispuesto a viajar con nosotros. A mí me pareció raro, pero tú parecías encantada con ello, así que nunca lo cuestioné.

Andrea estaba perpleja.

—Papá…

—Cariño, jamás hubiera querido que esto pasara. Te crié con la esperanza de que algún día te casaras y fueras feliz, y sentí mucho que muriera Ferrante. Ahora que has conocido a otro hombre estupendo, no quiero ser la razón por la que no te quedes aquí y no llegues a conocer a Stavros mejor. ¿Desde cuándo os conocéis? ¿Desde hace dos semanas? Tenéis que pasar más tiempo juntos.

Andrea no podía creer que su padre estuviera diciendo todas esas cosas.

—¿Pero tú qué vas a hacer?

—¿Sin ti? —su padre se rio—. Yo tengo una vida que vivir, pero siempre nos tendremos el uno al otro. Si quieres a este viejo con todo tu corazón, entonces tienes que quedarte aquí y darte una oportunidad. Yo daría cualquier cosa si pudiera tener a tu madre aquí ahora mismo. Si ella estuviera viva, te daría el mismo consejo. Cariño, tú y yo nos reuniremos siempre que sea posible, ¿no? Pero tienes que seguir tu propia vida.

Aunque siempre había creído que era imposible quererle más de lo que ya le quería, en ese momento sintió que el amor por su padre se hacía prácticamente infinito.

—¡Sí! ¡Oh, sí!

Su padre abrió los brazos y Andrea corrió hacia ellos. Las lágrimas no dejaban de brotar de sus ojos, pero no eran como las que había derramado en el pasado.

—Quiero que lo conozcas. Es un hombre extraordinario.

No te lo puedes ni imaginar.

—Creo que pude hacerme una idea cuando me mandaste esas fotos. ¿Qué tal si me enseñas más fotos de él?

—Sí, pero primero tienes que saber que está en problemas y que yo también he sido demandada por culpa de esa mujer.

—Parece que van en serio, ¿no?

—Me temo que sí —Andrea le puso al tanto de todo—. Su padre jamás le ha mostrado el más mínimo gesto de amor.

—Hay gente que no sabe cómo hacerlo, pero tiene que haberle querido todos estos años. De lo contrario, jamás le hubiera dejado al frente de la empresa familiar.

Andrea parpadeó.

—¡Tienes razón! Pero me duele mucho ver el daño que le han

hecho. Cuando conozcas a Stavros verás que es una persona formidable. Que el señor Nasso presione a su padre y le lleve a los tribunales me resulta muy duro.

—Parece que el hombre está dispuesto a hacer lo que sea para tenerle de yerno.

—Lo ha intentado de todas las maneras porque buscan un matrimonio de conveniencia entre las dos estirpes más poderosas de la zona, pero Stavros no se ve a sí mismo como parte de ese clan excepcional.

—A lo mejor te tocará ayudarlo a quitarse la venda de los ojos. De todos modos, nada de lo que se diga en esa vista va a tener sentido. Él dice que no es hijo suyo, así que de una forma u otra todo se aclarará al final. Yo he pasado por algo parecido y lo sé muy bien.

Andrea sonrió.

—Mejor que cualquiera. Siempre has sido el hombre más listo que he conocido jamás.

—Hasta que te encontraste con Stavros Konstantinos, querrás decir.

—Si no me hubieras llevado a Thassos a visitar la cantera de mármol, jamás nos habríamos conocido.

Elek Cadmus, el abogado de Draco Nasso, era bien conocido por sus tácticas feroces, así que Stavros se esperaba cualquier cosa de él. Había cinco personas en la sala del juzgado en la que se iba a celebrar la vista a puerta cerrada que Myron había solicitado. No había podido impedir que Tina estuviera presente, no obstante.

Cuando Stavros la vio a ella y a su padre, sentados junto al abogado, pensó que estaba más pálida que nunca. A lo mejor era cierto que estaba embarazada.

Ya habían escuchado la grabación de la declaración de Andrea y el juez se dirigió a Myron.

—¿Qué sucedió la noche en que su cliente y la señorita Linford emprendieron la búsqueda del adolescente desaparecido, Darren Lewis?

Myron se puso en pie.

—La sala ha escuchado su declaración. Mi cliente no tiene nada más que añadir.

—Nos gustaría conocer detalles más específicos, Su Señoría —exigió Elek.

El juez miró a Stavros y asintió con la cabeza. No había duda de que Draco le había sobornado para poder continuar con la farsa.

—Fuimos a la Cueva del Dragón de Panagia en mi todoterreno.

Pensábamos que el adolescente podría haberse escondido allí. Nos quedamos en la cueva una media hora y después pasamos por el bosque, buscándole. Al final paramos y acampamos. Dormimos separados, ella en un saco y yo sobre unas mantas.

—¿La señorita Linford y usted tuvieron algún tipo de contacto físico? Recuerde que está bajo juramento.

—No. Al amanecer fuimos a Panagia a desayunar y les preguntamos a los dependientes de varias tiendas de bicicletas si habían visto al joven americano. Como no conseguimos información, fuimos hasta el muelle y subimos a bordo del ferri para ver si se había escondido en algún coche o camioneta. Le encontramos escondido bajo la lona de una camioneta. Cuando la policía vino a buscarle, regresamos a mi casa. Ella se marchó en el helicóptero.

—Ya he escuchado la declaración de su madre. En ella dice que cuando llegó a su domicilio, la señorita Linford y usted estaban almorzando en el patio, después de haber pasado la noche juntos.

—Eso es correcto, pero mi invitada durmió en la habitación de huéspedes.

—¿Por qué la invitó a su casa?

—Porque me sentía atraído por ella y quería pasar más tiempo a su lado.

—Le llevaron al hospital en una ambulancia debido a la picadura de una raya. Fue la señorita Linford quien llamó a emergencias. ¿En ese momento ya eran amantes?

Stavros apretó los puños.

—No.

—¿Niega que se haya quedado a pasar la noche con usted cuando le dieron el alta y regresó a casa?

—No. Ella me cuidó durante todo el tiempo que permanecí en la cama en reposo. Me salvó la vida y siempre estaré en deuda con ella por eso.

—¿Sigue negando que es el padre del hijo que espera Christina Nasso?

—Sí.

Stavros miró a Tina y a su padre por segunda vez.

—Nunca fuimos amantes y jamás le prometí casarme con ella. Una prueba de ADN lo aclarará todo.

Elek miró al juez.

—No tengo más preguntas, Su Señoría.

—Muy bien. Ya tengo todos los testimonios que necesitaba. Este caso permanecerá abierto hasta que se pueda hacer una prueba de paternidad, una vez nazca el bebé. En ese momento daré mi veredicto.

Se dirigió a Myron.

—Ninguno de sus clientes puede abandonar el país hasta que haya

un veredicto. Esta vista se aplaza hasta nuevo aviso.

¿Andrea no podía marcharse? Stavros no podía evitar sentir alegría.

—Gracias por todo lo que has hecho —dijo, volviéndose hacia Myron cuando el juez abandonó la sala.

—De nada, pero ha sido una pérdida de tiempo.

—No. No lo ha sido.

—¿Qué quieres decir?

—Ya te lo explicaré luego. Está claro que Draco quiere castigarme. Y ahora que ya ha tenido oportunidad de hacerlo, quiero olvidarme de todo esto.

—Si te siguen acosando, llámame sin perder ni un segundo.

—Por supuesto.

—¿Te llevo a Thessaloniki?

—No, gracias. Mi chófer me espera fuera para llevarme al helipuerto. Pero primero tengo que llamar a Andrea. Tiene que saber lo que ha pasado.

Myron le estrechó la mano y se marchó, dejándole solo en la sala del juzgado. En cuanto sacó el teléfono móvil, le pareció oír que abrían la puerta. Al volverse vio que Tina corría hacia él. Su padre no estaba por ninguna parte.

Cuando llegó hasta él vio que había estado llorando.

—Por favor, Stavros —le dijo, extendiendo una mano hacia él—. No estoy aquí para causarte más problemas. Mi padre cree que estoy en el aseo y me está esperando en la limusina. No te culpo si me vas a odiar para siempre. Lo cierto es que no estoy embarazada, pero mis padres sí creen que lo estoy. Cuando llegue a casa voy a decirles que me lo he inventado todo porque no quería perderte. Si mi padre no les dice la verdad a los tuyos y retira esta demanda, entonces lo haré yo misma. Solo puedo decirte que siento mucho haberos hecho pasar por esto. Lo que me dijiste en tu casa me abrió los ojos. Tenías razón. No puedo dejar que las expectativas de mis padres sigan condicionando mi vida.

Stavros se levantó y le dio un abrazo.

—Ambos hemos tenido que aprender la lección por las malas. Tu verdad nos ha liberado a los dos. Buena suerte, Tina.

—Buena suerte para ti también, Stavros.

Llamó a Myron de inmediato para contarle lo sucedido. El abogado le dijo que le avisaría en cuanto Cadmus pusiera fin a la demanda. Era muy poco probable que Tina fuera acusada de desacato al tribunal, ya que había sido su padre quien lo había orquestado todo.

Dos horas más tarde, Stavros entró en las oficinas donde trabajaba Andrea. Quería darle la noticia en persona. Cuando se acercó a la recepcionista, sin embargo, la empleada le dijo que Andrea había

dejado su trabajo y que no iba a regresar.

Stavros quiso hablar con Sakis, pero el dueño tampoco se encontraba en el edificio.

Con un nudo en el estómago, Stavros tomó un taxi y se dirigió hacia su apartamento. Nadie le abrió la puerta, así que volvió a llamarla por teléfono, pero la llamada fue desviada al buzón de voz una vez más. Era evidente que no quería que la encontraran.

Desesperado, Stavros se dirigió hacia el helipuerto para regresar a Thassos.

Una vez llegó a la casa, se puso unos vaqueros y una camiseta y condujo hasta su oficina. Tenía mucho trabajo pendiente y no podía hacer nada más que esperar hasta que ella le devolviera la llamada. El coche de Theo seguía aparcado delante, pero había otro vehículo a su lado. No lo reconocía, pero en ese momento le traía sin cuidado. Después de desbloquear la puerta con el mando a distancia se dirigió hacia el despacho de Theo, pero al pasar por el suyo propio se dio cuenta de que la puerta estaba abierta. Él siempre la dejaba cerrada. ¿Quién había estado allí? ¿Y por qué?

—¿Stavros?

Hubiera reconocido esa voz femenina en cualquier parte. Se dio la vuelta, sorprendido. Allí estaba Andrea, sentada en la silla de su escritorio, con un maravilloso vestido amarillo. Tenía una ligera expresión de incertidumbre, como si no supiera qué esperar de él.

—Llevo varias horas esperándote. Como no estabas en la villa, no supe qué hacer, así que vine para acá. Esperaba que alguno de los socios pudiera decirme dónde estabas.

Stavros tenía miedo de estar alucinando.

—¿Cómo llegaste aquí?

—En el coche de mi padre. Theo me dejó entrar —Andrea se puso en pie—. ¿Fue muy mal la vista?

La vista… Stavros ya lo había olvidado.

—El abogado de Draco logró pintar el peor escenario posible. Cuando terminó de interrogarme, el juez dijo que daría su veredicto cuando naciera el bebé y se pudiera hacer una prueba de ADN.

—¿Ella estaba allí?

—Sí.

Andrea se mordió el labio.

—Qué horrible para ti. Debería haber estado allí para apoyarte.

—Andrea, Tina se me acercó cuando terminó la vista. Admitió que se lo había inventado todo para no dejarme escapar.

—Oh, Stavros…

—Tú me creíste. Ese era el apoyo que necesitaba para pasar por todo esto. Tina les va a decir a sus padres la verdad. La demanda será retirada. Hicimos las paces.

Los ojos de Andrea brillaban con las lágrimas.
—¿Cómo tienes la pierna?
—Bien.
—Me alegro.
—¿Cuándo te vas con tu padre? —le preguntó Stavros, incapaz de aguantar más.
—Mi padre ya se ha marchado.
Stavros sintió que el corazón le daba un vuelco.
—No entiendo.
—Terminó todo lo que tenía pendiente en la mina y ahora está en camino, rumbo a Brasil.
—Pero cuando me pasé por las oficinas de PanHellenic Tours la recepcionista me dijo que habías dejado el trabajo y que no ibas a regresar. ¿Por qué no te fuiste con tu padre?
—Decidí quedarme.
La sangre retumbaba en los oídos de Stavros.
—¿Por qué?
—Estoy cansada del negocio turístico y me encantaría encontrar un trabajo de oficina. Por casualidad no tendrás alguna vacante, ¿no? ¿De chófer, por ejemplo? No busco nada en particular. He pensado en alquilar un apartamento en Panagia. Es mi pueblo favorito. Como mi padre me dejó el coche, ahora cuento con un medio de transporte.
Stavros no daba crédito a lo que acababa de oír.
—Andrea, no me tomes el pelo. ¿Por qué estás aquí?
Ella se acercó.
—¿Realmente no lo sabes?
—Si lo supiera, no te lo preguntaría.
—Quiero estar contigo. Te quiero tanto que me duele, pero eso ya lo sabes.
Stavros sí lo sabía.
—Pero tu padre… Tú le adoras.
—Eso no va a cambiar, pero ahora hay un nuevo gran amor en mi vida. Y hay sitio para los dos —Andrea esbozó su sonrisa más hermosa.
Stavros apenas podía tragar.
—Te quiero más que a nada en mi vida.
—¿Pero cómo me quieres?
—Te quiero de todas las formas que puedas imaginar.
—¿Quieres decir que me quieres como empleada, como amiga, como novia, como amante, confidente, enfermera, cocinera, o ama de llaves? ¿Cómo me quieres?
—Te quiero como esposa —la palabra reverberó contra las paredes.
—Yo daría cualquier cosa por convertirme en tu esposa. ¿Me estás

pidiendo que me case contigo?

—Andrea… —la voz le temblaba—. ¿Lo has hablado con tu padre?

Ella se apoyó contra una esquina del escritorio.

—El otro día tuvimos una charla sincera. Él dice que ha vivido la vida que ha querido vivir y que ahora quiere que yo haga lo mismo. Dice que si yo soy feliz, entonces no tendrá nada de qué preocuparse, y que siempre que queramos vernos, podremos hacerlo. Y mientras tanto hablaremos por Skype.

Stavros no podía creer lo que estaba oyendo.

—Creo que se siente como Tevye, de El violinista en el tejado, que quería algo de paz en su vida, pero que para conseguirlo primero tenía que casar a sus hijas. Mi padre seguirá haciendo su propia vida y quiere que yo haga la mía. Yo le creo. Va a volver dentro de un mes para ver cómo estoy antes de irse a Denver. Obviamente tiene ganas de conocerte. Yo le dij que eres el hombre más listo que conozco, después de él. Eso le hizo muy feliz.

—Hablas en serio, ¿no?

Andrea vio que Stavros aún necesitaba que se lo confirmara. Caminó hasta él y le rodeó el cuello con los brazos.

—Muy en serio —la voz le temblaba—. Después de todo lo que hemos pasado, ¿de verdad crees que podría dejarte? Mi padre se dio cuenta de lo que pasaba en cuanto entró en casa. Sabía que a su hija le había robado el corazón un hombre, un gran hombre. Y ese eres tú.

Stavros sintió que la vida volvía a él.

—Fue muy bueno conmigo. Me dijo que dos semanas no es tiempo suficiente para que dos personas que se han enamorado locamente tengan que separarse. Necesitamos tiempo para descubrir todas esas cosas maravillosas que nos esperan, así que tengo una idea. ¿Por qué no damos un paseo en el todoterreno esta noche? Hay una iglesia preciosa en Panagia que quiero mostrarte.

—Por supuesto, pero antes de hacer nada, quiero hacer esto —la rodeó con sus brazos poderosos y reclamó sus labios.

La urgencia de su beso ardiente la hizo estremecerse una y otra vez.

—Te quiero, Andrea. Te quiero mucho. No me dejes nunca —dijo y la colmó de besos.

—Stavros, ¿es que todavía no sabes que te adoro?

—Toc, toc —dijo una voz masculina de repente—. Si es una fiesta privada, no me voy a disculpar porque estoy muy feliz por ti.

Stavros levantó la cabeza, sonriendo.

—Theo… Eres la primera persona en saber que Andrea y yo nos vamos a casar dentro de un mes.

—¡Enhorabuena! Zander y yo habíamos hecho una apuesta para ver cuánto tiempo tardabas en proponerle matrimonio a Andrea. Él

pensaba que ibas a tardar otra semana más, pero yo pensé que lo harías antes. He ganado, pero también hay que decir que yo soy un hombre casado y sé reconocer la cara de un hombre hechizado por la magia de una mujer.

—Mi futura esposa tiene magia a raudales.

Capítulo Nueve

—¿Lista, cariño?

—Llevo mucho tiempo estando lista para esto —dijo Andrea, con su vestido de seda blanca y un ramo de gardenias en las manos. Una mantilla de encaje le cubría el pelo.

—Te pareces a tu madre el día de nuestra boda. Estás radiante.

—Me vas a hacer llorar, papá.

—Eso no puede ser. Stavros te está esperando delante de la iglesia. Me cae muy bien, cariño.

—Yo le quiero tanto.

Andrea puso su mano sobre el brazo de su padre, orgullosa, y juntos avanzaron por el pasillo de la iglesia de la Virgen María de Panagia. Sus ojos estaban fijos en Stavros.

Él estaba tan elegante con ese traje negro que no era capaz de ver a nadie más. Pero sí sabía que toda la familia Konstantinos estaba allí, y también todos sus amigos. El único que faltaba era el señor Konstantinos. Stavros no esperaba que apareciera en la iglesia, pero Andrea rezaba por que lo hiciera.

Stavros había hablado con el sacerdote para que la ceremonia fuera lo más sencilla posible. A lo largo de todo el mes Andrea había llegado a conocerle mejor y se había dado cuenta de que era un hombre discreto, incluso cuando se trataba de pronunciar los votos matrimoniales. Realmente era un hombre muy modesto.

Su padre la condujo hasta el altar y tomó su buqué de flores. Stavros la tomó de la mano y se la apretó con fuerza. Sus ojos grises albergaban un resplandor que nunca antes había visto.

El sacerdote los miró y asintió con la cabeza.

—Andrea, Stavros, recemos…

La ceremonia fue breve. Se intercambiaron los anillos. Andrea estaba tan emocionada que no veía el momento en que los anunciaron como marido y mujer.

En cuanto el religioso dijo las palabras, Stavros la tomó en sus brazos.

—No sabes lo mucho que he soñado con este momento —susurró contra sus labios antes de besarla.

Durante unos segundos, Andrea olvidó todo lo que la rodeaba y le devolvió el beso con fervor.

—Vosotros dos… vamos —murmuró Leon—. Estáis tardando demasiado. Papá quiere ser el primero en felicitaros.

—Tu padre ha venido —susurró Andrea contra los labios de

Stavros—. Oh, cariño…

Stavros levantó la cabeza y entonces vio una luz en su mirada que no había visto antes.

—Ya le veo. De no ser por el cabello canoso, diría que es una mezcla entre Leon y tú.

Stavros la abrazó con fuerza. Ella sabía lo que ese momento significaba para él. Cuando retomó las riendas de sus emociones, le agarró la mano y avanzó por el pasillo hasta llegar a las dos personas que le habían traído al mundo.

El padre de Stavros abrazó a su hijo y su madre hizo lo mismo con Andrea.

—Has hecho muy feliz a mi hijo —dijo la señora, entre lágrimas—. Lo vi en su rostro aquel día en la villa.

Andrea le devolvió el abrazo a la señora Konstantinos con más fuerza.

—Voy a intentar hacerle feliz siempre. Mi madre murió cuando yo nací. Me gustaría que pudiéramos ser amigas.

En ese momento ambas estaban llorando. Stavros la agarró del brazo.

—Andrea, este es mi padre, Charis. Llevo mucho tiempo queriendo presentártelo.

Los ojos de Charis Konstantinos eran más claros que los de su hijo y estaban llenos de lágrimas. Tuvo que aclararse la garganta antes de hablar.

—Es un honor para mí conocer a la mujer a la que ama mi hijo. Me ha dicho que le salvaste la vida, y también la reputación de la empresa. No puedo pedir más. Bienvenida a la familia.

Andrea sonrió.

—Yo le quiero con todo mi corazón, señor Konstantinos. Y le quiero a usted y a su esposa porque han criado al hijo más maravilloso del mundo.

Stavros le rodeó la cintura con el brazo y tiró de ella.

—No tengo palabras para expresar lo que siento por ti, Andrea —susurró—. Lo único que puedo hacer es demostrártelo.

Permanecieron tanto tiempo abrazados que Leon tuvo que recordarles que había más gente esperando para felicitarles. Firmaron los documentos y entonces se dirigieron al exterior para hacerse las fotos y recibir la enhorabuena de los invitados.

—Ahora eres la señora Konstantinos —le dijo su padre, dándole un abrazo. Sus ojos azules brillaban a causa de las lágrimas.

—Lo sé, papá. ¿Te lo puedes creer?

—Stavros se lleva la joya de la corona, pero creo que eso ya lo sabe.

—Papá… —Andrea lo abrazó con más fuerza. Leon los interrumpió

en ese momento.

—Ya lo creo. Mi hermano es un hombre con mucha suerte —dijo, besando a Andrea en la mejilla.

—Gracias, Leon. No sabes lo que eso significa para mí.

En ese momento apareció su esposa con los niños, seguidos de Theo y su familia, acompañados por Zander. En cuestión de segundos los familiares y amigos de Stavros formaron una pequeña multitud a su alrededor.

De repente Andrea sintió que la agarraba de la cintura.

—Volvamos a la casa. Cuanto antes les demos de comer a nuestros invitados, antes nos iremos de Luna de Miel.

Leon les llevó a la villa en limusina. Una pequeña procesión les seguía, pero Andrea solo era consciente de los besos de Stavros. Lo amaba tanto…

La primera persona a la que abrazó cuando llegaron a la casa fue a Raisa. El ama de llaves había pasado varios días preparando el menú para la boda y ella la había ayudado con algunas cosas.

Una florista había decorado todos los rincones con flores y la casa entera se había convertido en una sala de fiestas. Todo el mundo estaba boquiabierto.

Después de muchos brindis y risas, los invitados comenzaron a marcharse. Mientras Stavros acompañaba a sus padres a la limusina de Leon, Andrea se despidió de su padre en el helipuerto. Iba a tomar un jet en Thessaloniki, rumbo a los Estados Unidos.

—Me alegro tanto de que haya venido, papá —le dijo ella, refiriéndose al padre de Stavros.

—Yo también, pero no olvides que Stavros te va a necesitar más que nunca.

—Por suerte te tengo a ti. Gracias por darme la vida, papá. Gracias por todo lo que has hecho por mí, por todo lo que eres y lo que representas. Cuídate mucho. Stavros dice que el mes que viene vamos a ir a Denver. Lo estoy deseando.

—Y yo, cariño. Te quiero mucho —le dio un último beso antes de subir al helicóptero.

Andrea se apartó para verlo despegar y entonces sintió los brazos de Stavros alrededor de la cintura. Él se despidió de su padre con un gesto y entonces la hizo volverse.

—¿Sabes qué? Todo el mundo se ha marchado. Ahora solo estamos tú y yo. Vamos dentro para cambiarnos.

—No me has dicho adónde vamos esta noche. Al día siguiente se marchaban a París.

—Lo vas a saber dentro de unos minutos —le dijo él, esbozando una media sonrisa—. He soñado con ello desde que salimos a buscar a Darren aquella noche.

Andrea sonrió al adivinar lo que tenía planeado. Iba a llevarla de acampada, como aquella noche.

Subieron juntos los peldaños.

—Llevo mucho tiempo esperando esto —le dijo, tomándola en brazos antes de atravesar el umbral.

La llevó a la habitación en la que se había quedado hasta ese momento, la de invitados. Una vez la apoyó en el suelo, le desabrochó los botones de la espalda.

Andrea sintió sus besos en la nuca.

—El último que llegue al todoterreno paga.

Temblando de emoción, Andrea se quitó el traje de novia. Después de colocarlo sobre la cama, se puso unos pantalones cortos y una camiseta. Con unas sandalias de cuero, atravesó la casa corriendo y salió al exterior. Stavros había ganado y la esperaba junto al coche, vestido con unos vaqueros y un polo.

—Has hecho trampas.

Él se rio y se inclinó para darle un beso.

—Admito que me cambié aquí.

—¿Dónde está tu traje?

—En el coche.

—Espero que no vayas a tardar mucho en encontrar el sitio adecuado.

—¿Pero ya te vas a enfadar conmigo, querida esposa? —le dijo, arrancando.

—Bueno, es nuestra Luna de Miel y nunca he tenido una.

—Yo tampoco.

—Estoy nerviosa.

—Y yo.

—No. No estás nervioso.

—Yo nunca he sido marido hasta ahora. Quiero que todo sea perfecto para nosotros, Andrea.

—Ya lo es porque tu padre vino, y te quiere mucho.

—Estoy de acuerdo.

—Tengo la esperanza de que venga al bautizo de nuestro primer hijo.

—¿Primer hijo?

—Sí. Quiero tener muchos niños contigo. Le dije a tu madre que me gustaría que fuéramos amigas. Va a ser una abuela estupenda. Sinceramente, Stavros, no me extraña que tú hayas salido como uno de esos dioses griegos porque tu madre es una belleza.

Él sonrió de oreja a oreja.

—¿Ah, sí? ¿Soy como un dios griego?

—Mi amistad con ella significa mucho para mí.

—Cuando llegue a conocerte mejor, se dará cuenta de que mi

esposa es la hija que siempre quiso tener.

Andrea sintió las lágrimas en las pestañas.

—Mi padre está encantado contigo.

—Me cae bien tu padre.

—Él me dijo lo mismo de ti antes de llevarme al altar. La ceremonia fue perfecta.

—Corta.

Andrea se rio.

—Sé que las bodas tradicionales griegas duran horas.

Gracias por ahorrarnos un evento tan largo con este calor.

—Qué mala eres. Parece que te has casado con la oveja negra de la familia —dijo Stavros, riéndose.

—Bueno, ahora que somos cómplices en el delito se nos va a conocer como el señor y la señora Oveja Negra.

Stavros no pudo contener las carcajadas.

—¿Sabes que parecías una visión del Cielo con ese vestido, avanzando por altar? Yo estaba tan hipnotizado que apenas podía pensar.

—No fuiste el único. Pero yo siento eso cada vez que te veo o siento tu presencia.

Hacía una noche maravillosa y el paseo en coche a través de los aromáticos pinos fue una delicia. Una vez se alejaron del pueblo, Stavros no tardó en encontrar el rincón donde habían pasado aquella noche increíble. Detuvo el vehículo y apagó el motor.

—¿Me creerías si te dijera que aquella noche que pasamos aquí yo quería que hubiera sido nuestra noche de bodas?

—Yo hubiera querido lo mismo —susurró Andrea.

Bajaron del coche y montaron la tienda con la ayuda de la linterna.

—¡Oh, has comprado un saco nuevo! —Andrea sintió que el corazón se le salía del pecho.

—Esta noche lo vamos a hacer al estilo italiano. He medido bien este lugar para asegurarme de que cabíamos los dos, igual que en nuestra cama.

—Te has superado a ti mismo, Fígaro.

—¿Entonces te gusta tu dormitorio?

—Me encanta —Andrea se quitó las sandalias y se metió en la tienda.

—Bueno, estás hecha toda una pícara descarada. Andrea se tapó hasta la barbilla y lo miró.

—Eso ya lo sabías cuando te pregunté si podía acompañarte a buscar a Darren. Pensé que como tengo que pagar mi deuda por haber perdido la apuesta, podríamos darnos prisa y acabar cuanto antes.

—¿Acabar qué? —susurró Stavros. Apagó la linterna y se tumbó a su lado.

—Acabar con eso que me contaron las monjas cuando estaba en Venezuela.

—¿Qué es eso? —Stavros se rio y comenzó a acariciarle el cuello con la punta de la nariz.

—Oh… eso… cosas.

—No sé si sé por dónde empezar.

—¡No me vuelvas loca, Stavros! Llevo mucho tiempo esperando este momento.

Él empezó a besarla.

—¿Te refieres a esto?

—Sí.

—¿Y a esto?

—S… Sí.

—¿Y qué te parece esto?

—¡Stavros!

Andrea se despertó varias veces durante la noche, siempre acurrucada en los brazos de su marido. El éxtasis más intenso la había hecho aferrarse a él una y otra vez. Él le había enseñado un nuevo lenguaje.

Sedienta de más, comenzó a besarlo para despertarle y así poder demostrarle que iba ganando experiencia poco a poco. Él le respondió con un beso ardiente.

De entre todas las lenguas que había aprendido a lo largo de su vida, esa era su favorita y quería hacerse toda una experta en ella.

Fin